

ANDALUCÍA

Año III Número 9 3,50 €
Abril 2005

en la **HISTORIA**

UN VIGÍA EN EL ESTRECHO

La estratégica situación de Tarifa

FERNANDO DE LOS RÍOS

El socialismo humanista

Trafalgar

el desastroso final de un sueño

La llegada de los omeyas a la península Ibérica

Abd al Rahman I

El emir de Occidente



Don Juan Valera

Literato, político y diplomático
El perfil humano de un escritor andaluz universal





La batalla de Trafalgar produjo una extensa serie de obras pictóricas tanto de autores españoles como de otros de nacionalidad francesa o británica. En el primero de los casos se encuentra el cuadro elegido como tema central de nuestra portada. La muerte de Churruca en Trafalgar, fue pintado en el siglo XIX por Eugenio Álvarez Dumont y se expone actualmente en el Museo del Prado.

HACE DOSCIENTOS años que la escuadra española mandada, junto a la francesa, por el almirante Villeneuve sufría una severa derrota a la altura del cabo de **Trafalgar** a manos de la flota británica, dirigida por Nelson. Esta derrota naval, un verdadero desastre para la marina española, recompuesta con gran esfuerzo en el siglo XVIII, significó el ocaso del poderío naval hispano a la vez que la pérdida del cordón umbilical que nos unía a las colonias del otro lado del Atlántico. A tan importante acontecimiento dedicamos nuestro **Tema Central**, coordinado por el profesor Sánchez Mantero. A través de sus páginas los lectores de **ANDALUCÍA en la HISTORIA** se acercarán a variados e interesantes aspectos de dicho evento.

Nuestra sección de **Patrimonio Artístico** está dedicada a una de las más interesantes manifestaciones de la arquitectura industrial andaluza; nos referimos al denominado Cable Inglés, construido para sacar el mineral que los británicos extrajeron durante varias décadas de Almería; su autor es Ángel Sánchez Picón. El **Perfil Biográfico** nos llega de la mano del profesor Peña González y, en esta ocasión está dedicado a Juan Valera, con motivo del centenario del fallecimiento del ilustre escritor y político.

Nos aproximaremos a la figura de **Abderrahmán I** y a la llegada de los omeyas a Al-Andalus con las importantes consecuencias históricas que de tal hecho se derivaron, a través del artículo de Soha Abboud, mientras que Toti Martínez de Lezea nos ofrece la imagen de **María Pacheco**, la viuda de Padilla, una andaluza de atractiva personalidad, nacida en la Alhambra, hija del conde de Tendilla. Por su parte, Francisco Espinosa aborda el 19 de julio de 1936 en La Pañoleta, poniendo de manifiesto cómo se vivieron los primeros compases de la **guerra civil** en Huelva.

Ángel Sáez y Pedro Gurriarán nos revelan el papel de **Tarifa** como punto estratégico de importancia tal que la convirtieron en el vigía del Estrecho; así mismo nuestros lectores podrán acercarse a determinados aspectos de la repercusión de la revolución francesa en Andalucía, estudiados por Eva Díaz, a través de la personalidad del Abate Marchena. El interesante mundo de las impresiones y del **libro** en la Sevilla del Barroco, así como los controles ejercidos desde el poder o la amenaza que siempre supuso en tan peligroso ámbito la Inquisición, son abordados por José Calvo.

La terrible lacra social que significó el abandono de niños—ya fue abordado para tierras de Úbeda en el siglo XVII—nos llega ahora referido a la zona de Huelva, en un trabajo de David López, recogiendo aspectos muy específicos y otras perspectivas de un fenómeno tan duro como inhumano.

El **Museo de la Memoria de Andalucía** es un proyecto que, bajo los auspicios de la Caja de Granada, verá la luz en un futuro próximo, su presidente, Antonio María Claret García nos ofrece una primicia sobre los contenidos de este ambicioso proyecto.

Todo ello junto a nuestras habituales secciones de Andalucía de Cine, correo del lector, Efemérides, los Libros o Andalucía en la red.

Esperamos, una vez más, que el esfuerzo de todos aquellos que hacemos posible que **ANDALUCÍA en la HISTORIA** llegue a su cita con nuestros lectores sea de su agrado.

JOSÉ CALVO POYATO, director

ANDALUCÍA en la HISTORIA

Edita: Centro de Estudios Andaluces

Presidente: Gaspar Zarrías Arévalo

Director: José Calvo Poyato

Consejo de redacción: Manuel Burgos Alonso, Alberto Egea Fernández Montesinos, Juan Eslava Galán, Juan Antonio Lacombo, Jesús Maeso de la Torre, Carlos Martínez Shaw, Luis Carlos Navarro Pérez, Marion Reder Gadov, Francisco Revuelta Pérez, Rafael Sánchez Mantero, Manuel Titos Martínez, Antonia Torremocha Silva, Manuel Torres Aguilár, Enriqueta Vila Vilar.

Colaboran en este número:

Antonio M^o Claret, Manuel Sánchez Mantero, Gonzalo Butrón, Agustín Guimerá, Manuel Moreno Alonso, Rafael Sánchez Mantero, Soha Abboud-Hoggar, Francisco Espinosa Maestre, David López Viera, Ángel J. Sáez, Pedra Gurriarán, Eva Díaz Pérez, Octavio Ruiz-Manjón, José Calvo Poyato, Toli Martínez de Lezea, José Peña González, Antonia Sánchez Picón, Francisco López Villarejo.

Producción y archivo gráfico:
mauvesin & asociados

Coordinación y Textos:
Enrique Roncero-Lizanes

Impresión: Escandón Impresores, S.A.

Distribución: Distrimedios, S.A.

Publicidad: CLAVE 22 - 902 366 498

El Centro de Estudios Andaluces está adscrito a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía

Dirección postal: C/ Bailén nº 50
41001 Sevilla

Información y suscripciones:
Patricia Illana - 954 56 46 98

Correo-e: andaluciaenlahistoria
@centrodeestudiosandaluces.es

URL: www.centrodeestudiosandaluces.es

Depósito Legal: SE-3272-02
ISSN: 1695-1956

ANDALUCÍA en la HISTORIA no se responsabiliza de las opiniones emitidas por los colaboradores y participantes de cada número de la revista, a la vez que no se compromete a la publicación de artículos no solicitados ni a mantener correspondencia sobre los mismos, estableciéndose para ello el buzón del lector.



ARTÍCULOS

48 Los niños expósitos en Huelva

Durante la Edad Moderna el cuidado a los niños expósitos en la provincia de Huelva refleja una mayor conciencia social hacia la infancia marginada. David López

54 Un vigía en el Estrecho

La ciudad de Tarifa ha sido reconocida a lo largo de los siglos como un enclave estratégico de primer orden. Su posición dominante sobre el Estrecho de Gibraltar hizo que a lo largo de la historia se fortificase con imponentes baluartes que, en algunos casos, aún se conservan. Ángel J. Sáez / Pedro Gurriarán



42 La Pañoleta: Julio 1936

Andalucía fue una de las primeras zonas de España en sufrir los efectos del conflicto bélico que enfrentó a la Nación. Bajo la sombra del temible Queipo de Llano, las autoridades republicanas de Huelva habrían de enfrentarse al trágico destino del consejo de guerra. Francisco Espinosa



11 TEMA CENTRAL

TRAFALGAR EL FINAL DE UN SUEÑO

Con motivo del bicentenario de uno de los combates marítimos más célebres de la historia, el tema central del número 9 de la revista se dedica a Trafalgar. Los personajes, la estrategia militar, los prolegómenos del conflicto y las desastrosas consecuencias que supuso esta batalla para la flota francoespañola se analizan en los siguientes artículos:

12 Los ingleses en Trafalgar

Gonzalo Butrón

18 Trafalgar: mito e historia

Agustín Guimerá

24 La suerte del «diablo»

Manuel Moreno

12 El «toque» Nelson

Rafael Sánchez

62 El abate Marchena

En el ambiente de la Francia revolucionaria, un singular personaje nacido en la localidad sevillana de Utrera, escribiría una serie de textos que, tras su llegada clandestina a España, propiciarían más tarde el clima liberal en el que se redactó la Constitución de 1812. Eva Díaz

68 Fernando de los Ríos

Este rondeño universal se ha venido considerando como el «padre» del socialismo humanista. Octavio Ruiz-Manjón

74 Impresores y librereros

En la Sevilla del Barroco la cultura impresa estaría bajo la censura de los inquisidores. José Calvo



80 Doña María Pacheco

Entre las figuras destacadas en la guerra de las Comunidades, esta granadina jugaría un papel de importancia capital. Olvidada por la Historia oficial durante mucho tiempo, María Pacheco fue, sin duda, una andaluza rebelde que luchó por la defensa de un ideal. Toti Martínez de Lezea

36 La llegada de los Omeyas

La entrada de Abd al-Rahman ad-Dajil en la Península Ibérica inauguraba una etapa de esplendor que alcanzaría su punto culminante con la proclamación del Califato de Córdoba. Soha Abboud-Haggar

SECCIONES

87 PERFIL BIOGRÁFICO

Dedicado al literato egabrense don Juan Valera. José Peña

92 PATRIMONIO ARTÍSTICO

El Cable Inglés. Antonio Sánchez

100 ANDALUCÍA DE CINE

Un perro andaluz. Fco. López

PATRIMONIO DESTRUIDO

Hay un asunto que creo puede interesar a muchos miles de andaluces que pertenecemos a cofradías: un estudio sobre el patrimonio de las cofradías destruido en 1936. A los 67 años puede verse con objetividad.

Les ruego se ocupen de ello. Soy suscriptor de la revista.

EMILIO REINA JIMÉNEZ
PUENTE GENIL (CÓRDOBA)



La iglesia sevillana de San Julián incendiada.

ACLARACIÓN

Me dirijo a ustedes para advertirles de un error que he apreciado en el núm. 7 de esa apreciada revista. Se trata del artículo de Manuel Sánchez Mantero *Isabel II en Andalucía*, en cuya página 66 se ilustra con una fotografía de "la localidad cordobesa de Espiel". No corresponde a esta villa la instantánea, sino a la vecina villa de Belmez, en la misma provincia.

MANUEL RODRÍGUEZ MOYANO
CÓRDOBA

BATALLA DE MUNDA

Soy un joven lector de AH desde el primer número que se puso a la venta. Como lector y coleccionista de otras revistas de historia he de felicitaros por la iniciativa de editarla. Como escritor sobre la historia de mi pueblo, llevo años investigando sobre la Batalla de Mun-

da, y al leer el interesante artículo *Julio César en la Bética*, aparecido en el núm. 4, me llevó la grata sorpresa de ver que se mencionaba la posible ubicación de Munda entre Osuna y Écija, cuando en la mayoría de casos se da por hecho su ubicación en Montilla, basándose en la situación geográfica de Ventippo, emplazándola en Santaella (Córdoba), cuando en realidad hay más indicios que la sitúan entre el Cerro de la Atalaya, de Casariche, y el cortijo de Aparicio el Grande, de Gileña, ambos en la provincia de Sevilla.

Aprovecho para sugerir que sería interesante incluir algún artículo sobre el importante mosaico romano titulado *Juicio de París*, que se expone en el Museo Arqueológico de Sevilla.

FRANCISCO ESTEPA GONZÁLEZ
CASARICHE (SEVILLA)

PUEBLOS PEQUEÑOS

Mi más sincera enhorabuena por su revista, que comencé a comprarla cuando la vi anunciada en el diario *Ideal*. Me gustó mucho el artículo sobre la iglesia de San Juan de los Reyes, de Granada, de la que no tenía apenas información. Una revista así, con un DVD de regalo (*Una pasión singular*), por ese precio es una ganga. En el número siguiente, otra película sobre las Navas de Tolosa. Sin embargo, con el siguiente número aparece la revista sin peli. Se me quedó una cara de sorpresa...

En otro orden de cosas, estoy de acuerdo con un lector que escribió en esta misma sección que sería interesante hablar sobre los pueblos y sus lugares de interés. Sería un buen escaparate para pueblecitos pequeños de Andalucía.

ÁNGEL MARTÍNEZ JIMÉNEZ
HUÉTOR SANTILLÁN (GRANADA)

FRASES HISTÓRICAS

En ocasiones he podido observar como determinadas revistas de historia dedican apartados a la explicación de frases célebres, descubriéndonos a los lectores el curioso origen de algunas de ellas, el personaje que las pronunció por primera vez y todo un anecdótico que, a veces, es

tan divertido como sorprendente. Tal vez esta revista podría incluir alguna página similar referente a Andalucía. Enhorabuena por la publicación y por divulgar la historia de nuestra tierra.

SOFÍA RODRÍGUEZ SANTOLALLA
HUELVA

HIGIENE EN AL-ANDALUS

Estimo y aprecio mucho su publicación. Aunque soy vasco, me siento andaluz de pensamiento. En los siglos IX y X, cuando los reinos castellanos y del norte vivían un oscurantismo y un atraso monacal, al-Andalus tenía unos adelantos maravillosos, punteros en las sociedades europeas de la época. Hay una anécdota del gran califa Ab al-Rahman III que expresa claramente la situación de aquel periodo: Una delegación del rey de León compuesta por frailes fue a visitar al califa. Les recibió su chambelán como paso previo para entregarles las credenciales, y seguidamente le comunicó a su señor lo que sigue: «Huelen a caballo y a acémila. Sus ropas están llenas de polvo y sucias, su aliento y sus pies huelen a putrefacto». Contestó el califa: «Mandadle que se laven, que se limpien sus hábitos y se perfumen, que yo les acreditaré cuando estén limpios y aseados».

Esto pone de manifiesto que los andaluces nos enseñaron algo tan saludable como la higiene. Un saludo de un enamorado de Andalucía.

JOSÉ ÁNGEL FERNÁNDEZ
VIZCAYA



Interior de los Baños Califales de Córdoba.

ACLARACIONES

Apreciados señores:

En su revista número 8, en la sección del Buzón del Lector el señor Tomás López les solicitaba alguna reseña bibliográfica sobre el bandolerismo en Andalucía, como aficionado al tema que soy me tomo la libertad de indicarle que en la provincia de Córdoba, más concretamente en Jauja, pedanía de Lucena existe una Fundación que trata el tema del bandolerismo, su dirección es:

*Oficina de Información Turística
de la Ruta del Tempranillo*

C/Ronda, s/n.

14911 Jauja - Lucena (Córdoba).

Tlf.: 957 519051

Fax.: 957 519152

Dicha Fundación organiza cada año unas jornadas sobre el tema del bandolerismo, publicando seguidamente las actas de dichas jornadas las cuales si le interesa puede adquirir.



Sin más les felicito por su labor de divulgación y por la calidad que reflejan los trabajos publicados.

ISIDRO PUJOL
ROSAS (GERONA)

SUGERENCIAS

Estimados señores:

Como lector de la revista ANDALUCÍA en la HISTORIA, la cual conservo desde el primer número, permítanme que en primer lugar les exprese mi más sincera felici-



licas en algún artículo sobre ello, con la seguridad de que este tema interesará también a otros muchos de sus lectores.

MANUEL GIL
SEVILLA

citación por tan magnífico trabajo, y el agradecimiento por poner en nuestras manos armas para conocer más y mejor nuestra historia andaluza.

Como filatélico y gran amante de nuestras cosas, estoy realizando en la actualidad una colección de sellos bajo la temática «Sevilla en la Filatelia Española», y consiste en reunir todos los sellos que se han emitido en nuestro país que tienen alguna relación con la capital andaluza, tanto en lo referente a sus monumentos, a sus fiestas, y a los personajes históricos que hayan nacido en la ciudad o que, sin haber nacido en ella, han pasado parte de sus vidas en la capital hispalense. Este trabajo lo acompaño con un resumen sobre su vida y la vinculación que cada uno de ellos tuvo con Sevilla.

Llevo bastante tiempo buscando alguna publicación donde poder encontrar todo lo relacionado con las estancias de los Reyes Católicos en esta capital y su residencia en los Reales Alcázares sin haber conseguido, hasta el momento, ninguna. Por ello, me atrevo a sugerirles que en próximos números pu-

ACLARACIONES

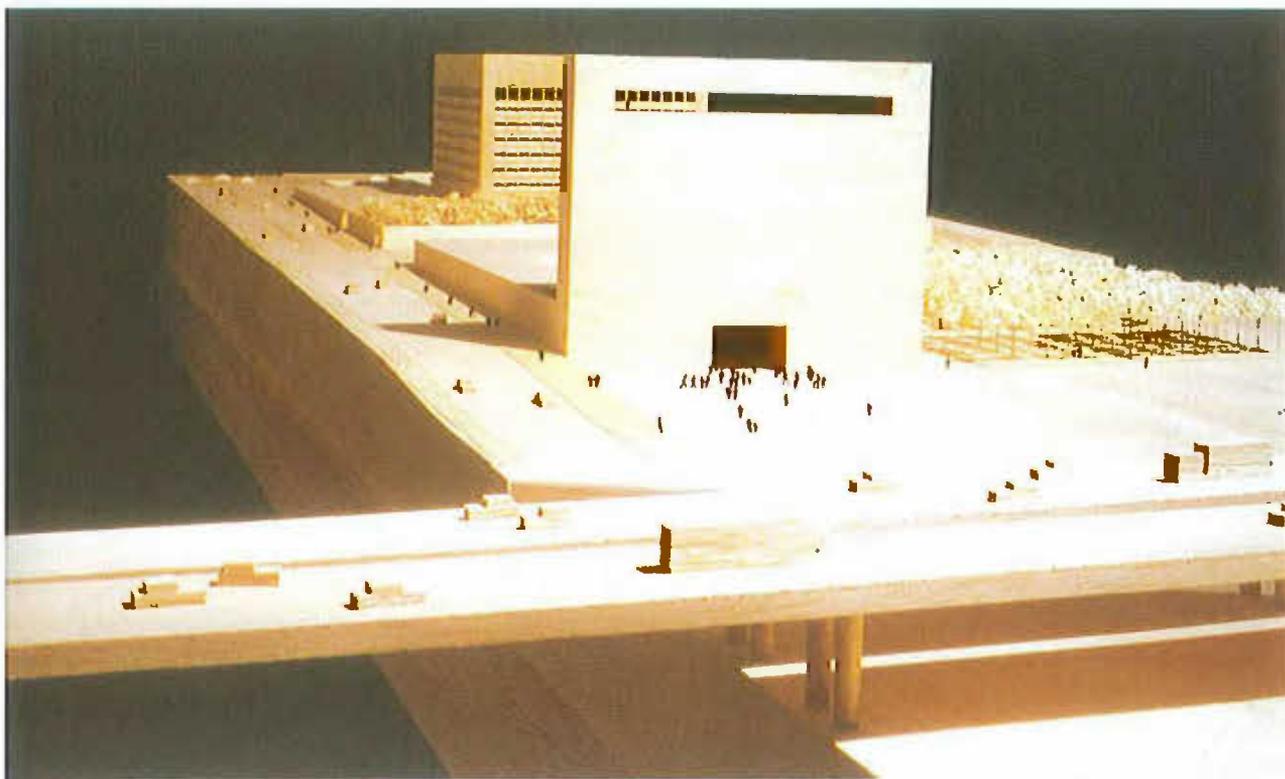
Ante todo enhorabuena por la revista, la memoria de España y sobre todo la andaluza (tan olvidada en otros tiempos) debe ser para todos una guía para no repetir nuestros errores históricos. Dos comentarios: en primer lugar la imagen aparecida en el número 7 de la revista, página 31, denominada «retrato de una beata conservado en el madrileño Museo del Prado» corresponde al retrato: «La venerable madre Jerónima de la Fuente» obra de Velázquez fechada en 1620 y perteneciente a la colección Fernández de Araóz, en segundo lugar aconsejaría la inclusión de mapas explicativos que facilitarían la localización de topónimos, los cuales hubieran sido muy útiles en los artículos referentes a «La Batalla de Lopera» y «La última Frontera» también pertenecientes al número 7 de la revista. Sin más reciban un cordial saludo y todos los estímulos para continuar con esta importante obra.

MIGUEL CAPARRÓS
EL PUERTO DE
SANTA MARÍA (CÁDIZ)



Si desean hacernos llegar sus opiniones pueden remitir sus cartas a: ANDALUCÍA en la HISTORIA - Buzón del Lector. Calle Bailén, nº 50 - 41001 Sevilla, o bien enviándolas a la dirección de correo electrónico: andaluciaenlahistoria@centrodeestudiosandaluces.es. No olvide especificar su nombre, dirección, teléfono y DNI. La revista ANDALUCÍA en la HISTORIA agradece sus sugerencias.

Presentado el proyecto de un nuevo centro cultural en Granada **Museo de la Memoria de Andalucía**



Maqueta del edificio que albergará el Museo de la Memoria de Andalucía.

EL FINAL del año 2004 trajo el anuncio de una noticia que será capital para el futuro histórico-cultural de Andalucía: la construcción del nuevo centro cultural de CajaGranada.

Un centro multifuncional, que se ubicará en una construcción de vanguardia arquitectónica, coherente con el galardonado edificio erigido por CajaGranada para sus servicios centrales, propiciando un diálogo espacial y formal entre las dos construcciones, diseñadas por el catedrático de proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, don Alberto Campos Baeza.

Pero el verdadero reto para este centro cultural es conseguir que el contenido esté a la altura de lo que, a buen seguro, va a ser un impactante continente.

Y la perla del centro será el Museo de la Memoria de Andalucía, un lugar donde los andaluces podremos reencontrarnos con nuestra propia identidad como pueblo y donde conocer nuestra historia de forma sugestiva, pedagógica e innovadora.

El insigne historiador y catedrático Antonio Domínguez Ortiz sostenía que la historia de Andalucía incluye la mayor y mejor parte de la historia de España y no poca de la europea y americana. Es en ese sentido como se ha concebido el Museo de la Memoria de Andalucía: un espacio que albergará toda la historia andaluza, desde la Prehistoria, la cultura de los Millares y el Argar hasta la Autonomía; de Tartessos a la Andalucía del siglo XXI.

Un museo único en Andalucía, que no se basará tanto en las piezas y obras de

arte cuanto que estará orientado, principalmente, hacia el conocimiento y la interpretación global de la historia de Andalucía, que aparecerá sintetizada en seis espacios:

- Los orígenes del hombre en Andalucía: Prehistoria.
 - La Andalucía de las civilizaciones: Historia Antigua (1100 a. C. - 711).
 - Al-Andalus y el medioevo cristiano: Edad Media (711-1492).
 - La Andalucía del esplendor y el americanismo: Edad Moderna (1492-1808).
 - El camino hacia la libertad: Edad Contemporánea (1808-1975).
 - La Andalucía de nuestro tiempo: historia actual (1975-siglo XXI).
- El Museo de la Memoria de Anda-



Responsables del proyecto y de Caja Granada contemplando la maqueta del nuevo centro cultural.

lucía se convertirá en un referente obligatorio en nuestra Comunidad, por cuanto que será el único espacio en que se concentre toda su historia, globalmente considerada y contemplada desde los más diferentes puntos de vista.

Hasta ahora, la historia de Andalucía se encontraba dispersa entre los diversos museos y espacios expositivos de la Comunidad, que daban una visión parcial de las diferentes épocas o zonas geográficas. A partir del momento en que el Museo de la Memoria de Andalucía abra sus puertas, todo el que quiera conocer la historia andaluza tendrá un espacio de referencia para estudiarla de forma completa y profunda.

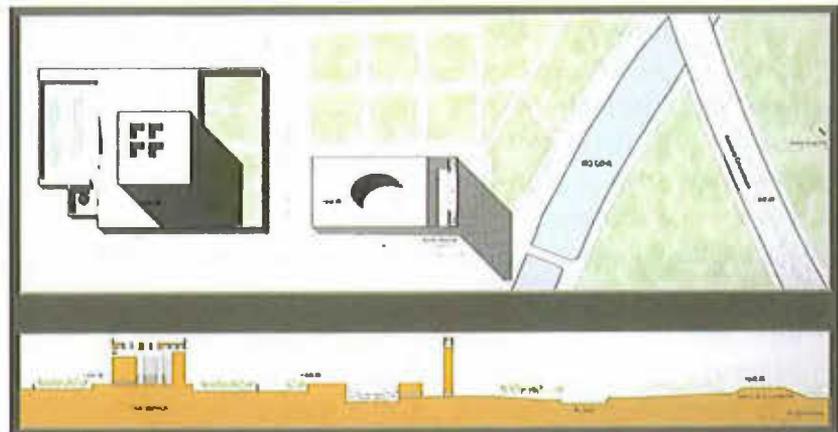
Cada espacio concreto seguirá un mismo esquema conceptual basado en cuatro características principales. La primera, *Atlas*, estará formada por la suma de los contenidos que, en cada época, expongan la situación espacial o geográfica de cada una de ellas, tanto en el territorio de la Andalucía actual como en relación al resto de España.

A través de la *Síntesis*, de una forma didáctica y divulgativa, el visitante

del museo obtendrá un conocimiento global y sincrético de cada época. Un conocimiento básico y general que, a través de *Entender la historia*, podrá ser ampliado con detalle. En cada época se seleccionarán una serie de temas fundamentales que serán explicados y descritos con la mayor profundidad.

la época y se buscará que el visitante se lleve una definición clara de los conceptos e ideas que marcaron la época, con el objeto de hacer una historia comparada de las ideologías y mentalidades del momento.

Como colofón y a través de *Esferas del arte*, se pondrá un específico énfase



Planimetría de la sede central de Caja Granada y del edificio que habrá de albergar el museo.

Se estudiarán los procesos históricos de relevancia para la historia de Andalucía, con especial énfasis en los protagonistas, las causas y las situaciones que los originaron. Se reproducirán los ambientes y modos de vida de

sis en los lenguajes artísticos, especialmente los musicales y literarios, haciendo un recorrido por los artistas y sus obras más emblemáticas y significativas, de forma que el arte andaluz cuente con espacios propios en los que el

visitante pueda deleitarse, relajarse y asimilar todo lo aprendido en su recorrido por el museo.

Para poner en marcha este proyecto, CajaGranada cuenta con un nutrido grupo asesor compuesto por catedráticos, historiadores, estudiosos y especialistas de las más diversas disciplinas científico-culturales, de forma que los contenidos del museo consigan reflejar la enorme diversidad y riqueza del legado que la historia ha ido dejando en Andalucía.

La dirección y coordinación de este proyecto para el Museo de la Memoria de Andalucía la lleva a cabo una empresa especializada en la gestión museística y con una gran experiencia a sus espaldas: General de Producciones y Diseño, S.A., que ya diseñó diversos pabellones de la Expo de Sevilla, organizó la exposición temporal "El esplendor de los Omeyas Cordobeses" en Medina Azahara (Córdoba) y, con el Museo Arqueológico de Alicante, ha obtenido el premio al Mejor

Museo Europeo de 2004, concedido por el European Museum Forum. El arquitecto Boris Micka y el equipo que conforma GPD representan, pues, un marchio de garantía para el Museo de la Memoria de Andalucía, que va a tener una gestión moderna y adaptada a los requerimientos, cada vez más exigentes, de los ciudadanos del siglo XXI.

Los museos, hasta hace relativamente poco tiempo, se conformaban con albergar una serie determinada de piezas, colaborando de esa manera a la preservación del patrimonio histórico artístico de los pueblos. Pero ahora, a un museo moderno se le exige ir más allá. Ha de ser un espacio multimedia, dotado de la más moderna tecnología, que permita al visitante pasar de la mera contemplación pasiva de objetos a la participación interactiva, en un proceso global de comprensión y aprendizaje de los contenidos que se le muestran. De esta manera, Andalucía, encrucijada de civilizaciones y cri-

sol de culturas, se podrá reconocer como una identidad propia, fruto de un proceso histórico que ha permitido cimentar una amplísima gama de valores filosóficos, morales, estéticos. Una identidad y una cultura propias, abiertas al mundo gracias a su posición privilegiada como zona de confluencia mediterráneo-atlántica y europeo-africana, puente entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

De acuerdo con todo lo hasta aquí expuesto, el nuevo Centro Cultural de CajaGranada, con el Museo de la Memoria de Andalucía a la cabeza, está llamado a convertirse en un referente arquitectónico internacional, en un agente dinamizador de la cultura y en un centro para la preservación y el conocimiento de la historia y la memoria de Andalucía, contribuyendo a la consolidación de Granada como la auténtica capital cultural de Andalucía.

ANTONIO MARÍA CLARET

Historia y arqueología subacuática en Cádiz Exposiciones con motivo del bicentenario de Trafalgar

La consejera de Cultura, Rosa Torres, ha presentado en Cádiz los actos organizados para la conmemoración del bicentenario de la Batalla de Trafalgar durante el año 2005: dos exposiciones que se inaugurarán en el mes de octubre y que permitirán al visitante acercarse a este hecho histórico a través de su contexto social, político y cultural.

Desde la Consejería de Cultura, en colaboración con otras instituciones y administraciones, se ha diseñado un programa conmemorativo que toma la ciudad de Cádiz como referente por su papel en la batalla y por el vanguardismo que, dentro del contexto histórico y social de la época, se dio en la ciudad durante el siglo XVIII.



Arqueología en el fondo marino.

Por su parte, el Centro de Arqueología Subacuática (CAS) mostrará a través de la exposición «Los naufragios de Trafalgar» la actividad desarrollada por este centro sobre el conocimiento y control de los naufragios ocurridos con motivo de la histórica batalla.

Existen numerosos yacimientos que se caracterizan por la existencia de caño-

nes y restos de barcos que supuestamente pertenecieron a las escuadras que participaron en la batalla. Por todo ello, el CAS se planteó la necesidad de realizar unos trabajos que, mediante la aplicación de una metodología arqueológica y unas técnicas específicas, permitieran la constatación de aquellos restos que tradicionalmente se han vinculado a la batalla con el objetivo de recuperar una parte importante de nuestro pasado histórico.

Entre los objetivos de la muestra está el concienciar al visitante de la realidad patrimonial y física de los restos que permanecen en el fondo marino y los esfuerzos que se llevan a cabo para su conservación arqueológica.

Andalucía en la red

RECORRIDO POR LAS PÁGINAS WEB DE HISTORIA Y CULTURA ANDALUZA

NATALIA MAILLARD / ALBERTO EGEA

CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES

La Constitución de Cádiz

<http://www.cervantesvirtual.com/portal/1812/>

En un año como el 2005 en el que el tema constitucional está tan candente, no resulta mala idea volver la vista atrás y releer la primera constitución española, redactada y aprobada por las Cortes de Cádiz en 1812. Además del texto constitucional, en esta página podemos encontrar información sobre la época histórica en la que se fraguó, sus

principales influencias, tanto nacionales como extranjeras, y reflexiones sobre este documento tan importante.



Centro Andaluz de Arqueología Ibérica

<http://www.ujae.es/centros/caai/>

En la página del Centro Andaluz de Arqueología Ibérica (CAAI), podemos encontrar una información amplia y actualizada sobre esta institución que persigue avanzar en el conocimiento de la Cultura de

los Iberos, garantizar la protección de sus restos patrimoniales y difundir el conocimiento de dicha cultura entre los ciudadanos.

El saqueo de Cádiz

<http://www.andalucia.cc/rehenes/index.htm>

Esta página constituye un interesante repaso a un acontecimiento casi olvidado de la historia andaluza. En ella se narra la historia de cuarenta nobles gaditanos que, tras el saqueo de su



ciudad por la flota anglo-holandesa del conde de Essex en 1596, se ofrecieron como rehenes con el objetivo de salvar las vidas de sus vecinos.

Cervantes y Andalucía

<http://www.csd.tamu.edu/cervantes/esp/index.html>

En este año en que se celebra el 400 aniversario de la publicación de la primera parte de *El Quijote* es buena idea repasar un poco la relación de Cervantes con Andalucía, tanto en su biografía como en sus textos. Esta página

de la Universidad de Texas presenta una breve pero interesante biografía, una colección de imágenes y los textos completos de sus obras, entre las que se encuentran las numerosas referencias de las *Novelas Ejemplares* a Andalucía.



Recursos históricos de la Biblioteca de las Culturas Hispánicas

<http://www.cervantesvirtual.com/historia/recursos.html>

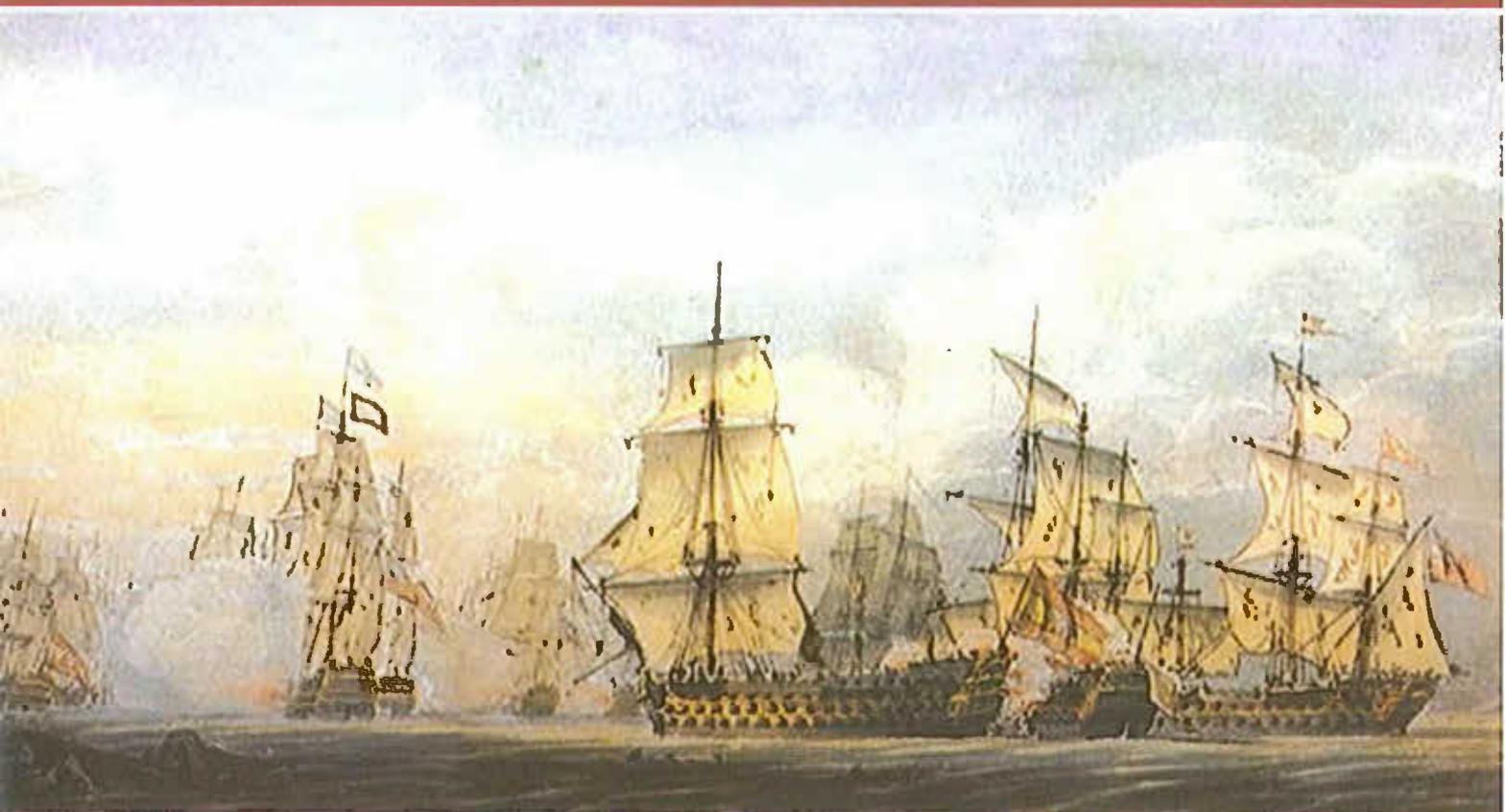
Este es otro ejemplo de la gran utilidad de la página de la Biblioteca Virtual Cervantes. Se trata de una serie de materiales didácticos que pueden ser muy interesantes a la hora de preparar una clase (bien para alumnos o profesores) o simplemente para entretenerse con temas históricos. Los temas son generales pero



incluyen también personajes y aspectos que tocan de lleno la historia de Andalucía, tales como la figura del marino Cristóbal Colón, textos relacionados con el feudalismo o historiografía sobre al-Andalus.

TRAFALGAR

el final de un sueño



El 21 de octubre de 1805 la flota inglesa derrotó a la franco-española en el gaditano Cabo de Trafalgar. Quedaban así truncados los sueños imperiales de Napoleón y daba comienzo una etapa de hegemonía marítima británica. Las consecuencias para España de este desastre naval fueron igualmente graves. El poder de la Armada quedaba minado seriamente y la presencia en el continente americano entraría en un acelerado declive. Además de ello, desde el punto de vista humano, la derrota de Trafalgar supuso la muerte en combate de 35 oficiales y más de 1.000 marineros y soldados, en su mayor parte andaluces.

Coordinado por

Manuel Sánchez Mantero

La estrategia militar británica



Escena de la batalla de Trafalgar pintada por Nicolos Pocock.

LOS INGLESES EN TRAFALGAR

La calidad de los navíos, la mayor formación y experiencia de sus tripulaciones y el genio estratégico de sus mandos resultaron determinantes a la hora de decantar el signo de la batalla de Trafalgar a favor de los intereses británicos. Destacó, en concreto, la renuncia a la tradicional formación en línea y la apuesta por el ataque en columnas, que permitió a los ingleses, mediante movimientos rápidos y desconcertantes, llevar la iniciativa durante la mayor parte del enfrentamiento

GONZALO BUTRÓN PRIDA

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

DESPUÉS de décadas de lucha por la supremacía política y económica en Europa y en el mundo atlántico, el siglo XIX comenzó con un breve paréntesis de paz entre Inglaterra y Francia, representado por el tratado firmado en Amiens en marzo de 1802. Sin embargo, su efecto

apenas duró un año, de manera que en mayo de 1803 ambas potencias ya habían vuelto a la lucha. En esta ocasión, el gobierno inglés tendría que hacer frente a un importante desafío, cifrado en el proyecto francés de desembarco en las islas británicas, que volvía a despertar el temido fantasma de la invasión de su territorio. En líneas ge-

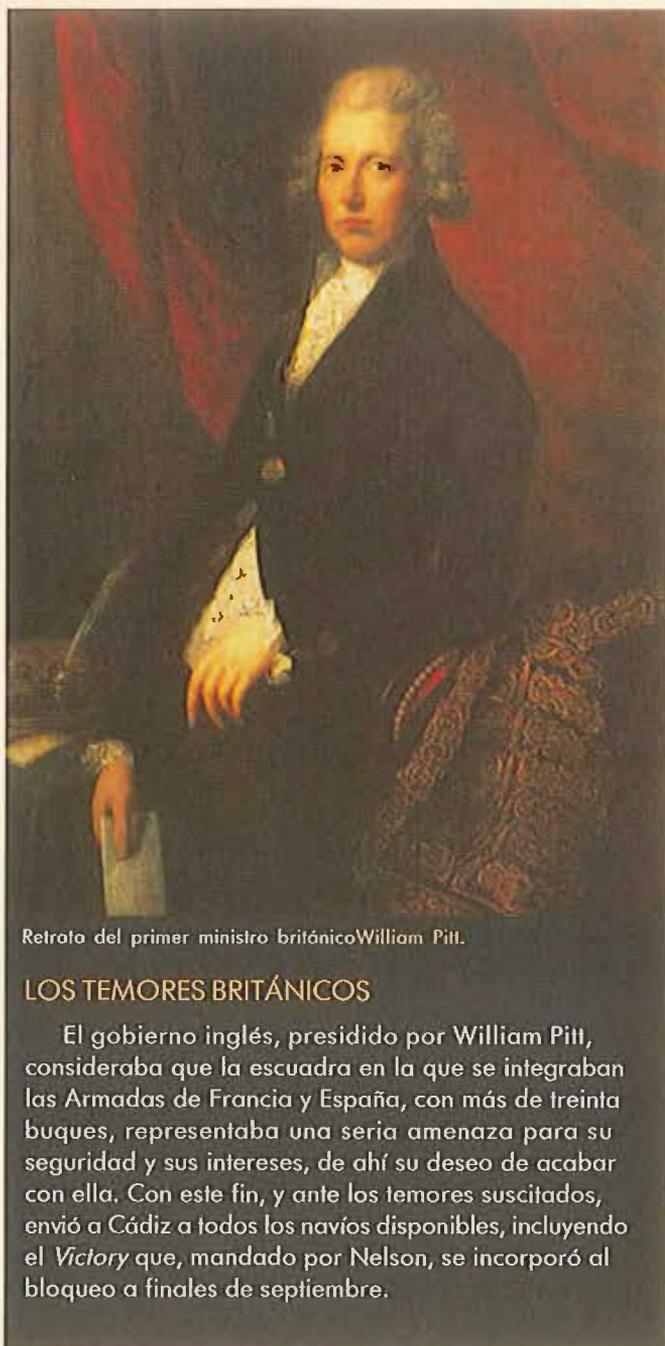
nerales, la idea de Napoleón era llevar el combate al terreno que le era más propicio, esto es, deseaba obligar al enemigo tradicional de Francia a luchar en tierra, donde estaba convencido de poder dar nuevas muestras de la superioridad exhibida por sus ejércitos en los campos de batalla europeos. Conocedor de la dificultad de batir a la flo-

ta británica, el emperador no aspiraba a enfrentarse a ella, sino sólo a conseguir, mediante una serie de maniobras de distracción, la presencia de sus fuerzas navales en el canal de la Mancha el tiempo necesario para escoltar el traslado de la *Grande Armée* a Inglaterra.

En estas circunstancias, los ingleses reaccionaron extremando la vigilancia sobre la flota francesa, a la que consiguieron bloquear, junto a buena parte de la de sus aliados españoles, en los puertos de Brest, Tolón y El Ferrol. De igual modo, y con el fin de conjurar la amenaza del desembarco, sus mandos recibieron la orden de, en caso de duda, tratar siempre de ganar la entrada del canal de la Mancha. A pesar de las precauciones tomadas, una escuadra enemiga mandada por Villeneuve estuvo a punto de burlar esa vigilancia en el verano de 1805. En concreto, el almirante francés fue capaz de escapar del bloqueo al que Nelson le tenía sometido en Tolón, unirse a la flota fondeada en Cádiz a las órdenes de Gravina e iniciar una inesperada singladura por las Antillas que logró despistar al propio Nelson. Finalmente interceptada, la flota aliada tuvo que

refugiarse en Cádiz, donde desde finales de agosto sufrió el bloqueo de una escuadra inglesa mandada por Collingwood.

Frustrada la estrategia napoleónica de distracción, y abandonado por tanto el plan de desembarco en las islas británicas, la atención de la lucha se centró de nuevo en la Europa continental.



Retrato del primer ministro británico William Pitt.

LOS TEMORES BRITÁNICOS

El gobierno inglés, presidido por William Pitt, consideraba que la escuadra en la que se integraban las Armadas de Francia y España, con más de treinta buques, representaba una seria amenaza para su seguridad y sus intereses, de ahí su deseo de acabar con ella. Con este fin, y ante los temores suscitados, envió a Cádiz a todos los navíos disponibles, incluyendo el *Victory* que, mandado por Nelson, se incorporó al bloqueo a finales de septiembre.

Por su parte, la concentración de navíos ingleses en las proximidades del puerto andaluz permitió limitar y controlar los movimientos de la flota combinada, que quedó inmovilizada en Cádiz justo cuando Bonaparte deseaba emplearla en el Mediterráneo. Después de casi dos meses de bloqueo, cuando el enfrentamiento naval con Ingla-

terra parecía demorarse *sine die*, Villeneuve, deseoso de conseguir una victoria que le permitiera salir de la comprometida situación personal en la que se encontraba, conocedor además de la preferencia del emperador por el hostigamiento a los ingleses, y animado por la superioridad numérica de su flota, decidió, el 19 de octubre de 1805, salir al mar y desafiar por fin a los sitiadores.

Temiendo que la flota franco-española alcanzara el estrecho de Gibraltar y se dispusiera a cumplir nuevas misiones en el Mediterráneo, Nelson, que conoció en seguida el movimiento enemigo gracias a la vigilancia ejercida por sus fragatas, ordenó a su flota que se dirigiera al Estrecho para cerrar el paso a la combinada y afrontar, llegado el caso, el esperado combate. Hacía tiempo que los ingleses habían previsto el enfrentamiento, en el que confiaban superar la desventaja de partida representada por su inferioridad numérica gracias, entre otros factores, a la calidad de sus navíos, a la mayor formación y experiencia de sus tripulaciones, y al genio estratégico de sus mandos.

La estrategia de los ingleses

La calidad de la flota inglesa venía acreditada, de entrada, por la reciente fabricación y el buen estado de la mayoría de sus navíos. De igual modo, hay que tener en cuenta que contaba con siete navíos de tres puentes, entre ellos el *Victory*, buque insignia de Nelson, y el *Royal Sovereign*, que llevaba el estandarte del vi-

LA CONCENTRACIÓN DE NAVÍOS INGLESES EN LAS PROXIMIDADES DEL PUERTO DE CÁDIZ IMPIDIÓ QUE NAPOLEÓN EMPLEASE SU FLOTA EN OTROS LUGARES DEL MEDITERRÁNEO



Tabla pintada por Nicolas Pocock con una escena de la batalla de Trafalgar.

cealmirante Collingwood. La fortaleza de estos navíos de tres puentes—que no sólo estribaba en su elevado número de cañones, sino también en su mayor altura, que dificultaba su abordaje—, se veía complementada, en el conjunto de la flota, por la incorporación de las carronadas (piezas de poco peso pero de gran calibre) que otorgaban a la flota inglesa una peligrosa efectividad a corta distancia.

En cuanto a la superioridad de la marinería, era especialmente notoria en el caso

de la artillería que, gracias a la atención preferente recibida en las ordenanzas de la marina inglesa, había logrado una buena cadencia y una aceptable precisión de tiro. La competencia alcanzada en este aspecto contrastaba, además, con las deficiencias presentadas por las tripulaciones aliadas, caracterizadas, en general, por su falta de experiencia.

En tercer lugar, la marina inglesa también se mostraba superior en el plano logístico, con un sólido sistema de abaste-

cimiento y provisiones, que en el caso de la batalla de Trafalgar se veía favorecido por la cercana presencia del enclave estratégico de Gibraltar.

En cuanto al genio estratégico de los mandos ingleses, quedó de manifiesto en el planteamiento de la batalla, en el que Nelson, que confiaba en la capacidad de iniciativa y en la audacia de sus mandos, buscó desconcertar al enemigo y contrarrestar, gracias al efecto sorpresa, su superioridad numérica, de modo que, cuando el grueso

LA SUPERIORIDAD DE LOS MARINOS BRITÁNICOS ERA ESPECIALMENTE NOTORIA EN EL CASO DE LA ARTILLERÍA, TANTO POR SU PRECISIÓN DE TIRO COMO POR LA VENTAJA QUE LE SUPONÍA LA INEXPERIENCIA DE LAS TRIPULACIONES ALIADAS



FUERZA INGLESA EN LA BATALLA DE TRAFALGAR

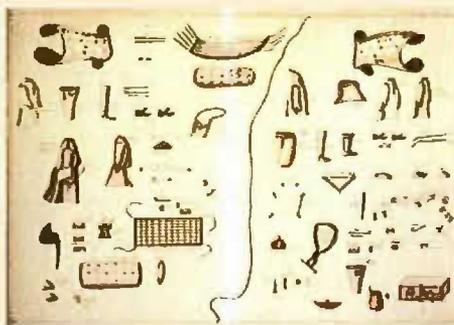
Columna de Nelson		Columna de Collingwood	
Navíos	Cañones	Navíos	Cañones
VICTORY*	100	ROYAL SOVEREIGN*	100
TEMERARIE*	98	BELLEISLE	74
NEPTUNE*	98	MARS	74
CONQUEROR	74	TONNANT	80
LEVIATHAN	74	BELLEROPHON	74
BRITANNIA*	100	COLOSSUS	74
AGAMENNON	64	ACHILLES	74
AJAX	80	POLYPHEMUS	64
ORIÓN	74	REVENGE	74
MINOTAUR	74	PRINCE*	98
SPARTIATE	80	SWIFTSURE	74
AFRICA	64	DEFENCE	74
		DREADNOUGHT*	98
		THUNDERER	74
		DEFIANCE	74

Fuente: Elaboración propia a partir de CAYUELA FERNÁNDEZ, JOSÉ y POZUELO REINA, ÁNGEL: *Trafalgar. Hombres y naves entre dos épocas*. Barcelona, Ariel, 2004, pp. 401-402.

El asterisco (*) señala los navíos de tres puentes.

de la flota aliada pudiera entrar en acción, el signo de la batalla ya estuviera decantado del lado inglés.

Se trataba, en concreto, de sorprender al enemigo a través del planteamiento de una batalla conscientemente "desordenada", que habría de desarrollarse en forma de combates parciales. Para conseguirlo, Nelson puso en práctica una estrategia que había planeado, y parcialmente aplicado, en los años previos, esto es, el ataque en columnas que cortarían en perpendicular la alineación clásica de la flota combinada. El objetivo inicial era atravesar y fragmentar la línea enemiga, para a continuación lograr, mediante una serie de movimientos rápidos, el aisla-



VESTIMENTAS Y EQUIPAJES

Tal y como lo describe el marqués de la Victoria en su *Diccionario Demostrativo* y aparece en el grabado superior, el reformismo borbónico llevó hasta los últimos detalles la implantación y sistematización del uniforme y equipaje para las travesías de la armada española.

miento y la destrucción del mayor número de secciones de la flota aliada, todo ello antes de que ésta pudiera reaccionar y defenderse con todas sus fuerzas.

El éxito de la operación dependería, en gran medida, de la rapidez con la que fuera ejecutada, de ahí que resultara determinante no perder tiempo en maniobras innecesarias. Con este fin, Nelson había previsto, por un lado, que el orden de navegación fuera el mismo que el de batalla; en tanto que, por otro, había renunciado a controlar el combate comunicando señales desde el buque insignia, y había optado en cambio por confiar en el buen hacer de sus mandos, a quienes transmitió, en una reunión celebrada días antes

EL DESARROLLO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR

DESPUÉS de una noche de espera en mar abierto, el día 21 amaneció con las dos escuadras frente a frente, dispuestas para medir sus fuerzas. El ataque fue iniciado poco después del mediodía por la columna de Collingwood, que tenía orden de atacar la retaguardia aliada a la altura de su duodécimo barco, con el objeto de cortar la línea enemiga y conseguir una interesante superioridad provisional. Sin embargo, el vicealmirante inglés se vio obligado a rec- tificar, puesto que Villeneuve, que no quería perder la posibilidad de regresar a Cádiz, ordenó a su flota que virara, de modo que su formación presentaba el orden de batalla invertido, y dibujaba además, dadas las dificultades generadas por la escasez de viento, un perfil curvo y descompensado. En estas circunstancias,

Collingwood decidió dirigir su ataque hacia el poderoso *Santa Ana* que, mandado por Álava, formaba originalmente parte de la vanguardia franco-española. Entre tanto, y con el fin de mantener alerta al resto de la flota combinada, Nelson trató de ocultar sus intenciones hasta el último momento, y lo hizo manteniendo su columna en cierto desorden, sin dejar claro si atacaría a la vanguardia o al centro de la formación aliada, una estrategia que le permitió retrasar la entrada en acción de la nueva vanguardia aliada, que quedó fuera de la batalla durante casi dos horas. Al final, Nelson, interesado en neutralizar los dos navíos clave del centro de la flota franco-española, buscó el contacto con la línea enemiga entre el *Santísima Trinidad* y el *Bucentaure*. La reacción de éstos obligó al almirante inglés a corregir sus

planes y a aprovechar un error de formación de la combinada para atacar directamente al buque insignia francés y cortar la línea enemiga junto al *Neptune* y el *Leviathan*. En breve, los ingleses lograron envolver al enemigo, si bien tuvieron que pagar el precio de arriesgar la suerte del *Victory* y de varios de sus mejores navíos en los momentos iniciales de la batalla, cuando fueron especialmente vulnerables al fuego enemigo.

Como consecuencia de la ya citada decisión de Villeneuve de virar hacia Cádiz, y de la mejor disposición táctica de los ingleses, el combate fue desigual, puesto que los aliados no fueron capaces de poner en juego todos sus efectivos. En estas circunstancias, la arriesgada estrategia de Nelson se reveló eficaz, puesto que le permitió

enjuagar la inferioridad numérica de su flota durante la mayor parte de la batalla, que se desarrolló, como había previsto, en enfrentamientos parciales en el centro y la retaguardia de la flota franco-española. En estos combates los ingleses demostraron mayor iniciativa que los aliados, e incluso lograron, en distintas ocasiones, atacar en grupo a los principales navíos enemigos. En todo caso, los combates fueron verdaderamente duros, y dieron lugar a largas horas de tensión en una serie de violentos enfrentamientos que dibujaron un impresionante escenario de destrucción. Fue el caso, por ejemplo, del sostenido, nada más comenzar el combate, por el *Royal Sovereign* y el *Santa Ana*, dos colasos que acabaron desarbolados y que protagonizaron uno de los choques más portentosos de Trafalgar.



Detalle del óleo pintado por Joseph Mallord sobre la Batalla de Trafalgar.

de la batalla, una serie de consignas que debían guiar su comportamiento durante el combate y que les permitirían, a la postre, ganar tiempo en los momentos clave del mismo. La consigna principal fue que, una vez iniciada la batalla, se avanzara hacia el enemigo sin disparar, aguantando lo máximo posible el fuego aliado, que se suponía impreciso. De este modo, sería

posible reservar la propia artillería hasta hallarse cerca del objetivo, cuando más daño se le podía infligir, gracias especialmente a la eficacia a corta distancia del fuego de las carronadas.

Este fue el planteamiento inglés el 21 de octubre de 1805 a la altura del cabo de Trafalgar. Ante la inminencia de la batalla, sus fuerzas, consistentes en 27 navíos, habían sido

divididas en dos columnas. La de barlovento, mandada por el propio Horacio Nelson, sólo estaba compuesta de doce navíos, pero tenía al frente a tres de los más potentes: el *Victory*, el *Temeraire* y el *Neptune*, todos ellos de tres puentes. La segunda columna, la de sotavento, contaba con un número mayor de navíos, quince, y estaba mandada por Cuthbert Collingwood desde el *Royal Sovereign*.



Grabado de la ciudad y el puerto de Cádiz a finales del siglo XVIII. Abajo, acuarela representando un navío de tres puentes con 112 cañones. Alejo Berlinguero de la Morca, 1800. Museo Naval.

también la relevancia de los oficiales caídos, incluido el propio Nelson.

El alcance de la victoria inglesa ha sido, en última instancia, sobredimensionado. Ya lo fue en la época, cuando, en unos momentos en los que la guerra propagandística estaba adquiriendo una gran importancia, el go-

La victoria inglesa

En última instancia, la batalla se saldó con victoria inglesa, si bien no en los términos tajantes que Nelson, que perdió la vida en la misma, hubiera deseado. Por una parte, por la conducta de algunos oficiales ingleses, que fallaron a la hora de cumplir las consignas recibidas y que, impacientes ante el fuego enemigo, dispararon antes de lo previsto, de modo que no fueron capaces de causar los daños esperados, ni de completar, por tanto, el número de apresamientos vaticinado por Nelson, que pensaba rendir buena parte de la flota aliada durante los primeros compases de la contienda. Por otra parte, por la reacción de algunos mandos españoles y franceses, que ofrecieron gran resistencia gracias a que su determinación les llevó a superar los rígidos esquemas de combate defendidos por Villeneuve.

En esta situación, los daños materiales fueron considerables, toda vez que numerosas unidades quedaron desarboladas, destrozadas e inservibles, unos daños incrementados por el fuerte temporal que siguió a la batalla, que privó a los ingleses de la mayor parte de las presas realizadas, y que acabó por perfilar un escenario desolador a lo lar-

go de la costa gaditana. El balance fue, en todo caso, favorable a los intereses de Inglaterra, que consiguió en un día lo que le habría costado años de bloqueos y vigilancia. En concreto, se calcula que su flota logró capturar o destruir 17 barcos enemigos, mientras que sólo cuatro de los suyos cayeron en combate, si bien al menos otros seis se fueron a pique, encallaron o quedaron casi inútiles. Las pérdidas humanas fueron aún de mayor trascendencia, dado el elevado número de muertos y heridos—estimados, en el bando inglés en 449 y 1.242 respectivamente—, y dada



bierno inglés no dudó en presentar a Trafalgar como una victoria decisiva para la resolución de las guerras napoleónicas, e incluso para la definición del escenario de poder planteado para el resto del siglo XIX. Esta interpretación oficial, que ha subsistido prácticamente hasta nuestros días, ha empezado a ser revisada. Del lado inglés, Nicholas Rodger ha minimizado el efecto militar y político del resultado de Trafalgar, si bien valora la trascendencia moral de la victoria. En el mismo sentido se ha manifestado Rémi Monaque, historiador francés que admite que la derrota de Trafalgar limitó el margen de maniobra de Francia, pero que considera que Nelson no salvó a Gran Bretaña del desafío de la invasión, puesto que cuando tuvo lugar la batalla, Napoleón ya había cambiado de planes; no obstante, Monaque reconoce, como Rodger, que las consecuencias psicológicas fueron las más importantes, toda vez que la victoria incrementó el prestigio de la armada inglesa y el orgullo de sus oficiales, mientras que, por el contrario, los franceses perdieron la esperanza de disputar a los ingleses la primacía marítima. ■

Tal y como lo narraron
LOS PROTAGONISTAS

«Al fin el enemigo cae sobre esta línea mal formada, en facha y casi toda inmóvil, y ataca muy de cerca atravesando por los parajes que se le proporcionan, maniobrando los unos en sostén de los otros con el mayor acierto y prontitud, manifestando su facilidad de maniobrar... pero el almirante Nelson no desplegó sus columnas al tiro de la línea, cayó sobre ella para batir a tiro de pistola y atravesando para reducir la batalla a combates particulares. Esta maniobra creo que no tendrá muchos imitadores. En dos escuadras igualmente marineras, la que ataque en esta forma debe ser derrotada».

*Mayor General Antonio de
Escaño al Príncipe de la Paz,
Cádiz, 17 diciembre 1805*

Carlos IV entregando el bastón
de almirante a Manuel Godoy,
Príncipe de la Paz. Óleo
de Francisco Uácer.
Museo de Bellas Artes, Valencia.



TRAFALGAR: MITO E HISTORIA

Al mediodía del 21 de octubre de 1805 la escuadra combinada hispano-francesa, compuesta por 33 navíos mandados por el almirante Villeneuve, hizo frente a un duro ataque de una escuadra británica de 27 navíos, bajo el mando del almirante Nelson, en aguas del cabo de Trafalgar

AGUSTÍN GUIMÉRÁ RAVINA

INVESTIGADOR DEL CSIC



Navíos franceses, españoles y británicos en el combate marítimo de Trafalgar. National Gallery, Londres.

DE RESULTAS del combate y la tormenta posterior, la escuadra española perdió diez navíos de los quince que habían participado en el mismo, teniendo 2.471 bajas aproximadamente: 1.057 muertos y 1.414 heridos, sin contar los numerosos ahogados. Entre los muertos se encontraba el propio jefe de la escuadra, general Gravina, los brigadieres Alcalá Galiano y Churrua, y el capitán de navío Alcedo. Otros prestigiosos oficiales fueron gravemente heridos.

Trafalgar y el liderazgo naval

Todavía hoy no existe un acuerdo completo sobre la corresponsabilidad de la derrota hispano-francesa: Napoleón y su ministro de Marina Decrès, el gobierno de Godoy y la actuación del almirante Villeneuve. En el caso del Emperador, su diseño estratégico de la campaña de 1805 estaba condenado al fracaso. Burlar a los británicos con una maniobra de diversión en el Caribe para entrar por sorpresa en el canal de la Mancha con una fuerza naval superior era una estrategia utópica, pues no tenía en cuenta las precarias condiciones materiales, logísticas y humanas de sus escuadras y las de sus aliados españoles. Su mentalidad terrestre le hacía pensar que los navíos po-

dían moverse con la misma rapidez por los océanos que un ejército; que la audacia y el coraje compensaban los factores adversos. Su soberbia le impedía escuchar los consejos de los expertos. Sus órdenes conminatorias, que cambió a menudo durante la campaña, no valoraban los cambios meteorológicos, los plazos de las transmisiones, ni las posibles reacciones del enemigo.

La elección de Villeneuve como jefe de la escuadra combinada también fue un error de Napoleón y de su ministro Decrès. Hubiera hecho falta un almirante especialmente genial—como Bruix o Latouche, ya desaparecidos—que interpretasen las instrucciones imperiales con elasticidad e incluso las infringiesen en determinadas circunstancias. Villeneuve, buen teórico, dotado de una gran lucidez sobre la superioridad naval británica, era, sin embargo, un jefe pesimista, abrumado por la misión encomendada. Su espíritu enfermizo le hizo tomar una decisión desesperada, una huida hacia delante, ordenando zarpar de Cádiz rumbo al Mediterráneo, para seguir las órdenes terminantes del Emperador. Su superior Decrès tuvo oportunidades de destituirlo a lo largo de aquellos meses. Al no hacerlo adquirió también una cuota de responsabilidad. Del lado español el entreguis-

LA BATALLA DE TRAFALGAR

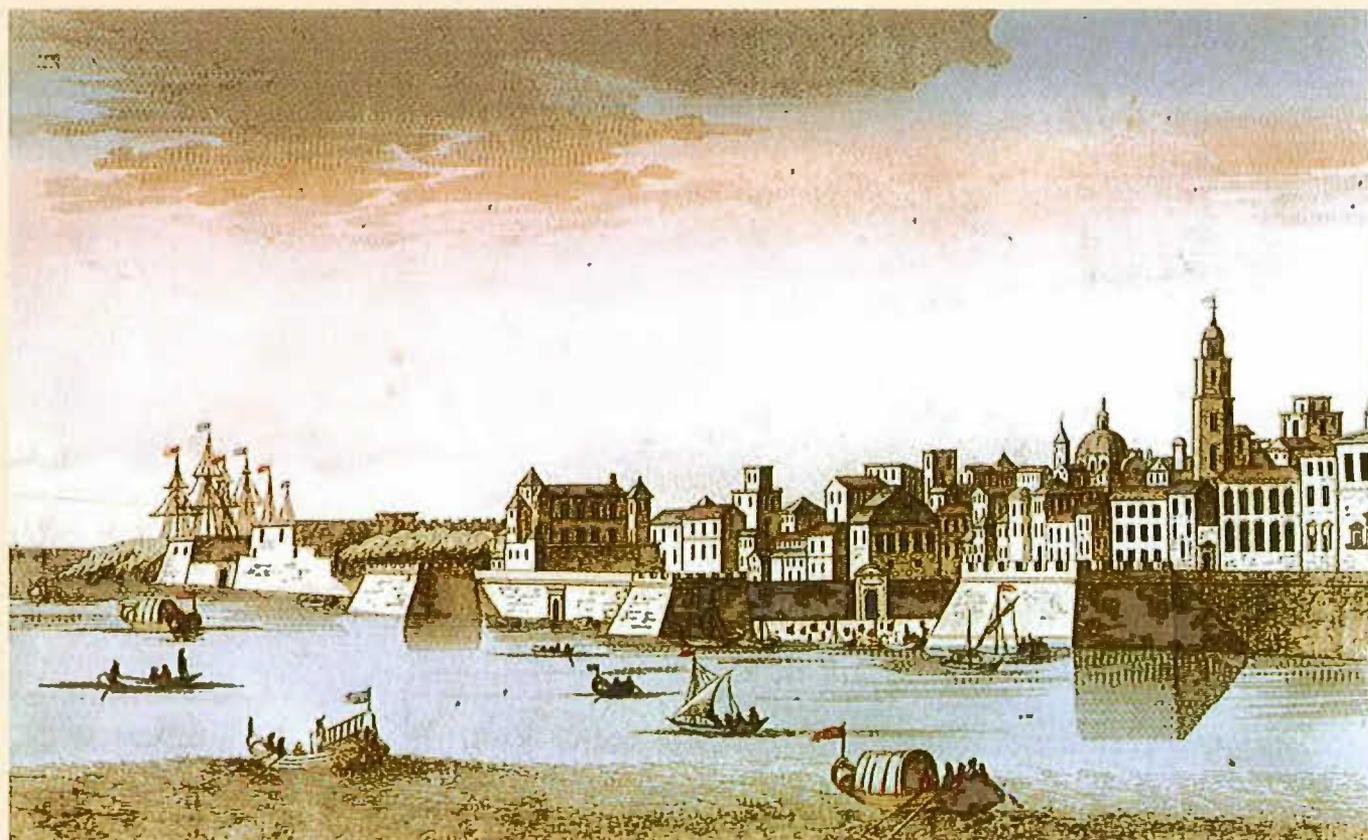
Los personajes menos conocidos



CAYETANO VALDÉS

El que por sus brillantes servicios fuera nombrado en 1833 capitán de la Armada por la reina Isabel II, pasó diez años exiliado en Gibraltar e Inglaterra, pese a su notable participación en distintos combates navales contra el ejército británico, entre ellos el de Trafalgar.

A las órdenes de Mazarredo tomó parte en las acciones destinadas a deshacer el bloqueo al que los ingleses sometieron la ciudad y el puerto de Cádiz. Al mando del Neptuno, buque insignia de Gravina, marchó en 1799 con la expedición combinada hispano-francesa que salió de Brest para sofocar la rebelión de Santo Domingo, y una vez tomados Guárico y Puerto Delfín, pasó a La Habana y de allí a Cádiz, a donde llegaría en 1802. Su participación en la batalla de Trafalgar, donde fue herido gravemente, le valió ascensos en su carrera militar, aunque luego caería en desgracia durante el reinado de Fernando VII.



El puerto y las murallas de Cádiz en un grabado de principios del siglo XIX. Biblioteca Nacional, Madrid.

mo de Godoy a Napoleón desde 1804, plegándose a todas sus exigencias para mantenerse en el poder, influyó en el desenlace. Algún autor ha defendido asimismo la idea de que Gravina, al plegarse siempre a las opiniones de Villeneuve, contribuyó también a la derrota, al no oponerse a la salida inoportuna de la escuadra combinada el 19 de octubre. Pero otros opinan que Gravina estaba atado y bien atado por sus obligaciones militares al jefe del gobierno, el Príncipe de la Paz, que no dejaba de presionarle, y por lo tanto al todopoderoso Napoleón.

Otro aspecto poco estudiado en esta cadena de responsabilidades es la decadencia de la Armada como instrumento de combate a partir de 1795, por culpa no sólo de Godoy sino también de los altos mandos de la Armada. Los ministerios de marina comprendidos entre esa fecha y Trafalgar se caracterizaron por la ineficacia y la arbitrariedad, arruinando la magnífica labor desplegada anteriormente.

Entre otras medidas nefastas está la marginación del mejor marino de su tiempo: el almirante José de Mazarredo (1745-1812),



Óleo representando una escena de Trafalgar.

LAS CONSECUENCIAS

La victoria sobre la flota franco-española permitió a Inglaterra tener una supremacía naval durante más de cien años. Napoleón tendría que abandonar definitivamente su idea de invadir las islas británicas y para España supuso el declive en sus posesiones de Iberoamérica, que comenzarían a independizarse de un país cuya Armada se había reducido notablemente.

que había sabido parar muchos golpes de la Royal Navy en su carrera militar y frenar los proyectos utópicos del primer cónsul Bonaparte en el período 1799-1801.

Un gigante con pies de barro

Las grandes carencias de la Armada en octubre de 1805 eran bien notorias, en contraste con sus oponentes británicos. En el papel contaba con 52 navíos de línea, en comparación a los 60 navíos franceses y los 217 británicos. Pero la realidad era bien distinta, pudiendo sólo armar la mitad de ellos y con mucho esfuerzo. Faltaba toda clase de géneros extranjeros para su armamento: madera de arboladuras y aparejos, cáñamo, lino, brea, etc. El suministro del Báltico estaba interrumpido por la guerra. Las raciones alimenticias estaban casi agotadas. A pesar de todo ello algunos barcos españoles que combatieron en Trafalgar se encontraban entre los mejores de su época: el Príncipe de Asturias, el Santa Ana y el Rayo, de tres puentes, eran robustos y con buenas

dotes marineras. Sin embargo, la escuadra británica poseía una superioridad en navíos de tres puentes: siete frente a cuatro. Ello influyó en la mayor contundencia en el momento de cortar la línea de la escuadra combinada. Finalmente, la artillería española embarcada era equiparable técnicamente a la británica, poseyendo también las famosas carronadas, que tanto daño hacían a las tripulaciones de cubierta.

VARIOS CONDICIONANTES MATERIALES Y TÁCTICOS PUDIERON PROPICIAR LA DERROTA DE TRAFALGAR

Sin embargo, la clave estaba en la falta de preparación de la marinería, tras ocho años sin navegar. Las epidemias que habían assolado las costas del sur español años antes habían diezmando también a la gente de mar. Se habían suplido, pues, las ausencias con tropas de tierra. Así, había 11.847 hombres de tripulación y guarnición en la escuadra al salir de Cádiz el 19 de octubre. Pero sobrababan en este "Manifiesto de fuerza" 1.425 infantes y 39 artilleros de tierra, faltando 723 artilleros de mar y 96 marineros, muchos de ellos hospitalizados. La destreza profesional de los artilleros de mar y marineros

era, como queda dicho, muy escasa, lo que repercutía en la buena maniobra y la reparación de averías durante el combate. La clase de contramaestres y guardianes era también endeble por falta de práctica. Incluso la pólvora embarcada era de mala calidad y ello debió influir en la eficacia del tiro.

Una victoria táctica

A estas condiciones tan defectuosas de los buques españoles, y por extensión de toda la escuadra combinada, se añadieron dos decisiones tácticas de Villeneuve de gran importancia. La primera fue mantener una línea de batalla larga, dado el número de navíos, sin escuadra de reserva que pudiese acudir en auxilio de un sector en peligro. Y la segunda fue que la escuadra virase por redondo a un tiempo a las ocho de la mañana del 21 de octubre, en presencia del enemigo. Con ello pretendía presentar batalla cerca de Cádiz, pero el viento era muy flojo, dando lugar a que los buques se apelotonasen. La línea de batalla resultó curva e imperfecta.

Nelson se arriesgó a sufrir muchos daños antes de cortar la línea de la escuadra enemiga, porque esta táctica había sido ensayada con éxito por almirantes anteriores como Duncan, Jervis o Rodney. Además,

Tal y como lo narraron LOS PROTAGONISTAS

«La cuarta posición fue que la escuadra combinada, sin haber podido concluir el restablecimiento del orden tuvo que orzar para recibir al enemigo... los navíos tuvieron que ponerse en facha para evitar abor-darse, y muchos salieron de



Náufragos de una fragata en la batalla de Trafalgar.

sus puestos y doblaron a sotavento por faltar un lugar en que colocarse. En esta forma estaba la escuadra combinada cuando empezó el ataque.»

Escaño a Godoy 17 diciembre 1803

LA BATALLA DE TRAFALGAR

Los personajes menos conocidos



BALTASAR HIDALGO

El ilustre marino Baltasar Hidalgo de Cisneros ingresó en la Armada en 1770 participando en los siguientes años en diferentes expediciones, entre ellas la primera campana del Canal de la Mancha en la escuadra comandada por Luis de Córdova.

El 1780, al mando de la balandra Flecha, apresó a los corsarios británicos Rodney y Nimbre, a los que se añadirían otros de la misma nacionalidad en años posteriores. Entre 1798 y 1802, que ascendió a jefe de escuadra, tuvo bajo su responsabilidad al navío Santa Ana y varias divisiones con las que hizo campaña en el Mediterráneo y en el golfo de Cádiz. En 1805, ocupando el cargo de general en el arsenal de Cartagena, solicitó embarcar en el Neptuno, desplazándose para ello a El Ferrol y partiendo desde allí hacia Cádiz participando activamente en la batalla de Trafalgar donde fue herido y hecho prisionero al hundirse su navío. Llegó a ser virrey de Buenos Aires y capitán General del Departamento de Cartagena, donde murió en 1829.

TRAFALGAR, ESTACIÓN TÉRMINO

DESDE LA PERSPECTIVA española, Trafalgar significó un sacrificio inútil que conmocionó a la opinión pública, especialmente en Cádiz y sus alrededores, cuyas poblaciones habían perdido a muchos tripulantes en el combate y el temporal. La Armada había sufrido la pérdida de diez novíos de línea y muchos hombres valiosos. A pesar de la derrota, las colonias españolas siguieron fieles a Carlos IV, aunque el comercio y las comunicaciones normales con América sufrieron mucho la desasistencia de la Armada.

Godoy insistió en continuar la guerra naval contra Gran Bretaña, siguiendo los dictados de Napoléon, aunque se centró en la defensa de la Península, abandonando la protección de las colonias. La Armada todavía contaba con 44 novíos de línea en el papel. Pero las finanzas de la monarquía se hallaban en una situación crítica y el propio Godoy no estaba interesada realmente en una reforma naval en profundidad. Escaño, el héroe de Trafalgar, participó en las sesiones del Almirantazgo creado por el Príncipe de la Paz en 1807 e inició la redacción de un plan de reforma



Panteón de marinos ilustres en Cádiz. Muchas inscripciones recuerdan el desastre de Trafalgar.

de la Armada, en donde señalaba aquellos males estructurales del organismo que premiaba pocas veces el mérito, entre otros defectos. Aquel plan nunca lo dio a conocer en vida, siendo publicado por su ayudante en 1820, con el Trienio Liberal. De todas formas no había medios para una reforma integral. Más aún, no había tiempo: el 2 de mayo estaba o la vuelta de la esquina.

conocía bien la precaria situación de las fuerzas a que se enfrentaba. La mayor capacidad de maniobra de los buques británicos posibilitó un mejor uso táctico de la artillería, que castigó a los buques enemigos en sus puntos más débiles, la popa y la proa. Al atacar sólo el centro y la retaguardia, la escuadra de Nelson pudo ganar en superioridad numérica a sus enemigos, que se vieron envueltos por varios buques contrarios que les castigaban por las dos bandas.

Un combate encarnizado

Sin embargo, a pesar de todo, la escuadra combinada presentó batalla mejor de lo previsto. Había buenos profesionales en sus filas y la tripulación supo seguir a sus jefes. Por otra parte, los comandantes británicos no estaban acostumbrados a esta nueva táctica de combate, rápido, desorganizado y confuso. Las unidades de la escuadra de observación, mandada por Gravina, tuvieron un buen comportamiento táctico, como puede

comprobarse en el diario del *Príncipe de Asturias*, por ejemplo. Sus atacantes se entorpecieron unos a otros, no consiguiendo atacarle de cerca de forma permanente. Al final Federico Gravina pudo retirarse al puerto de Cádiz con otros cinco navíos españoles y cinco navíos franceses, tras cinco horas de combate.

Lo interesante es que los restos de la escuadra combinada continuó el combate dos días más tarde. En efecto, el temporal anunciado se abatió sobre los restos

LA MAYOR CAPACIDAD DE MANIOBRA QUE PRESENTABAN LOS BUQUES BRITÁNICOS POSIBILITÓ UN MEJOR USO TÁCTICO DE LA ARTILLERÍA, QUE ACABARÍA DAÑANDO ENORMEMENTE A LOS BUQUES ENEMIGOS EN SUS PUNTOS MÁS DÉBILES, LA PROA Y LA POPA

FUERZA ESPAÑOLA EN LA BATALLA DE TRAFALGAR

NAVES, ARTILLERÍA Y MANDOS DE LA ESCUADRA

BUQUES	ARTILLERÍA	COMANDANTES	INSIGNIAS
Santísima Trinidad	120	B. Uriarte	B. Hidalgo
Santa Ana	112	C. Gardoqui	G. Álava
Príncipe de Asturias	112	B. Hore	G. Gravina MG. Escaño
Rayo	100	B. Macdonnell	
Argonauta	80	C. Pareja	
Neptuno	74	B. Valdés	
Asís	74	C. Flores	
San Agustín	74	B. Cagigal	
Bahama	74	B. Alcalá-Galiano	
Montañés	74	C. Alcedo	
San Ildefonso	74	B. Vargas	
San Juan Nepomuceno	74	B. Churruca	
Monarca	74	C. Argumosa	
San Justo	74	C. Gastón	
San Leandro	68	C. Quevedo	

B= Brigadier - C= Capitán de Navío - G= General - MG= Mayor General

de ambas escuadras al finalizar la lucha, de modo que tuvieron que replejarse hacia sus posiciones. Una vez en la bahía de Cádiz, Escaño esperó a que amainase el temporal para enviar a la mar los buques disponibles—tres españoles (*Rayo*, *Montañés*, *Asís*) y tres franceses— en la mañana del 23 de octubre, con el fin de rescatar a los barcos apresados por los británicos o tratar de salvar a los que amenazaban naufragio. Aquella decisión que podría calificarse como de humanitaria, y no sólo militar, habría de traer conse-

cuencias bastante graves. Se reapresaron el *Santa Ana* y el *Neptuno*, pero este último naufragó irremediamente, junto con el *Rayo* y el *Asís*.

En resumidas cuentas, se perdieron diez navíos de los quince que componían la escuadra española. Se salvaron los siguientes: *Príncipe de Asturias*, *San Leandro*, *San Justo*, *Montañés* y *Santa Ana*. Los franceses, por su parte, perdieron muchos más tanto en el combate y en los meses que le siguieron: doce navíos de un total de dieciocho. ■

LA BATALLA DE TRAFALGAR

Los personajes menos conocidos



FRANCISCO ALCEDO

El oficial de marina Francisco Alcedo y Bustamante comenzó su carrera militar en la Armada en el año 1774. Sus primeras expediciones se llevaron a cabo en el Mediterráneo embarcado en los jabeques *Atrevido* y *Gamo*, con el que participó en la campaña contra Argel en 1776, así como en la fragata *Santa Marta*. Ya en las posesiones de ultramar, a bordo de la *Santa Dorotea*, hizo campaña en aguas de México y en las Antillas. Unos años más tarde, en 1781, participó en la expedición contra Pensacola, con la fragata *Nuestra Señora de la O*. Un año más tarde, embarcado en el navío *San Dámaso*, participó en la campaña del Canal de la Mancha y en el bloqueo de Gibraltar, donde resultaría herido. En 1791 ascendió a capitán de fragata, rindiendo tres años más tarde el fuerte del Delfín en las Antillas. En junio de 1805 obtuvo el mando del navío *Montañés* en cuya cubierta encontraría la muerte en la batalla de Trafalgar.

LA SUERTE DEL DIABLO

Una pesadilla para Nelson

En la expedición a Egipto, la suerte acompañó a Napoleón, que no fue detectado por los ingleses en toda la travesía del Mediterráneo. Y hasta desembarcó y ocupó la isla de Malta, dejando en ella tres mil hombres. Por ello Nelson decía que aquel diablo tenía verdaderamente «la suerte del diablo» («The devil has the luck of a devil»). La suerte, sin embargo, le abandonó en Abukir (1 agosto 1798) y siete años después, en Trafalgar (21 octubre 1805). En los mares, la suerte, evidentemente, estuvo siempre de parte de los ingleses.

MANUEL MORENO ALONSO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA



Retrato de Napoleón como emperador. François Gérard. Palacio de Versalles.

MIENTRAS en las costas de Boulogne, «El Diablo» preparaba un extraordinario ejército —que por entonces comenzó a llamarse *Grande Armée*— para invadir Inglaterra, el demonio sabía perfectamente que tal operación no podía realizarse sin asestar un golpe definitivo a la flota inglesa, de ahí el esfuerzo llevado a cabo por la Francia napoleónica para acometer la empresa. Todo el país respondió con dinero o con efectos para hacer realidad el sueño del Emperador. Casi todos los departamentos ofrecieron un navío de línea. Las grandes ciuda-

des ofrecieron fragatas. E incluso, según se dijo por entonces, hasta los lugares más pequeños de la nación donaron algún barco de transporte, o los fondos equivalentes a su costo.

Extraordinario fue el ritmo de trabajo para la construcción de aquellos barcos en Brest, en Lorient, en Rochefort, en Tolón o en Amberes. Holanda —el país de los antiguos «carreteros de los mares»— se puso a su disposición. Y llegó un momento en que sólo en los puertos franceses más próximos a Albión —en Boulogne, en Etaples, en Wimereux, en Calais o en Ambleteuse— las alas y los centros de la flotilla destinada a

la invasión compusieron, a finales de julio de 1805, más de dos mil trescientos bastimentos, y una fuerza ingente de hombres y pertrechos.

El «ejército de Inglaterra», acampado y dispuesto para la invasión, estaba compuesto por cerca de doscientos mil soldados, diez mil caballos, artillería completa, bagajes, provisiones y pertrechos de todo tipo. Por su parte, El Ministerio de Marina francés, para hacer frente a tantos gastos, asignó la cantidad exorbitante de 400 millones de francos. Pero, además de esta extraordinaria fuerza, la Marina contaba con los demás navíos armados

que se encontraban en otros puertos. Y, aparte de la Marina española, contaba, además, con la escuadra de Holanda, que se componía de once navíos y hasta quince fragatas y corbetas.

El rey Carlos IV acompañado del valido Manuel Godoy. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. Abajo, escudo imperial de Napoleón.



El ejército reunido fue de tales proporciones que, según el primer ministro español, don Manuel Godoy, «ningún siglo había ofrecido una fuerza tan poderosa como aquella que amenazaba en 1804 y 1805 a la nación británica, con más la maravilla y el prestigio del feliz guerrero que estaba al frente de ella, y de sus generales Ney, Soult, Lannes, Angereau y Davoust, que, bajo él, debían mandar las tropas, inflamadas de entusiasmo y ambiciosas de nuevos laureles». Pero, evidentemente, la operación no podía llevarse a cabo sin asestar un golpe definitivo a la Marina inglesa.

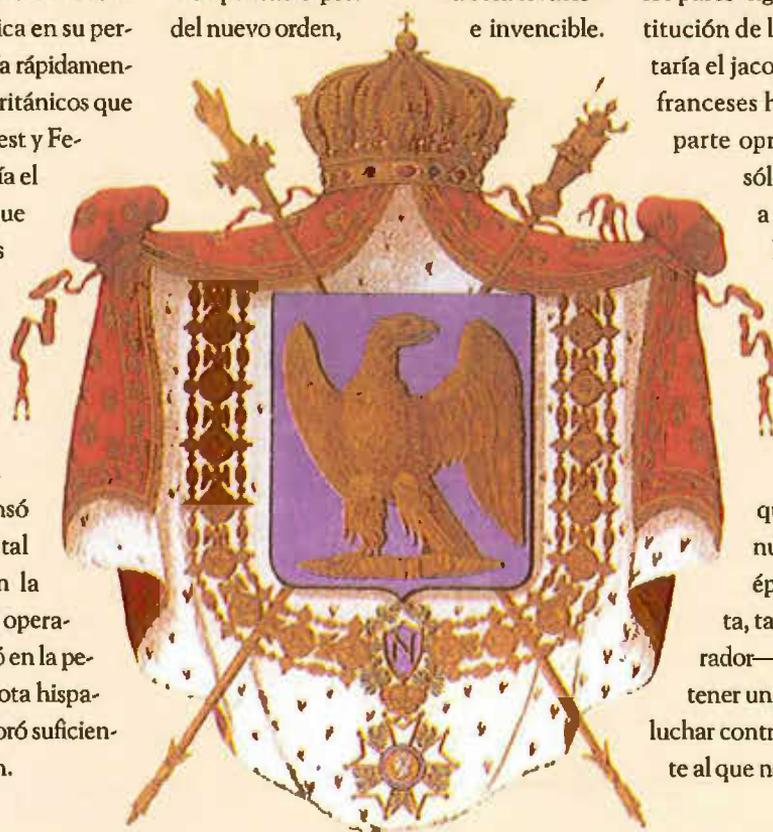
El plan del «Diablo»

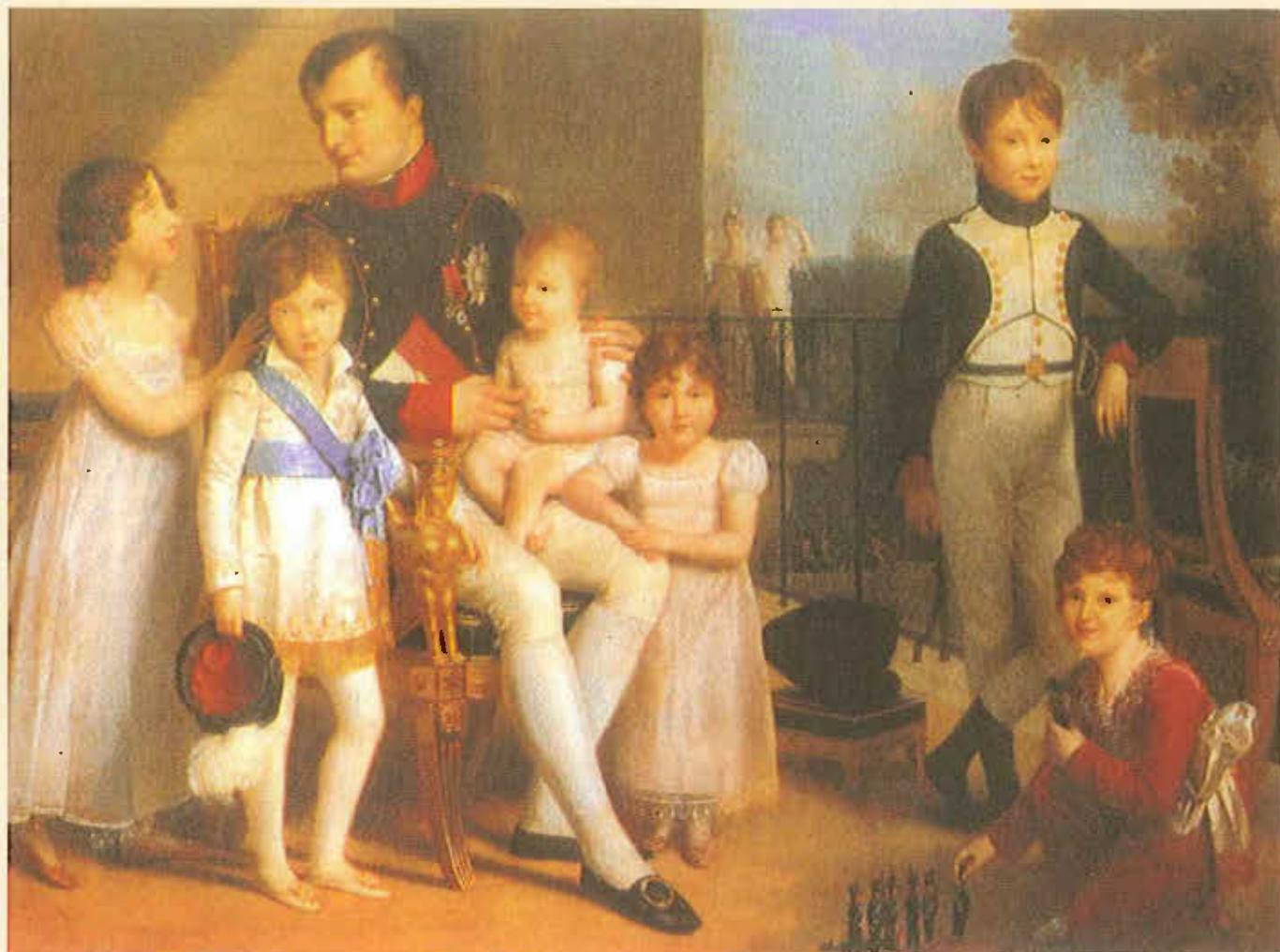
El plan diabólico de Napoleón consistía en destacar una importante flota hacia las Antillas para engañar a los ingleses. Y cuando éstos se dirigieran a América en su persecución, la escuadra regresaría rápidamente a Europa, derrotaría a los británicos que bloqueaban los puertos de Brest y Ferrol, y, de esta forma, dominaría el canal de la Mancha antes de que la flota inglesa regresara de las Antillas. El plan, desde luego, no podía ser más atrevido. Pero el riesgo era extraordinario. En su planteamiento, el *Diablo*, confiado a su suerte, cometía tres errores fundamentales. Primero, pensó que una operación naval de tal alcance podía realizarse con la misma sincronización de una operación terrestre. Segundo, confió en la pericia de sus hombres y en la flota hispano-francesa. Y, tercero, no valoró suficientemente la destreza de Nelson.

En una época de su vida tan llena de acontecimientos —en la que había llegado al trono de forma bien distinta a Cromwell o a Ricardo III— Napoleón llegó a creerse indispensable para la conservación del nuevo orden, e invencible.

Y, por supuesto, dueño de Inglaterra. Según la versión de Stendhal, al poner pie en Inglaterra, sintiéndose ya su conquistador, repartiría a los pobres los bienes de los pares ingleses; proclamaría la Constitución de los Estados Unidos; fomentaría el jacobinismo; declarararía que los franceses habían sido llamados por la parte oprimida de la nación; y que sólo se había querido derrocar a un gobierno tan dañino para Francia como para la misma Inglaterra.

Y, al final, si todo esto no se llevó a cabo, fue, según la tesis del mismo Stendhal (*Vida de Napoleón*, cap. XXXVII) «porque no hubo un Nelson en nuestra marina». En aquella época —dirá el genial novelista, tan gran admirador del Emperador— Inglaterra tuvo la suerte de tener un hombre (Nelson), «digno de luchar contra el general francés». Y frente al que no fue posible aplicar la máxi-





Óleo representando a Napoleón con su familia en la terraza del castillo de Saint Cloud. Louis Ducis. Palacio de Versalles.

ma del propio Napoleón, según la cual el arte militar para un general en jefe habría de consistir «en hacer que sus soldados sean dos contra uno en el campo de batalla».

Once años después de Trafalgar, en las soledades de Santa Elena —exactamente el domingo 12 de mayo de 1816— Napoleón habló con Las Cases del desastre. En su plan, echó de menos, decía, al almirante Latouche-Tréville. Pues, en su opinión, sólo él le había dado la idea de un «verdadero talento». De haber vivido, le hubiera dado otro impulso a sus planes. Y, por supuesto, tanto el ataque a Inglaterra como el de la India se hubieran intentado, e incluso realizado.

En las conversaciones de Santa Elena, el Emperador se reprochaba el asunto



Medallas francesas de Trafalgar.

¿PERDEDORES O HÉROES?

A pesar de que en la batalla de Trafalgar la flota francesa fue la más perjudicada y sus marinos los que peor desarrollaron la estrategia naval, en Francia se consideró a los participantes como verdaderos héroes; prueba de ello fueron las medallas que Napoleón III concedería más tarde a los supervivientes del desastre de 1805.

de las gabarras de Boulogne. Hubiera hecho mejor en emplear, decía, verdaderos navíos en Cherburgo. De la misma manera que Villeneuve, de haber actuado con más acierto en el cabo Finisterre, hubiera podido hacer practicable el ataque. «Yo había combinado esta aparición de Villeneuve desde hacía mucho, con bastante arte y cálculo, en oposición a la rutina de los marinos que me rodeaban. Y todo resultó como yo lo había previsto, hasta el momento decisivo: entonces la desidia de Villeneuve lo perdió todo».

En sus proyectos de conquistas de Inglaterra y de la India, más que barcos, a Napoleón le faltó, efectivamente, un Nelson. En otra conversación en Santa Elena, que tuvo lugar el 6 de noviembre de 1816, surgió el nombre de Suffren. Las Cases le

dio noticia de su muerte en 1789, que verdaderamente supuso una «calamidad nacional» para Francia. Y al hablar de su carácter indómito, sumamente valeroso, y de sus acciones, el Emperador terminó diciendo: «Oh! ¿Por qué este hombre no ha vivido en mi época? ¿Por qué no he encontrado uno de su temple, a quien hubiese hecho nuestro Nelson?». De haberlo encontrado, los asuntos hubiesen tomado otro rumbo. Pues, «yo he pasado todo mi tiempo en buscar el hombre de la Marina, sin haberlo podido encontrar jamás».

El propio Napoleón no dudó en confesar sus grandes limitaciones sobre los asuntos de la mar. «Hay en este oficio una especialidad, una técnica que detienen todas mis concepciones. Apenas proponía una idea nueva, tan pronto tenía a Ganteauine sobre las espaldas y la sección de Marina. —'Sire, esto no se puede'. —'Y ¿por qué?' —'Sire, los vientos no lo permiten, y después las calmas, las corrientes'...». Napoleón llegó a la conclusión de que era imposible entenderse con aquellos hombres que no hablaban el mismo lenguaje que él. Y cuántas veces, decía, en el Consejo de Estado, les había reprochado esta actitud. A lo que ellos le contestaban que no se podía ser buen marino si no se era desde la cuna.

Limitaciones de los franceses

Las propias consideraciones de Napoleón, realizadas once años después de Trafalgar, dan una idea exacta de las limitaciones de la Marina francesa. En la marina —llegó a decirle a Las Cases en mayo de 1816— «la esterilidad era efectiva». Y, después de todo, al único marino francés que salvaba era a Decrès, el ministro, que, en su opinión, era quizás el mejor. Pues tenía don de mando. Pese a lo cual, según el Emperador, «no creaba nada, ejecutaba mezquinamente, caminaba y no quería correr». En realidad su talento sobresalía solamente en su conversación como buen cortesano. A juicio de Napoleón, le hubiera hecho falta pasar la mitad de su tiempo en los puertos y en las flotas, y quizás algo hubiera aprendido.

CHURRUCA: EL HÉROE ESPAÑOL

Sin duda alguna, uno de los personajes más destacados de la flota franco-española que participó en el combate de Trafalgar, fue Cosme Damián Churruca de Elorza.

Este notable militar que había nacido en 1761, ingresó con tan solo 15 años en la Compañía de Guardias Marinas de El Ferrol, siendo una de sus primeras campañas la llevada a cabo por la fragata *Santa Bárbara* en el sitio de Gibraltar y ataque a las baterías flotantes (1781-1782). Al siguiente año, y hasta 1787, ejerció como profesor de la Academia de Guardias Marinas, participando después en la segunda expedición al estrecho de Magallanes con los paquebotes *Santa Eulalia* y *Santa Casilda*. Tras realizar diferentes trabajos de investigación marítima ampliamente divulgados por Europa, accedió al cargo de mayor general de la escuadra de Mazarredo en 1797. Al año siguiente obtuvo el mando del navío *Conquistador*, participando en la campaña que concluyó en Brest en 1799. Tras su visita a París donde conocería a Napoleón, regresó a España en 1802 y solicitó el mando del *San Juan Nepomuceno*. A bordo de este barco participó en la batalla de Trafalgar, muriendo gloriosamente en el combate.



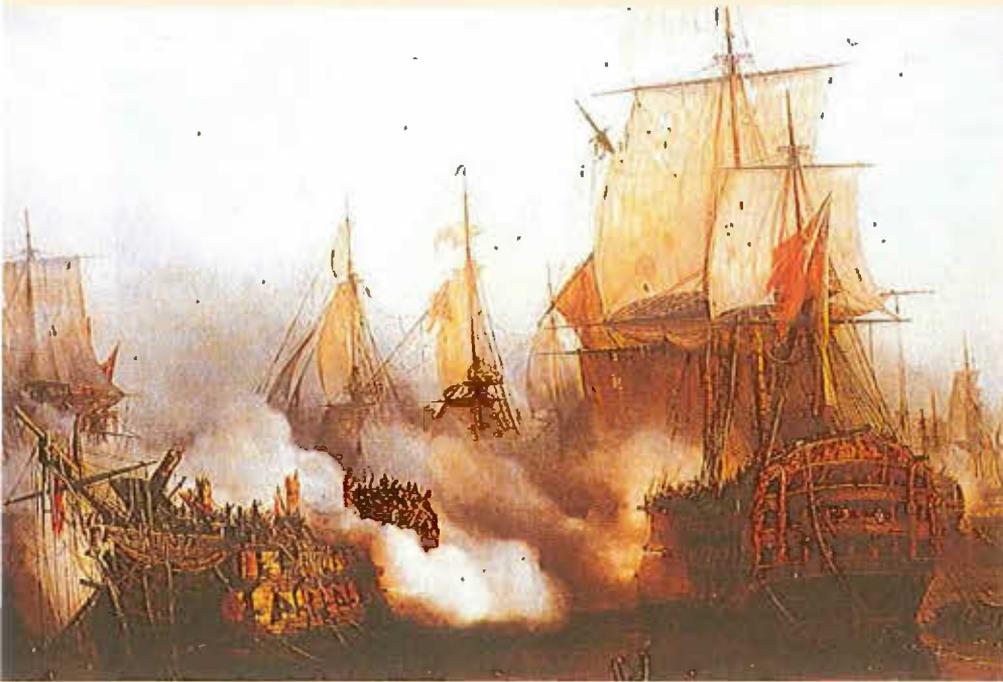
NAPOLEÓN RECONOCÍA SUS GRANDES LIMITACIONES EN LO REFERENTE A LAS TÁCTICAS MILITARES MARÍTIMAS

Decrès fue el valedor de Villeneuve para ponerlo al frente de la flota combinada hispanofrancesa. Y, por ello, él fue el primer responsable del desastre de Trafalgar. El propio Emperador no dejó de reconocer los graves errores cometidos por su ministro de Marina. «Dios sabe las instrucciones que le había dado Decrès. Dios sabe las cartas particulares que se escribieron y que yo jamás pude aclarar; porque yo era muy poderoso, muy figón, y no creáis, sin embargo, que conseguía comprobar todo lo que hubiese querido».

Los generales franceses pudieron comprobar que Napoleón no era asequible una

vez que recibía al ministro de Marina. «Y ¿cómo podía ser de otro modo —llegó a reconocer el *Diablo*— si nunca tenía sino malas noticias que darme? Yo mismo hube de arrojar la soga tras el caldero cuando el desastre de Trafalgar».

Napoleón fue el alma de la reconstrucción del sector naval, que había quedado prácticamente destruido durante la Revolución. Él fue el restaurador de la marina de guerra a través de la creación, sucesiva, del Consejo de Trabajos Marítimos, el Consejo de Presas, el Consejo de Guerra, el propio Consejo de Marina y el de Construcciones Navales. Muy importante fue, particularmente para la renovación de la flota, la creación del *Conseil de Travaux Maritimes*, creado el 18 pluvioso del año VIII (7 febrero 1800). Dentro del cual formaba parte el servicio de Ingenieros de



Escena de la batalla de Trafalgar pintada por Auguste Mayer.

Puentes y Canales, que fue creado poco antes del desastre de Trafalgar.

Pero aun así la Marina de guerra francesa careció de una infraestructura adecuada y de la necesaria receptividad a las innovaciones de la nueva época. Una realidad que se puso de manifiesto con la cuestión, tan traída y llevada, del «Piroscafo». Es decir, el proyecto del americano Fulton, cuando propuso a la Marina la aplicación a la navegación de la máquina de vapor como fuerza motriz para los barcos. Aunque, en este caso, la culpa fue del mismo Napoleón, quien, de creer el testimonio posterior del mariscal Marmont, trató al americano de charlatán. Una actitud muy característica del Emperador, opuesto por sistema a las innovaciones técnicas de la época. Por más que, en aquella ocasión, según su correspondencia, el «Diablo» hubiera dejado en manos de los miembros del Instituto el proyecto del ciudadano Fulton.

Todo esto hizo que, en el momento de la batalla de Trafalgar, la aparentemente poderosa flota francesa contara con unos barcos anticuados. Unos barcos que, a diferencia de la flota española, que contaba

con buenos marinos (Gravina, Churruca, Alcalá Galiano, Escaño y Valdés), no disponía ni de grandes marinos ni de tripulaciones entrenadas. Justo lo contrario de lo que ocurría con la armada británica, cuyos jefes



FEDERICO GRAVINA Y NÁPOLI

Entre los más conocidos participantes en la batalla de Trafalgar se encuentra este noble marino nacido en Palermo y vinculado desde muy joven a la Real Armada española. Tras hacer campaña en Martinica y Finisterre entró en combate en Trafalgar, donde recibió una herida en el codo de la que moriría en 1806.

—Nelson, Collingwood, Calder—eran de extraordinaria calidad. La superioridad de la flota británica no tuvo punto de comparación. Se trataba, además, de una superioridad técnica, que, difícilmente, los franceses y los españoles podían haber contrarrestado en el encuentro.

En el fondo la clave de la superioridad británica contra Napoleón estuvo en los logros de su revolución industrial. A diferencia de Francia, que había sufrido hondamente el trauma de la Revolución, Inglaterra había alcanzado ya un desarrollo tecnológico y un utillaje industrial que fueron, en definitiva, la verdadera causa de su triunfo frente a Napoleón. Razón por la cual algunos historiadores han sostenido que, al final, las guerras contra Napoleón no fueron ganadas en Trafalgar, Leipzig o Waterloo, sino en las fábricas de algodón de Manchester y en las de hierro de Birmingham.

Desde luego la superioridad técnica fue completa en 1805 por parte de los ingleses. Y aunque teóricamente los aliados contarán con mayor número de barcos (18 navíos franceses y 15 españoles) y con mayor número de cañones (2600, de los cuales 1356 eran franceses) frente a los 2200 ingleses, su superioridad (estratégica, táctica, técnica, artillera) no dejó lugar a dudas. Por supuesto, el primero en darse cuenta, de la manifiesta inferioridad de la flota aliada desde el primer momento fue el propio Napoleón, que sintió que Villeneuve, en el mes de agosto de 1805, en vez de encaminarse al canal de la Mancha, se dirigió al sur, aplazando los planes de la invasión de Inglaterra. Pues en vez de poner proa a Calais, tomó el rumbo de Cádiz, cayendo en la trampa de Gibraltar.

Con posterioridad, los franceses, tanto los marinos como los historiadores, echarían la culpa de la derrota a los españoles. De momento la prensa francesa, controlada con mano férrea por el «Diablo», dio escasa cuenta del desastre. Pero después historiadores napoleónicos como el propio Thiers achacaron parte de la responsabilidad de la derrota a los aliados españoles. Lo que provo-

có, por parte del historiador español Marliani, una réplica famosa, ampliamente difundida por el historiador Lafuente, documentada tanto con los pares auténticos de Collingwood, de Gravina y Escaño, como con las instrucciones de Napoleón a Villeneuve y otros testimonios.

Epílogo al desastre

La suerte difícilmente podía acompañar, en esta ocasión, al «Diablo» en Trafalgar. Su sueño de dominar el canal de la Mancha siquiera fuera por unas horas —«Seamos por seis horas dueños del canal y seremos dueños del mundo»— difícilmente podía hacerse realidad con una flota como la inglesa. Y con un jefe, por parte francesa, como el almirante Villeneuve, que se caracterizó por su inacción en Abukir, y por su torpeza en Trafalgar. Su amigo Decrés lo promovió a vicealmirante en mayo de 1804 y, después de la muerte de Latouche-Tréville, a comandante de la escuadra de Tolón con puesto de mando en el *Bucentauro*.

Según la versión del primer ministro español, don Manuel Godoy, Napoleón, o, por mejor decir, su «malísimo» ministro de Marina, se mostró demasiado condescendiente con Villeneuve, que debió haber sido reemplazado desde el primer momento, «lo primero por su pereza y su desidia, y lo segundo, que era más, por faltarle ya la confianza y el aprecio de todos los marinos franceses y españoles». Pero el ministro le mantuvo contra viento y marea. Y cuando al final supo que se había nombrado al almirante Rosily para reemplazarle, cometió la imprudencia de



Cuadro de honor con el nombre de los marinos españoles muertos en Trafalgar.

enfrentarse a Nelson en contra del consejo de los demás marinos.

Prisionero de los ingleses tras la batalla, Villeneuve fue puesto en libertad cinco meses más tarde. Y temeroso de la reacción del Emperador, después de poner en conocimiento del ministro de Marina que acababa de llegar a Francia, se suicidó en la habitación de un modesto hotel de Rennes, donde se alojó (22 abril 1806). El suicidio del almirante fue el desgraciado epílogo del principal protagonista de la derrota hispanofrancesa de Trafalgar. Pero, por si fuera poco, la forma de la muerte del almirante francés dio lugar a todo tipo de interpretaciones, que no dejaron de poner en tela de juicio a la propia Marina.

después de haberse entrenado previamente, clavó el alfiler que acabó con él. Otra versión de su muerte, fundada en el testimonio del sargento Guillemard, y difundida en su tiempo por varios periódicos después de la muerte del Emperador, daba la noticia de que el almirante fue asesinado de varias puñaladas en el pecho. Crimen que fue achacado por algunos a iniciativa inglesa, con tal de desacreditar ante sus enemigos al propio Napoleón; y por otros, directamente, a éste, que, de esta forma, evitaba enjuiciar a la propia Marina francesa, que fue en verdad la gran derrotada en Trafalgar. En los mares, realmente, la suerte había dejado de estar del lado del «Diablo». ■

El «toque» especial de un héroe inglés

EL ALMIRANTE NELSON

En pleno centro de Londres, en Trafalgar Square, se alza una inmensa columna, erigida en 1849, en lo alto de la cual se halla emplazada la estatua del almirante Horacio Nelson. Nelson es sin duda el personaje más relevante y popular de toda la historia de Inglaterra.

En efecto, ha habido personalidades destacadas en el pasado de ese país, como el duque de Wellington o Sir Winston Churchill, pero ninguna de ellas alcanzó la popularidad que ha conseguido Nelson

RAFAEL SÁNCHEZ MANTERO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA



Nelson representado en un grabado inglés del siglo XIX.

A PESAR de su escasa presencia física —tenía una altura de sólo 1,65 metros— Nelson era un hombre dotado de un gran carisma. Y sin embargo, no gozaba de una personalidad arrolladora. Por el contrario, hacía gala de una cierta ternura y parecía necesitado de cariño. Quizás —como afirma uno de sus últimos biógrafos, Edgar Vincent— en eso influyera el hecho de que era hijo intermedio en una familia numerosa y que fue separado de su hogar cuando sólo tenía doce años y medio. Su carácter era algo contradictorio. Junto a su amabilidad, encanto personal y capacidad de comunicación con la gente que le rodeaba, mostraba signos de una gran agresividad y violencia frente al enemigo. Disfrutaba de una gran autoestima y tenía mucha confianza en sí mismo. Le gustaba pronunciar frases lapi-

darias, como aquella que espetó a sus hombres antes de entrar en combate en Trafalgar: “¡Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber!”. Sin embargo, uno de sus amigos más íntimos, el diplomático Lord Minto, decía de él que “en muchos aspectos era realmente un gran hombre, pero en otros era como un bebé”.

La obsesión de toda su vida fue la de llegar a alcanzar la categoría de héroe. Buscaba el reconocimiento de los demás y se granjeó el afecto y la admiración de sus subordinados y de sus compañeros. Con las mujeres, su relación fue diferente. No lo encontraban muy atractivo. Su matrimonio con Frances Nisbet fue un fracaso. Sus respectivas personalidades eran muy opuestas. Por el contrario, su relación amorosa con Emma Hamilton le proporcionó una gran

felicidad hasta el punto de convertirse en algo vital para su existencia. De todas formas, hay que tener en cuenta que Nelson disfrutó poco tiempo al lado de una o de otra, ya que la mayor parte de su vida la pasó en el mar. De los treinta y cinco años que transcurren desde que cumplió los doce hasta su muerte en 1805, 25 años los vivió a bordo de un navío.

Nelson no tenía aspiraciones políticas, ni siquiera cuando alcanzó los primeros triunfos y fue reconocido por las más altas instancias de su país. Su talante era conservador, y se mostraba firme defensor del rey y de la Iglesia de Inglaterra, del orden y de la jerarquía. En su juventud entabló una



El navío *Victory* es conducido a Gibraltar. Escena de uno de los numerosas cuadros pintados con motivos que aluden a la batalla de Trafalgar.

gran amistad personal con el duque de Clarence, que posteriormente llegaría a ser rey con el nombre de Guillermo IV.

¿Cuál era el secreto del éxito de Nelson? ¿En qué consistía el “toque” Nelson, que tanto contribuyó a sus victorias? Era un experto en logística y, sobre todo, extraordinariamente cuidadoso a la hora de pertrechar y de abastecer a sus navíos, tareas que supervisaba personalmente. Pero también cuidaba de que los hombres que estaban bajo sus órdenes se encontrasen a gusto, tanto física como mentalmente. Además, se preocupaba de promocionar a sus oficiales cuando realmente lo merecían. El *Nelson touch* era el toque especial que le daba a su interpretación de los combates navales en los que participó. Su táctica consistía en romper la línea del enemigo para concentrar toda su fuerza contra sólo una parte de éste. Recientemente se ha quitado importancia al carácter innovador de esta táctica y la explicación de sus triunfos se ha basado

más en la superioridad de la armada británica, en la mayor profesionalidad de su marinería, en su disciplina y en su mayor arrojo ante el fuego enemigo.



El *Victory* en la actualidad.

RECUERDOS DE UN COMBATE

Entre los muchos recuerdos que los británicos conservan de la batalla de Trafalgar se encuentra el navío *Victory*, en el que murieron 57 tripulantes y 103 resultaron heridos en el combate. Tras ser reparado y permanecer activo hasta 1812, pasó a convertirse en 1824 en buque insignia del puerto de Portsmouth.

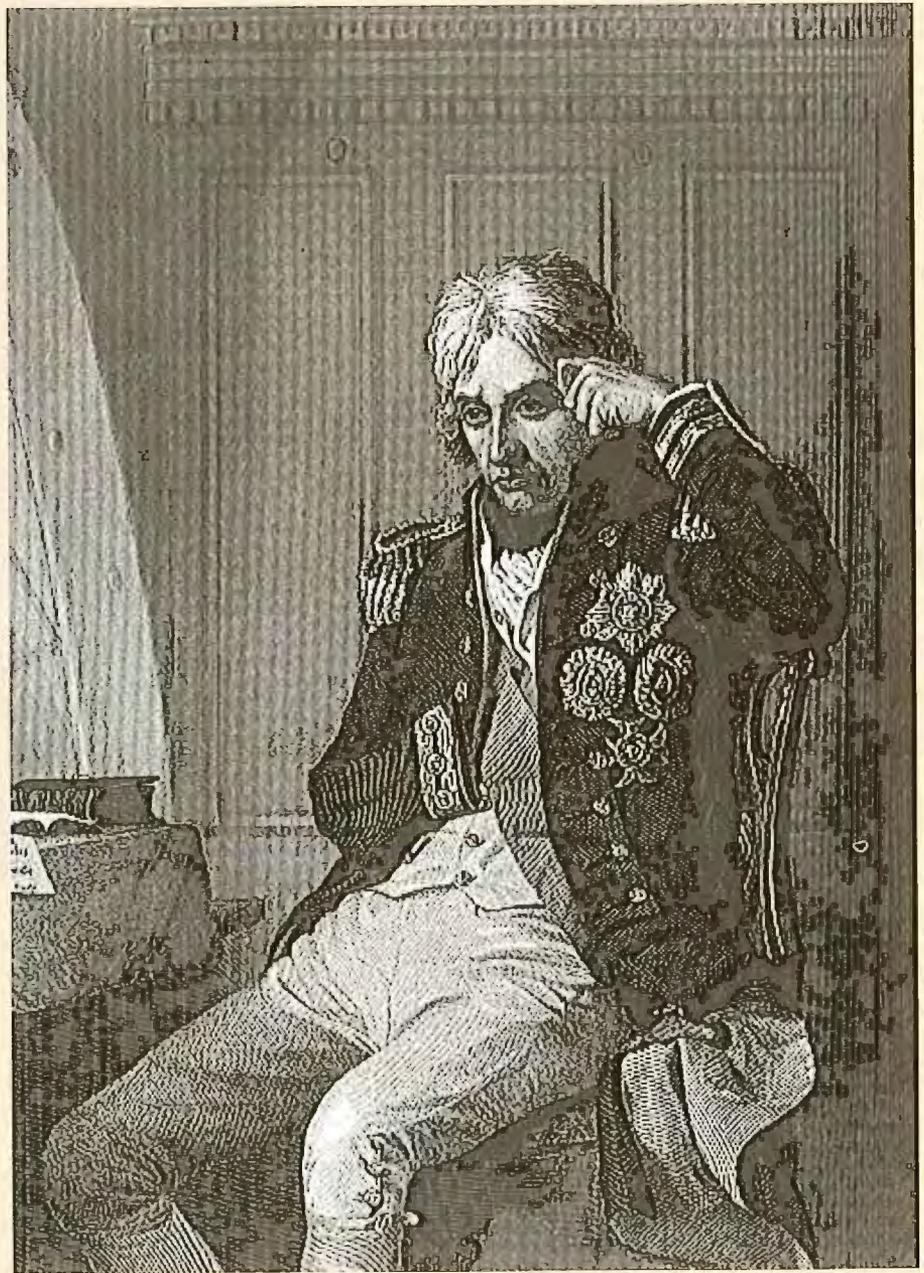
Los años de juventud

Nelson nació el 29 de septiembre de 1758 en Burnham Thorpe, en el condado de Norwich. Su padre, el reverendo Edmund Nelson, era pastor protestante, y su madre, Catherine Suckling, murió cuando Horacio tenía solamente nueve años. Era el sexto de los once hijos del matrimonio y su padre lo envió a estudiar a la *Royal Grammar School* de Norwich y más tarde a la *Paston School* en North Walsam, con su hermano mayor William. A través del hermano de su madre, Maurice Suckling, que era marino de guerra, pudo ingresar en la Marina Real a los doce años. Pronto empezó a conocer mares muy diversos y a adquirir una considerable experiencia en las artes de la navegación. A lo largo de cinco años, Nelson extendió sus horizontes desde su Norwich natal hasta el Ártico, el Atlántico Norte, el Caribe, el Océano Índico, el Mar de Arabia y el Golfo Pérsico. Recorrió miles de millas que le sir-

vieron para conocer todos los secretos de la navegación, para tomar contacto con todas las aguas y para afrontar todas las condiciones de todos los mares del globo. En 1779, pocos meses antes de cumplir 25 años, recibió el primer nombramiento como capitán de un navío, la fragata *Hinchinbrook*, el buque más pequeño de la flota inglesa, armado con 28 cañones y con una tripulación de 195 hombres. Participó en una operación para la toma de San Juan de Nicaragua, en el curso de la cual cayó enfermo y tuvo que ser trasladado a Inglaterra, donde tardó un año en restablecerse. En marzo de 1784 fue nombrado comandante de la fragata *Boreas* y enviado a las Indias Occidentales con la misión de evitar que las colonias inglesas de Norteamérica que habían conseguido ya su independencia, comerciasen con los otros territorios que Inglaterra seguía conservando en el Caribe.

Las mujeres de Nelson

En el curso de su misión en el Caribe, en mayo de 1785, Nelson conoció a Frances Nisbet. Era viuda desde hacía cuatro años y había vivido la mayor parte de su existencia en la isla de Nevis, donde su tío John R. Herbert era presidente. Era una mujer marcada por la desgracia y la falta de seguridad en sí misma. Su madre había muerto cuando ella era todavía una niña y su padre, magistrado en la isla, murió pocos meses antes de su boda, en junio de 1779, con el Dr. Josiah Nisbet, rico propietario de la isla. Al año siguiente, el Dr. Nisbet murió en Inglaterra, adonde la pareja había viajado para tratar de restablecer su delicada salud y donde nació el hijo de ambos, Josiah. Frances volvió inmediatamente a Nevis, en la que poco después entablaría relaciones con Nelson. El 11 de marzo de 1787 contrajeron matrimonio. Nelson siempre negó que la fortuna de



Grabado decimonónico del almirante Nelson difundido en publicaciones de la época.

Fanny, como la llamaba, fuera la razón de su matrimonio, pero era evidente que el carácter de ambos era muy dispar y que nunca llegarían a congeniar del todo.

Después del estallido de la Revolución francesa, Inglaterra entró en guerra con Francia en 1793 y se le encomendó a Nelson el mando de la nave *Agamemnon*. A bordo de este navío navegó por el Medite-

rráneo occidental y tuvo oportunidad de desembarcar en Cádiz y de presenciar con otros oficiales una corrida de toros, espectáculo que no debió de complacerle mucho, pues según sus propias palabras "Lo sentimos por los toros y por los caballos, y no me hubiera disgustado que el enrabietado animal hubiese embestido a alguno de los caballeros. Resulta verdaderamente sorprendente cómo las mujeres pueden contemplarlo y, mucho más, cómo pueden aplaudirlo. A nosotros nos puso enfermos y ape-

EN 1793 INGLATERRA ENTRÓ EN GUERRA CON FRANCIA ENCOMENDÁNDOSELE A NELSON EL MANDO DEL AGAMEMNON

nas pudimos soportarlo. Los caballos agonizantes, con sus tripas colgando y los toros cubiertos de sangre, era demasiado. Vimos una corrida y prometimos no ver ninguna más”.

También tocó puerto en Nápoles, donde conoció al rey Fernando, en cuya corte servía como embajador inglés Sir William Hamilton. Asimismo conoció a la esposa de éste, Emma, una hermosa mujer de 28 años que le causó una profunda impresión. Pero aquellos eran años de gran tensión internacional y la flota inglesa del Mediterráneo, en la que estaba integrado Nelson, viajaba continuamente de un sitio a otro. Luchó en Tolón y participó en la toma de Córcega. En Calvi perdió la visión en un ojo. Sin embargo, el papel de la flota inglesa había sido hasta entonces en la mayor parte de las ocasiones meramente defensivo, debido a su falta de recursos. Por otra parte, desde un punto de vista político, la Primera Coalición contra la Francia revolucionaria, orquestada y financiada por Inglaterra, era incapaz de mostrarse eficaz a causa de las ambiciones territoriales de sus miembros, especialmente de Austria y Cerdeña.

Nelson frente a Napoleón

En 1796 Prusia y Holanda firmaron la paz con Francia, y España se alió con ella mediante el Tratado de San Ildefonso para declarar la guerra a Inglaterra. En febrero de 1797 y bajo las órdenes del almirante John Jervis (posteriormente conde de San Vicente) participó en la batalla del cabo de San Vicente, en la que la flota inglesa obtuvo una resonante victoria sobre la flota española, que estaba bajo el mando del teniente general José de Córdoba y Ramos. El comportamiento de Nelson en esta batalla al mando de su navío *Captain*, y el eco que él mismo se encargó de darle, comenzaron a convertirlo en el héroe que había soñado y a elevarlo a la categoría de mito

dos panorámicas de Trafalgar Square, en pleno corazón de Londres. Sobre una elevada columna en el centro de la plaza se encuentra la escultura representando al almirante Nelson.



dentro de la marina británica. El capitán Andrew Sutherland, que había sido comisionado naval en Gibraltar, escribió a la es-

posa de Nelson: “He oído decir a los oficiales que (Nelson) mostró más capacidad profesional, más celo y más intrepidi-



dez, que cualquiera de los otros oficiales que participaron en la batalla". Su actuación le valió la concesión del título de Caballero de la Orden de Bath.



Bandera tomada como trofeo del navío *San Ildefonso*. Nationale Maritime Museum Greenwich.

Después de esta batalla, Nelson participó en el intento de asalto a Tenerife con la intención de apoderarse de los tesoros que debían arribar allí procedentes de América. Pero en esta ocasión, el ataque resultó un fracaso. De los 700 hombres que desembarcaron en la isla, más de la tercera parte murieron o fueron heridos. El propio Nelson perdió su brazo derecho y tuvo que volver a Inglaterra. Ya en Londres, fue recibido por el rey, quien exclamó: "¡Has perdido un brazo!". Nelson le contestó con una de sus famosas frases: "Sí, pero mientras siga teniendo pies sobre los que sostenerme seguiré combatiendo por mi rey".

En 1798 el destino le llevó de nuevo al Mediterráneo, esta vez al mando del *Vanguard*. Inglaterra se había quedado sola en 1797 frente a un Napoleón emergente en el Directorio. El corso había alcanzado en Italia las resonantes victorias de Rivoli y Marengo y había obligado a Austria a firmar la paz de Campo Formio en octubre de ese año. El único instrumento que Inglaterra podía utilizar para frenar las ansias expansionistas de Napoleón era su flo-

ta, de forma que ésta recibió la misión de perseguir, hundir o destruir la flota francesa de Tolón. Los franceses pudieron eludir a la flota británica, pero Nelson los persiguió has-

ta Egipto, donde se libró la batalla del Nilo el 4 de agosto de 1798. La acción duró exactamente 19 horas y el resultado fue la práctica eliminación de la flota francesa sin que los ingleses perdiesen un solo navío. Nelson volvió a mostrarse en el combate como un auténtico héroe. Francia dejaba de constituir un peligro para Inglaterra en Oriente y en la India.

A su regreso a Nápoles, Nelson fue recibido con entusiasmo. El rey de Nápoles le esperaba en una barcaza, mientras que en otra le daban la bienvenida Sir William Hamilton y su esposa. Cuentan los testigos que Emma aparecía como una diosa, plena de belleza y ávida por conquistar al hombre cuya fama había alcanzado a toda Europa. Emma Hamilton era una mujer que a pesar de su juventud había vivido una vida muy intensa. Había tenido varias aventuras amorosas y había sido amante de William Hamilton antes de convertirse en su esposa en 1791. Nelson no pudo resistirse a sus en-

cantos y cayó en sus brazos. La ceguera de su pasión por esta mujer le llevó a implicarse en la política napolitana al lado de los Borbones, cosa que le valió la recriminación del almirantazgo inglés. En 1800 regresó a Inglaterra con los Hamilton.

La alianza de las potencias del Norte, inspirada por el zar, llevó a Inglaterra a organizar su defensa en el Báltico. Nelson fue enviado allí bajo el mando del almirante Sir Hyde Parker, un marino de menos experiencia que él, pero al que aceptó con resignación y paciencia. Consiguió vencer a la flota danesa en la batalla de Copenhague el 2 de abril de 1801, a pesar de que recibió órdenes de Parker de retirarse. Nelson se negó e hizo como que no vio la correspondiente señal, colocándose el catalejo en el ojo en el que no tenía visión. No obstante, aquella campaña resultó difícil para Nelson por la intranquilidad que le causaba el alejamiento de Emma, que le había dado una hija, Horacia, y por el temor de que su amante pudiera ser objeto de atención del príncipe de Gales, el futuro Jorge IV. Su salud se resintió a causa del desasosiego anímico y continuo por las bajas

Una escultura en bronce del almirante Nelson que corona el monumento conmemorativo de la batalla en Trafalgar Square (Londres).



LA MUERTE DE NELSON EN TRAFALGAR

LOS AÑOS siguientes los pasó en Inglaterra, donde compartió casa con los Hamilton en una extraña convivencia con su amante y el marido de ésta, hasta que se produjo la muerte de Sir William el 6 de abril de 1803. La paz no duró mucho tiempo, y cuando Napoleón dio de nuevo muestras de su incontenible ambición y fraguó un plan para invadir Inglaterra, trató de distraer a la Royal Navy mandando a su flota al mando del almirante Villeneuve a las Indias Occidentales. Los ingleses salieron en su persecución y después de realizar esta maniobra de distracción y volver a aguas europeas, ambas flotas se encontraron en la bahía de Cádiz. Refugiado en el puerto de esta ciudad, Villeneuve con sus aliados españoles, se vio bloqueado por los ingleses. En contra de la opinión de los oficiales españoles, el almirante francés decidió salir del puerto y se produjo el choque inevitable. La batalla de Trafalgar, librada en el curso de esta campaña el 21 de octubre de 1805, serviría para encumbrar definitivamente a Nelson en la galería de héroes

británicos, pero también para dar fin a tan brillante trayectoria naval. En el fragor de la batalla, un mosquetero francés apostado en lo alto de la cubierta del buque *Redoubtable* le disparó en la parte superior del hombro izquierdo al almirante Nelson y el proyectil le llegó a la espina dorsal. Aunque fue llevado rápidamente bajo cubierta, el cirujano que lo atendió determinó que no podía hacerse nada por su vida. Al poco tiempo expiró rodeado de sus oficiales. Su cuerpo fue sumergido en un barril de coñac para que no se descompusiese y fue trasladado en el *Victory* hasta Inglaterra, donde fue objeto de las exequias más fastuosas que nadie había recibido hasta entonces en la capital británica. Su cadáver fue enterrado en la catedral de San Pablo, donde puede contemplarse hoy día su tumba.



La muerte de Nelson. El almirante aparece en la cubierta rodeado de varios oficiales mientras la tripulación continúa inmersa en la batalla. Grabado inspirado en el cuadro del mismo título pintado por D. Dighton.

temperaturas que tuvo que soportar en las aguas de aquellas latitudes. Aunque llegó a asumir el mando en la flota, después de que Parker fuese llamado a Londres, poco pudo hacer después de la disolución de la Confederación del Norte y la firma de la paz de Amiens. Sus servicios fueron recompensados con la concesión del título de vizconde. ■

MÁS INFORMACIÓN

- *Trafalgar. Hombres y naves entre dos épocas.* CAYUELA, J. y POZUELO, A. - Barcelona, 2004.
- *El almirante Nelson*
CAPES, R. - Tercera edición - Editorial Grijalbo. Barcelona, 1974.
- *Trafalgar y el mundo atlántico*
GUIMERA, A.; RAMOS, A. y BUTRÓN, G. (coordinadores) - Editorial Pons. Madrid, 2004
- *Nelson. Love & Fame*
VINCENT, E. - New Haven & London. Yale University Press, 2003.

La Llegada de los Omeyyas a al-Andalus

ABD AL-RAHMAN I AD-DÂJIL

emir de Córdoba

La entrada de Abd al-Rahman en la península Ibérica se produjo como consecuencia de la derrota sufrida por su familia, los Omeyyas de Damasco. El esplendoroso futuro que aquí le aguardaba se explica por dos elementos sociales típicamente árabes: la relación de clientelismo establecida entre la tribu más poderosa y sus protegidos —tanto árabes como poblaciones conquistadas manumitidas—, y el traslado a las tierras conquistadas de las estructuras tribales existentes en la península Arábiga desde antes de la aparición del Islam y que significaban un fuerte sentimiento de pertenencia a esta tribu

SOHA ABBOUD-HAGGAR

HISTORIADORA

El 25 de enero del año 750, las fuerzas omeyyas se dirigieron hacia el río Tigris para hacer frente a la rebelión chif que esta vez parecía disponer de muchos argumentos para la victoria: una aceptable preparación bélica, empuje y hambre de victoria, el apoyo de un

gran número de musulmanes y, sobre todo, el de la familia abbasí —originaria de la Meca, aunque establecida en Kúfa, actual Iraq— emparentada en primer grado con Mahoma, pues su fundador, al-Abbas, era primo hermano del profeta.

Las cosas se torcieron para los omeyyas cuando una parte de sus fuerzas se ahogó



LOS OMEYAS EN ORIENTE

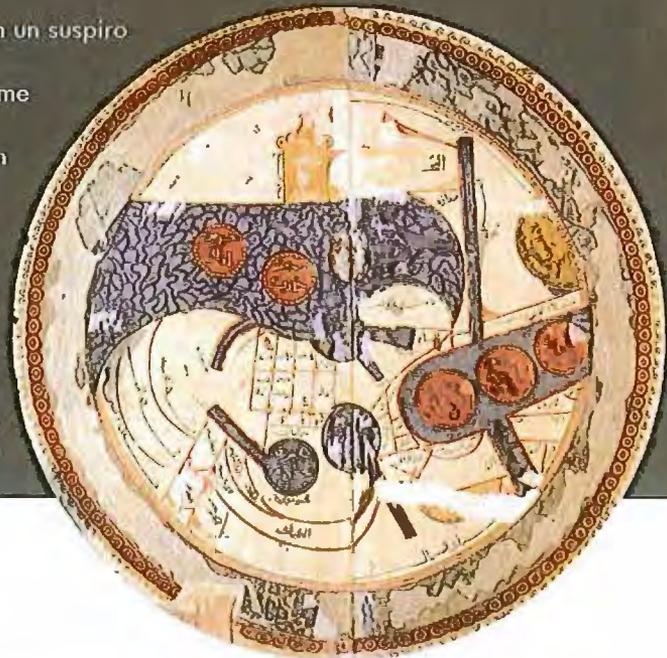
Muerto el Profeta en Medina en el año 632, se abrió una gran interrogante ante la comunidad recién formada: ¿quién tenía derecho a gobernar? Acordaron que tenía que ser un miembro de la tribu de Quraysh, la del Profeta y la más poderosa de la zona. Aunque no sin problemas, entre el año 632 y el 656 fueron elegidos consecutivamente los tres primeros califas musulmanes. El asesinato del tercero, Uthman, desató las rencillas contra el cuarto califa, Alí, acusado de manejar muy mal la situación, por lo cual, y con el afán de vengar la muerte de Uthman, se le opuso Muawiya, primo del muerto, de la familia omeya y de la misma tribu. En el enfrentamiento fue desbancado Alí y Muawiya, nuevo califa, abandonó Medina y se estableció en Damasco en el año 660. Así se produjo la primera escisión entre los musulmanes en dos corrientes: la sunní y la chíf.

Desde Damasco, la capital de su califato, los omeyas organizaron nuevas conquistas para los árabes, al frente de las cuales pusieron a familiares o clientes árabes, mientras que el grueso de las tropas estaba compuesto por clientes reclutados en las zonas previamente conquistadas. Establecidos en una corte digna de los emperadores bizantinos y rodeados de poetas y rapsodas árabes llegados de todas partes, se vieron obligados a formar fuerzas especiales para contrarrestar los distintos intentos de revolución que, desde comienzos del siglo VIII, surgían en Mesopotamia (la actual Iraq) y Jurasán (al norte de la actual Irán). Pero sus medidas no debieron de ser suficientes, ya que cortesanos y poetas no podían ocultar su alarma ante el peligro que la situación entrañaba:

«...Veo bajo las cenizas los rescoldos,
que a punto están de originar una nueva hoguera.
Como el fuego que sólo necesita dos palos para
brotar,
también la guerra con un suspiro
estalla...;
Me atemoriza todo y me
asalta la duda:
los Banu Omeya están
despiertos o
dormidos?...”

(Traducción propia)

Mapamundi de al-Istajri,
datado en el siglo X.



en un afluente del Tigris; la ruta hacia Damasco quedaba expedita ante el enemigo, que no desperdició la oportunidad. Los rebeldes, mayoritariamente chies, y los jefes militares abbasíes entraron a saco en Damasco y pasaron a cuchillo a quien tuviera alguna relación con los omeyas. El califa Marwan b. Muhammad —Ma-

rwân II en la historiografía europea— intentó salvar su vida y su califato: se ocultó primero en los barrios de Damasco, pero ante la evidente victoria militar del enemigo huyó a Palestina primero, luego a Egipto, donde buscó refugio en la localidad de Abû Sîr (actualmente al sur de El Cairo). Allí, a la

sombra de una de las pirámides, fue degollado por un sicario pagado por los abasíes el 6 de agosto del año 750.

Tras el asesinato del último califa omeya en Oriente, los abasíes gobernaron, con altibajos, durante cinco siglos, los destinos del mundo musulmán desde la nueva capital del imperio islámico, Bagdad, y ninguna familia árabe más les iba a hacer sombra.

Los árabes en al-Andalus

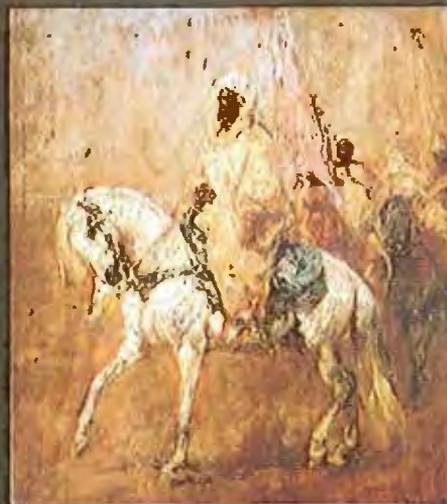
La caótica situación interna en al-Andalus, que se había agravado entre los años 741 y 746, era favorable para los planes del omeya. La anexión de la península Ibérica al imperio árabo-musulmán se había producido entre los años 711 y 712, en dos oleadas, ambas bajo tutela de los omeyas de Damasco; la primera encabezada por un cliente bereber, Tariq, y la segunda, dirigida por un árabe sirio, Músa b. Nusayr. La mayor parte de las fuerzas que entraron en la Península en ambas ocasiones eran bereberes recién islamizados y les acompañaban algunas fuerzas árabes reclutadas en Siria o Egipto. La situación ini-

cial no fue sencilla: los recién llegados hubieron de vencer cierta resistencia visigoda y superar las disputas levantadas por el reparto de un botín inesperadamente sustancioso. Los bereberes parece que fueron agraviados en el reparto del botín por parte de los jefes árabes, lo que des-

LA FORTUNA SALVA A LOS OMEYAS

Los abasíes no pudieron evitar que del aniquilamiento se escapara un omeya, Abd al-Rahmân b. Muâwiya b. Hishâm, un varón de veinte años que vivía en Qinnasrîn, un pueblo de Siria. Era nieto del califa Hishâm b. Abd al-Malik (m. 705) y, por tanto, tenía derecho a reivindicar su ascendencia califal. Cuando los abasíes peinaron la zona buscando a su familia, Abd al-Rahmân se dirigió, primero, hacia el Éufrates y luego, rápidamente, hacia el oeste gracias a la ayuda de dos clientes suyos. Su destino le era clarísimo: tenía que alcanzar la parte más occidental del califato, en la región de Trípoli (en la actual Libia), donde era mayoría la tribu bereber de los Nafza, a la que pertenecía su madre; así, según las tradiciones ancestrales árabes, Abd al-Rahman recibiría de su familia materna refugio, apoyo moral y financiero. Según las crónicas, parece que el joven omeya ya planeaba hacerse con el control de la región de Ifriqiya (la actual Túnez), valiéndose de estos apoyos familiares.

Pero las cosas no le fueron propicias. Ostentaba el poder en Ifriqiya Ibn Habîb al-Fihrî, un árabe descendiente de la tribu del Profeta, Quraysh, por lo cual gozaba de un estatus especial en el entramado social islámico. Éste, receloso de que el omeya le disputara el poder, le hizo la vida imposible de tal forma que Abd al-Rahman hubo de dirigirse al extremo occidental del norte de África, donde obtuvo el apoyo de otra tribu bereber, los Zanata, que poblaban las zonas costeras del actual Marruecos. Según las numerosas crónicas que hablan del joven omeya, en esta época Abd al-Rahman empezó a madurar los planes para entrar en al-Andalus y hacerse con el gobierno de esas tierras, conquistadas por los árabes hacía escasamente 45 años.



encadenó su levantamiento en el año 741 en sus tierras del norte de África, lo que obligó al califato al envío de tropas desde Siria, los *yund*, para controlarlo.

No fue menos dificultoso el complejo proceso de instalación en las tierras ibéricas relativamente poco pobladas. Las fuerzas árabes que se fueron estableciendo como vencedoras cerca de los núcleos poblados se apoderaron de las mejores tierras, multiplicaron su número por medio del concubinaje con las mujeres nativas, impusieron su influencia e iniciaron el proceso de aculturación de

las poblaciones autóctonas, conservando siempre su propia división tribal.

Cuando, en el año 741, estos establecidos árabes — conocidos como «baladíes» — que llevaban ya unos treinta años en la península Ibérica y que tuvieron que enfrentarse con godos y francos para mantener la supremacía en las tierras recién conquistadas, vieron su estatus aristocrático amenazado por la llegada de los *yund*, que, tras haber sofocado las sublevaciones bereberes también buscaban un lugar bajo el sol ibérico, se rebelaron. Ese conflicto dividió a los musulmanes en dos bandos, descritos —según las fuentes—



Jarrón sirio de la época de los omeyas, datado entre los siglos IX y X d. C. Museo Nacional de Damasco.

en árabes del norte o *qaysíes*, y árabes del sur o *yemeníes*. Estos enfrentamientos intertribales, caracterizados por diferencias ideológicas y materiales, desembocaron en una especie de guerra civil que se prolongó durante una década entre los años 746 y 756. El enfrentamiento se zanjó con la subida al poder en al-Andalus de Yûsuf al-Fihrí, de la misma familia *qurayshí* privilegiada que el mandatario de Ifríqiya, que fue proclamado, gracias a la ayuda del también árabe al-Sumayl, «emir» de Córdoba. Este «autogobierno andalusí», formado gracias al caos que se estaba produciendo en Damasco, recelaba de todo lo relacionado con los omeyas — rivales desde siempre de la familia al-Fihrí — y, sobre todo, de sus privilegiados vínculos con los *yund* sirios.

Abd al-Rahman cruza el Mediterráneo

Lo cierto es que sus recelos eran fundados. El joven Abd al-Rahman, justificado en sus aspiraciones por su ascendencia familiar, se hallaba bien informado de la situación en al-Andalus. Así que, entre 752 y 755, preparó hábilmente el terreno desde el norte de África. Envió a su



Paisaje montañoso de Torrox.

LA LLEGADA DEL PRIMER OMEYA

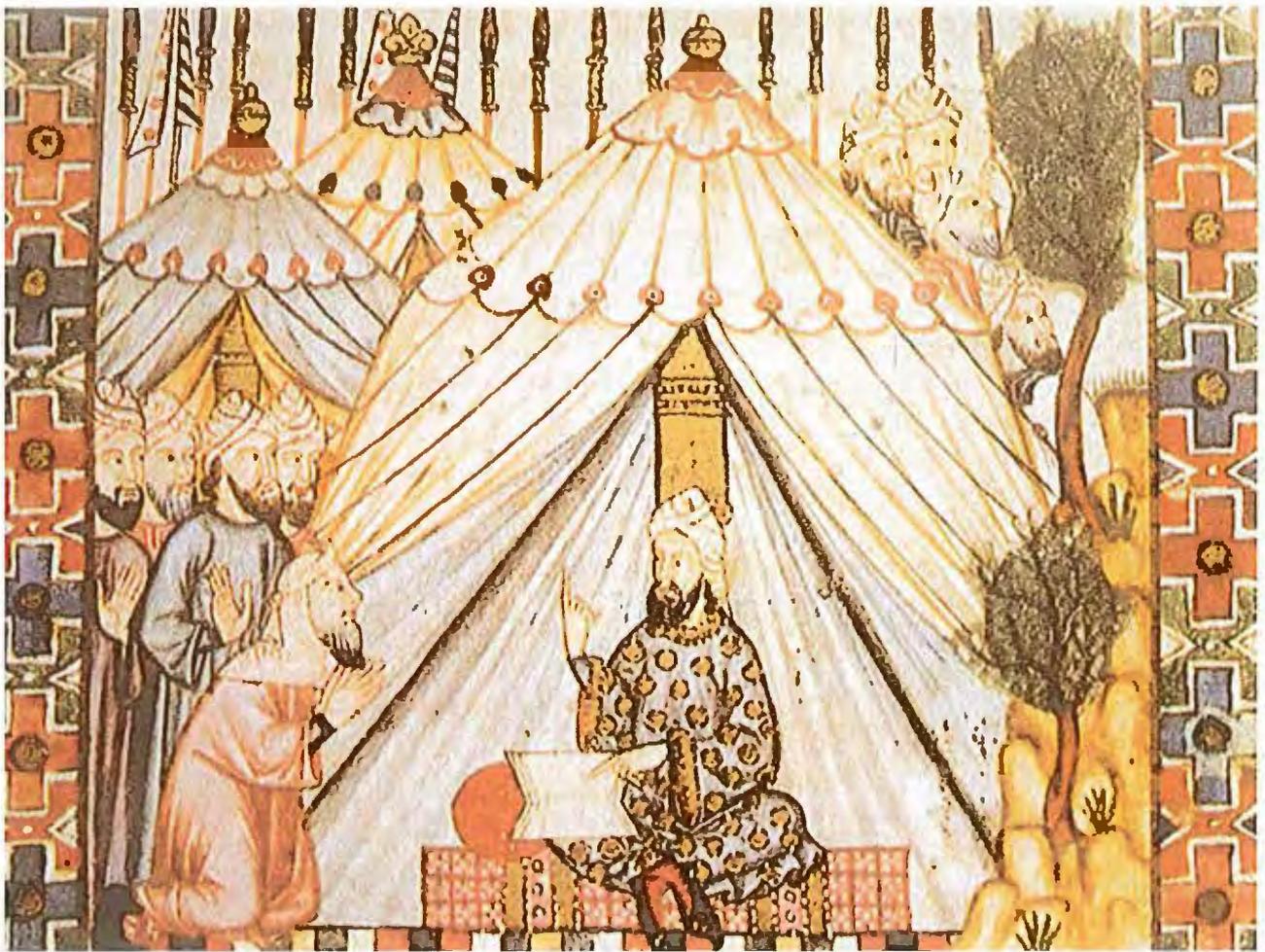
La llegada del que habría de ser primer emir de Córdoba a la Península fue en todo adecuada, y además tuvo la suerte de su lado. Con toda probabilidad, en septiembre del año 755, Abd al-Rahman, apodado desde entonces «ad-Däjil» (El emigrado), desembarcó en Almuñécar, en la costa granadina. Se alojó en Alfontín, luego en Torrox y se escondió por algún tiempo en las montañas hasta asegurarse el éxito. A pesar de que el gobierno de al-Fihrí y al-Sumayl contaba con el apoyo de gran parte de la población, algún tiempo después de su llegada, Abd al-Rahman lograría hacerse con el poder en el territorio de al-Andalus.

liberto, Badr, para que entrase en contacto con grupos opositores al gobierno de al-Fihrí —clientes omeyas que eran *qaysíes* como el gobernador, pero leales a los omeyas— y, sobre todo, con las tropas organizadas de los *yund* que habían logrado establecerse definitivamente en al-Andalus. Éstas, hacía tiempo, habían sido repartidas en cinco regiones militarizadas según su procedencia de origen y siguiendo los mismos repartos y nomenclatura del Oriente omeya; así, por ejemplo, estaban los *yund* de Damasco, que se habían instalado en al-Andalus en la provincia de Ilbîra; los de Jordania, instalados en Málaga y Rayyo (Murcia) y los de Palestina, afincados en Sidonia, Jerez y Algeciras. Como en Oriente, los *yund* tenían un estatus especial y una dedicación exclusivamente militar.

La victoria de Abd al-Rahman se produjo gracias a la decidida intervención de estos últimos, que impusieron sus armas. Luego, la aristocracia andalusí le reconoció y al-Fihrí y sus ayudantes fueron derrotados y huyeron, unos hacia Toledo y otros hacia Jaén.



Mapa de la expansión del Islam en el Mediterráneo y Occidente. Fundación «El Legado Andalusi».



Miniatura de las *Cantigas* en la que aparece el emir musulmán atendiendo a su corte de secretarios.

El 14 de mayo de 756, ad-Dâjil entró triunfante en Córdoba, donde presidió la oración y pronunció en la mezquita su discurso — de gran significación política en la cultura islámica — y le rindieron pleitesía las altas personalidades y representantes de la sociedad andalusí.

Abd al-Rahman, emir de la Córdoba neo-omeya

Rápidamente, Abd al-Rahman I, con el título de «emir» puso manos a la obra para empezar a construir el

estado, aceptando implícitamente la autoridad de los abbasfes como califas de los musulmanes desde su nueva capital, Bagdad, aunque ordenara suprimir su nombre en las advocaciones en las mezquitas; así se mantuvo la situación en el territorio de al-Andalus hasta que su descendiente, Abd al-Rahman III an-Nâsir, proclamara el califato en Córdoba en el año 929.

La actuación del emir omeya se centró mayoritariamente en el frente interno, ya que por entonces los cristianos no planteaban problemas de en-

vergadura. Por medio de pactos con las diferentes poblaciones cristianas en los que se les ofrecía paz y no injerencia a cambio del pago de tributos no muy onerosos, logró tener este flanco tranquilo. Tuvo problemas, sin embargo, en los territorios poblados por árabes y bereberes, entre los cuales se alzaban con mucha frecuencia sublevados que buscaban minar la nueva autoridad omeya. De hecho, estos disturbios mantuvieron ocupado al nuevo emir hasta el

final de sus días.

LA CECA de Córdoba seguiría los modelos omeyas en las monedas de plata llamadas «dirhemes»

Dirham *al-Andalus*, siglo IX. Museo Casa de la Moneda, Madrid.



ABD AL-RAHMAN I Y LA CÓRDOBA DAMASCENA

PERO no sólo por estas medidas de carácter institucional le recuerda la historiografía, sino también como salvador de las estructuras árabes en el Occidente musulmán—los abbasíes en Bagdad se alejaron de lo árabe y tendieron más hacia lo persa— y porque quiso hacer de Córdoba una ciudad que recordara a Damasco, como si de un emigrante torturado por el anhelo de su tierra se tratara. Abandonó el antiguo palacio de gobierno y mandó construir una ciudad palatina de estilo oriental al noroeste de Córdoba, a la que llamó «al-Rusáfa», a la manera de los palacios de su abuelo. Sus jardines se diseñaron siguiendo pautas orientales y se llenaron de plantas llegadas de Oriente y desconocidas aquí. Mandó construir, también, el primer núcleo de la mezquita aljama de Córdoba—probablemente una planta cuadrada de 70 metros de lado—, sobre una antigua iglesia visigótica, inspirada en la mezquita omeya de al-Aqsà, tanto en su planta como en su decoración. Aparte de esto, Abd al-Rahman acometió la tarea de mejorar las murallas de Córdoba y de llenar de mezquitas su capital y otras poblaciones.

Así, la familia omeya se perpetuó en el Occidente musulmán, en un golpe de azar que se convirtió, gracias a la sagacidad del afortunado «emigrado», en un hito histórico de una trascendencia inigualable en toda la historia de la España musulmana. Abd al-Rahman I, reconocido por su valor hasta por sus adversarios y apodado por ello «El halcón de Quraysh», gobernó al-Andalus durante 33 años y 4 meses. Legó un estado erigido sobre bases firmes llamadas a permanecer hasta las modificaciones introducidas por Al-

manzor a finales del X y comienzos del XI. Dejó también la imagen de un gobernador sabio, equilibrado, ecuánime, diplomático, tolerante y generoso, lo que le mereció ser elogiado comparándolo con un «shaykh» árabe del desierto: bondadoso pero firme y juicioso.



Detalle de la Puerta de San Esteban en la Mezquita de Córdoba.

Ahora bien, a pesar de estos enfrentamientos, Abd al-Rahman I pudo, gracias a su capacidad política y militar, sentar las bases de una estructura estatal duradera organizada a semejanza del desaparecido califato de Damasco. Se rodeó de gente de su confianza, todos árabes de probado linaje, que colocó en los puestos clave—jefe de su guardia personal, su secretario, el cadí o juez de Córdoba, así como los puestos de gobernadores de las provincias más importantes como las de Illbira, Jaén y Sevilla—. En el año 757, sintiéndose ya seguro en el poder, Abd

al-Rahman I hizo llamar a las nuevas tierras a los supervivientes de su familia, a quienes, como dicen las crónicas, el emir «instaló, honró, dio el gobierno de las provincias y concedió grandes mercedes». Con estos omeyas y sus clientes orientales, se instauró en al-Andalus la estructura social árabe, constituyendo el núcleo del entramado social que apoyaría, junto con algunos bereberes, de forma incondicional al emir. En este mismo sentido, reforzó a los *yund*, repartidos por las cinco regiones militarizadas, para que fuesen otra de las bases de su poder,

una especie de «guardia pretoriana» de su total confianza.

A partir del año 763, mandó reanudar la acuñación de monedas, que se había interrumpido a causa de los disturbios en los meses anteriores a su llegada a la península Ibérica; entre los años 763 y 764, la ceca de Córdoba empezó a emitir una moneda de plata «los dirhemes», siguiendo los modelos omeyas. Poco más se sabe sobre su política interior, pero debió de imponer normas fiscales, administrativas y militares sobre las que funcionó Córdoba durante tres siglos. ■

LA PAÑOLETA

18 de julio de 1936

Entre los días 18 y 19 de julio de 1936, ya con la sublevación triunfante en Marruecos desde la noche antes y en diferentes puntos de la Península a lo largo del sábado 18, se sucedieron tres jefes de Gobierno. Cuando el último de ellos decide, ante la gravísima situación existente, entregar armas a los voluntarios civiles — entrega negada en todos sitios por los gobernadores de Izquierda Republicana —, ya es muy tarde para muchas de las provincias españolas

FRANCISCO ESPINOSA MAESTRE

HISTORIADOR



Franco proclama el bando de guerra desde un balcón del ayuntamiento de Ceuta.

ELNUEVO ministro de Gobernación, general de la Guardia Civil Sebastián Pozas Perea, contempla el desastre que se avecina por el sur con las tropas coloniales camino de Cádiz y Algeciras, y los gobiernos civiles de Cádiz, Sevilla y

Córdoba aislados o en poder de los sublevados. Aunque todas las operaciones realizadas en esos momentos tienen su importancia, es innegable la trascendencia de la caída de Sevilla, cabeza de la Segunda División. Ante tal panorama, a últimas horas de la tarde del sábado se



El general Queipo de Llano.

EL «VIRREY» DE ANDALUCÍA

El que durante los años de contienda ejerció una autoridad absoluta sobre el territorio andaluz, había nacido en la localidad vallisoletana de Tordesillas en 1875, en el seno de una familia de gran tradición militar. Escapado del seminario donde lo ingresaron sus padres con la intención de que se dedicase a la Iglesia, se alistó como recluta en las tropas de caballería. A los 21 años, después de su paso por la Academia militar de Valladolid, partiría en un contingente de soldados hacia Cuba. Las hazañas que lo distinguieron en aquella desastrosa guerra fueron el principio de la ascendente carrera del que habría de ser consuegro de Alcalá-Zamora y, pese a su autoproclamado republicanismo, uno de los más enérgicos represores del bando franquista en Andalucía.

recurrió a Huelva, fiel a la República por la firmeza de las autoridades civiles y militares, por la escasez de su guarnición y por la inmediata movilización de la izquierda. De nada sirvió el telegrama enviado por Queipo a las 5 de la madrugada del 19: *Declaren estado de guerra en Huel-*



Detención de campesinos y obreros por un grupo de soldados franquistas en los primeros días de la guerra civil.

va, desarmando a todas las directivas obreras y armando a todos los elementos de derechas, incluso fascistas, se detendrán también al Gobernador Civil y al Alcalde. Encabezando la rápida respuesta de los centros mineros se acordó formar una columna mixta de mineros, carabineros y guardias civiles que habría de dirigirse a Sevilla. Con tal misión salieron de Huelva en dirección a Nerva y Riotinto los diputados Luis Cordero Bel y Juan Gutiérrez Prieto. El grueso de la columna se formó entre las 11 y las 12 de la noche en la plaza de Nerva, partiendo hacia Valverde del Camino unos siete u ocho camiones cargados de hombres, dinamita y unas pocas armas obtenidas en los cuarteles de la Guardia Civil. Al llegar a Valverde se les unieron dos o tres camiones más y otro grupo de voluntarios. La columna se completó con un camión más y un grupo de hombres de San Juan del Puerto. En total se calcula que serían unos 400 o 500 hombres. Aunque la mayoría procedieran de los pueblos indicados, también los había de otros lugares de la provincia.

La parte militar de la columna, más de un centenar de hombres entre carabineros y guardias civiles procedentes de diversos puntos de la provincia, fue enco-



Izada de la bandera monárquica en Ceuta.

LA SIMBOLOGÍA

Sin duda alguna, la simbología jugó un papel importante en ambos bandos de la contienda civil española. De este modo, frente a la enseña tricolor republicana, los sublevados adoptaron la tradicional bandera rojigualda.

mendada al comandante de la Guardia Civil Gregorio Haro Lumbreras. Esta decisión, sin duda alguna, frustró todo el efecto que la operación hubiera podido tener. Haro, un antirrepublicano visceral implicado al máximo nivel en la preparación de la sublevación del 32 en Madrid, estaba en estrecho contacto con Cuesta Monereo, al que tenía al tanto de todos los movimientos que se producían en Huelva. Así, sabiendo lo que tenía entre manos, no quiso mezclarse con los mineros, saliendo con sus fuerzas para Sevilla unas horas antes. Si primero había engañado al general Pozas y al gobernador civil, ahora engañó a los vecinos de Triana, que lo aclamaron como su salvador a su paso para el centro de la ciudad. Después de presentarse a Queipo volvió sobre sus pasos, esta vez sin pasar por Triana, y se apostó con sus fuerzas en el cruce de carreteras conocido por La Pañoleta. Sobre las 11 de la mañana de aquel domingo 19 de julio apareció en lo alto de la Cuesta del Caracol el primer vehículo de la columna.

Poco después los mineros, totalmente desprevenidos, escucharon voces de «¡Alto a la Guardia Civil!». El desconcierto fue total. Los disparos de las fuerzas de Haro dieron en el blanco, explotando parte de la dinamita y saltando por los aires vehículos y personas. Algunos coches y camiones pudieron dar la vuelta aprovechando la confusión y muchos componentes de la columna optaron por salir a pie de aquella encerrona; otros quedaron ocultos en torno a los edificios cercanos y fueron detenidos poco después. Pasado el mediodía, la Guardia Civil—participaron en la operación un número de guardias civiles superior al de mineros—hizo su entrada triunfal en la ciudad con 71 prisioneros. En el lugar de los hechos fueron contabilizados 25 cadáveres. Sobre las dos de la tarde de ese mismo domingo se realizaron dos atestados.

Los prisioneros fueron trasladados al cuartel de infantería y posteriormente a la prisión provincial, pero el día 28 de julio pasaron al barco *Cabo Carboeiro*, buque-prisión anclado en el muelle de Tablada, que representó para muchos la antesala de la muerte. La relación de ingresados consta de 70 personas: 24 de Nerva, 14 de Valverde, 13 de San Juan del Puerto, 10 de Riotinto, 6 de Peña de



Algunos barcos de guerra, como el que aparece en la fotografía, fueron utilizados como prisiones.

Hierro y 1 de Mesa de los Pinos; los dos restantes habían sido detenidos por error. Se trataba de un vendedor de vino, natural de Jerez de la Frontera, que se encontraba casualmente tomando una copa con un amigo en la casa-venta donde se refugiaron algunos mineros. Ambos fueron puestos en libertad a mediados de agosto, pero antes pasaron por la prisión provincial y por el *Cabo Carboeiro*.

Los 68 detenidos fueron mantenidos con vida hasta el 31 de agosto. Se hizo así por tres motivos. Para presionar a los izquierdistas de la zona minera, para mostrar lo que ocurriría a los que osaran emprender aventuras similares y para iniciar

el rodaje del aparato judicial militar por lo que respecta a simples paisanos. Baste decir que fue uno de los escasos consejos de guerra celebrados contra personal civil en 1936. Todas las declaraciones de los detenidos fueron similares. Conocedores ya de la huida de Cordero Bel y del destino de Gutiérrez Prieto, casi todos los reconocieron como los organizadores. Como era de esperar, dijeron que habían ido engañados; hubo incluso quien mantuvo que en realidad había venido a visitar a una hermana... o que nunca había oído hablar de tales diputados.

Del auto, de fecha 9 de agosto, cabe destacar la tipificación del delito, *delito*



Camiones de presos ante la audiencia de Sevilla en un consejo de guerra.

LA SENTENCIA DEL 29 DE AGOSTO

«...los hechos deben considerarse como un alzamiento en armas contra el único poder constituido en España de manera legítima, puesto que frente al estado de anarquía que dominaba en todo el territorio nacional, con manifiesta conculcación de todo régimen legal y de los preceptos incluso de la Constitución del Estado, al asumir el Ejército el poder por medio legítimo y justificado de la declaración del estado de guerra, que anula toda autoridad civil, es indudable que quedó constituido el único gobierno que puede en estos momentos dirigir los destinos de la Patria y defender su propia existencia, contra el cual a todas luces procedían con su conducta los facciosos...»

de rebelión militar previsto y penado en el artículo 237 del Código de Justicia Militar en su párrafo 4º. El informe del fiscal jurídico-militar, sin fecha, profundizó más en este sentido, llegando a decir que la columna fue a Sevilla con el propósito de atacar a las fuerzas del Ejército, que el día 18 citado había promovido un movimiento encaminado a la salvación de España del caos y de la anarquía. El fiscal consideraba que convenía imponer la pena de muerte a todos salvo al menor Antonio Rodríguez Méndez, para el que aconsejaba la reclusión militar temporal. El defensor, como sería práctica habitual, se limitó a solicitar la pena inferior, en este caso reclusión perpetua, invocando «a nuestra cultura para responder a la barbarie marxista con nuestra piedad, que se hará extensiva a tantas madres, esposas, novias y hermanos, y en nombre de esa piedad e invocando la restauración del sentimiento religioso en nuestra Patria, solicita para sus defendidos un fallo en que se aúne con la Justicia la misericordia».

La sentencia, de 29 de agosto, demuestra en estado puro el armazón ideológico tramado por los sublevados para efectuar su implantación. Fallaba en un punto básico: la declaración de estado de guerra debía contar con la aprobación del Gobierno. Esta cuestión fundamental, clave de la ansiada legitimación histórica, fue soslayada de dos formas: en un primer momento no reconociendo como Gobierno al salido de las urnas en febrero del 36 y posteriormente, dado lo absurdo del empeño, negando el triunfo electoral al Frente Popular, insidia que se mantuvo circulante hasta que a comienzos de los años setenta el historiador Javier Tusell demostró lo que ya se sabía, que aquellas últimas elecciones democráticas las había ganado el Frente Popular.

En su exposición final el presidente del consejo, el coronel José María Solís Ibáñez, alabó a la Misericordia Divina, por no permitir la destrucción de la ciu-



La propaganda anarquista acusaba a los militares de sanguinarios y matones. Cartel de la guerra civil. Archivo Histórico Nacional, Salamanca.

dad, e hizo además una dantesca descripción de lo que hubiera ocurrido si se hubieran llevado a cabo las órdenes del general Pozas.

Queipo, y no digamos Haro, supieron sacar un enorme partido a estos hechos. Durante mucho tiempo fue tema del día lo que hubiera ocurrido si hubieran entrado los mineros... Llegó a ser casi un tema morboso. La clave estaba en el comandante Haro, quien bautizado ya como «El Héroe de La Pañoleta» pese a que la acción recayó realmente en el te-

niente Antonio Morillo Rodríguez, contó desde el principio su supuesta charla con Madrid. Disponemos del testimonio escrito por haberlo prestado el 4 de agosto durante su declaración en el consejo de guerra contra la autoridad civil y militar de Huelva:

(...), dicho testigo manifiesta que formó parte de una columna ordenada por el Inspector General de la Guardia Civil y transmitida por el Jefe de la Comandancia, para que marchara a Sevilla con la

Guardia Civil y Fuerzas de Asalto y Mineros con dinamita para que volase Sevilla y jodiesen a las mujeres de los Fascistas, orden que recibió primero del Jefe, después directamente del Inspector por teléfono y posteriormente del Ayudante de este Inspector» (Huelva, 0.30 horas del 4 de agosto de 1936. Causa 45 / 36).

Aunque pocos pudieron imaginarse al general Pozas diciendo semejantes barbaridades, lo cierto es que su figura quedó marcada para siempre.

Lo que sí sabemos que dijo el general Santiago Pozas, porque así consta en los comunicados telegráficos entre Huelva y Madrid recogidos en ese mismo consejo de guerra, fue esto:

Correspondo a los saludos republicanos de ese buen Gobernador y del primer Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, y les recomiendo movilicen a toda la población minera y empleen explosivos para aniquilar a esas bandas terroristas, confiando en la llegada de la columna militar que avanza sobre Córdoba y Sevilla en carrera triunfal y que en poco tiempo aniquilará a esos restos de facciosos traidores que se entregan al vandalismo más grosero y cruel en sus últimos aletazos de vida.

Se entiende, pues, que circulara más la versión de Haro que la de Pozas.

La cuenca minera se ocupó el 26 de agosto, dando comienzo ese mismo día la gran matanza. Las autoridades onubenses—el gobernador Diego Jiménez Castellano y los tenientes coroneles de la Guardia Civil y Carabineros, Julio Orts Flor y Alfonso López Vicencio—, ha-



Dibujo de Alfonso Rodríguez Castelao, titulado *Así aprenderán a no tener ideas*, publicado en Valencia en 1937.

UN TRÁGICO FINAL

El último acto de la historia de los sucesos de La Pañoleta se celebró el día 31 de agosto. A las 5 de la madrugada seis camiones con cinco guardias civiles cada uno recogieron a los presos, divididos previamente en seis grupos. Mientras tanto otros seis camiones, cada uno con un guardia civil conocedor del destino final, recogieron en la Plaza de España a seis pelotones de Regulares. Sobre las 5.30 unos y otros llegaron a los lugares prefijados: La Macarena, Triana, Amate, Ciudad Jardín y La Pañoleta. Con más de un mes de prácticas todo debió de resultar rutinario:

...después de colocar a aquellos en la forma prevista y de dar las órdenes oportunas procedió a dar la descarga correspondiente de la cual fallecieron los mencionados.

bían desaparecido ya el día 4 de agosto en el primero de los fusilamientos públicos celebrados en El Conquero; y el diputado socialista Juan Gutiérrez Prieto había corrido la misma suerte el día 11. Sólo quedaban, pues, los 68 prisioneros del barco, achicharrados de calor en sus sótanos y rodeados de terror y muerte. Sabíamos

que estas cuatro muertes provocaron en Huelva un fuerte sentimiento de repulsa que concluyó en la masacre iniciada el 12 de agosto en diferentes lugares de la provincia. Desconocíamos que el día 4 el general Queipo recibió desde Huelva diversos telegramas con peticiones de clemencia firmados nada menos que por el alcalde, José Calatrigo, el jefe de Falange, Enrique Díaz, el arcipreste Guzmán, el presidente de Diputación, Pedro Pérez de Guzmán, el presidente de la Asociación Patronal, Jerónimo Pajarón, el capitán defensor Rodríguez Carmona y el propio Diego Jiménez Castellano, quien en patético mensaje imploraba *Indulte de la muerte a un hombre que solo desea el bien y la prosperidad de España*. Estos mensajes, ocultos y nunca mencionados hasta ahora, demuestran que ninguna de esas nuevas autoridades había olvidado todavía que debían su vida y las de muchos familiares y amigos a la firmeza de esas mismas autoridades republicanas a las que ahora iban a eliminar por «rebelión militar». La respuesta inmediata del general golpista debe quedar en los anales de la historia del fascismo español:

Lamento muchísimo no poder acceder a su petición de indulto reos condenados última pena, ya que circunstancias críticas que atraviesa

España obligan no entorpecer justicia para lograr no solamente castigo culpables sino ejemplaridad.

He aquí como representativa de todas ellas—pensemos que las quejas por su muerte acarrearón las de 42 vecinos de Palos, su pueblo natal—, un extrac-

LOS LUGARES ELEGIDOS PARA LLEVAR A CABO LOS FUSILAMIENTOS COINCIDÍAN CON LOS NÚCLEOS QUE OFRECIERON MÁS OPOSICIÓN AL GOLPE FASCISTA

to de la sentencia dictada contra Juan Gutiérrez Prieto:

RESULTANDO: Que dada la anarquía inculcada y favorecida por el mismo Gobierno de la Nación, se ha visto precisado el Ejército Español a imponer su propia

ras y gran cantidad de explosivos, con las finalidades de imponer el terror. (...).

CONSIDERANDO: Que el simple hecho de ir en la columna que marchaba hacia Sevilla constituye el delito de rebelión militar definido en el artículo dos-

Gutiérrez Prieto, como autor de un delito consumado de rebelión militar, a la pena de muerte, (...).

Toda la ciudad escuchó conmovida la serie de descargas. Los lugares de fusilamiento coincidían con los núcleos que ofrecieron más oposición al golpe fascista. Los cadáveres permanecieron en exposición durante varias horas. Luego llegó un vehículo que se encargó de recoger los cuerpos y trasladarlos a la fosa común del cementerio de San Fernando. Con ellos serían ya 774 los inhumados en fosa común desde el 21 de julio.

Aquí, ya con más de cien muertos, podrían haber acabado los sucesos de La Pañoleta, pero no fue así. Obsesionados por la pesadilla de lo que hubiera podido ocurrir si los mineros hubieran absorbido la atención de las fuerzas militares que controlaban la ciudad y los izquierdistas se hubieran lanzado al centro, la búsqueda de miembros de la columna se convirtió en una manía que atraviesa todos los consejos de guerra relacionados con la zona minera celebrados entre 1937 y 1944. Huelva pagó sobradamente haber hecho frente al golpe cuando todavía no llevaban las tropas sublevadas y los fascistas ni 24 horas por las calles. ■



Cartel editado en Sevilla durante la guerra civil. Archivo Mauvesín.

autoridad, declarando el estado de guerra, para asumirla totalmente.

CONSIDERANDO: Que el diez y ocho del mes próximo pasado, el procesado Don Juan Gutiérrez Prieto marchó de Huelva a la cuenca minera de Riotinto y desde allí hacia Sevilla con masas obre-

cientos treinta y siete del Código de Justicia Militar y penado en el número segundo del artículo siguiente, toda vez que perseguía el combate con fuerzas del Ejército, llegando a producir bajas. (...).

FALLAMOS: Que debemos condenar y condenamos al procesado Don Juan

MÁS INFORMACIÓN

- **La guerra civil en Huelva**
ESPINOSA MAESTRE, F. - Diputación Provincial de Huelva, 1997
- **La justicia de Queipo**
ESPINOSA MAESTRE, F. - Ed. del autor, Centro Andaluz del Libro, 2000
- **«Sevilla, 19 de julio de 1936. La columna minera de Huelva»**
GIL ONDUVILLA, J. - Revista Española de Historia Militar, nº 37/38 y 39, 2003

La atención en Huelva a los NIÑOS EXPÓSITOS

durante la Edad Moderna

El niño abandonado fue durante el Antiguo Régimen un ser que no llamaba demasiado la atención. Sin duda, podemos decir que, de entre todos los grupos de necesitados, el constituido por los expósitos fue el que menos sentimientos de caridad suscitó entre la sociedad, bien que este panorama hubo de cambiar algo en el siglo XVIII

DAVID LÓPEZ VIERA

UNIVERSIDAD DE HUELVA

EN PRIMER lugar, debemos tener presente que a dichos individuos se les colgaba desde un principio el sambenito de la ilegitimidad, lo que, en una sociedad verdaderamente marcada por una muy estricta mo-



ral sexual y obsesionada por cuestiones de genealogía, parecía imperdonable: los expósitos fueron vistos como “hijos de nadie”, por no constar su progenie, razón por la que poco podían contar socialmente, a la vez que como “hijos del pecado”, de la transgresión de la norma. Estos niños, en los que, según hemos podido constatar, predominaba el origen extramatrimonial, pero entre los cuales también había una porción considerable de expuestos por la pobreza extrema o la enfermedad o la muerte de sus padres—circunstancia especialmente relevante en años

Figura de niño representada en un cuadro pintado por Bartolomé Esteban Murillo, Museo Ermitage, San Petersburgo.

difíciles, marcados por crisis económicas y epidémicas—, fueron vistos en bloque como prole maldita, fruto de relaciones carnales que

ofendían a Dios. En un ambiente marcado por dichos prejuicios y mientras se producía el “descubrimiento” de la infancia, del que indirectamente habrían de beneficiarse los expósitos, en tanto que niños—transformación cultural que no dejaría sentir sus efectos más nítidos hasta entrado el siglo XVIII—, no era de extrañar que sucediera esto de lo que hablamos y a lo que se refería Luis Brochero, en 1626, cuando retóricamente se preguntaba lo siguiente: “Quando vn padre expone a vn hijo quién ha de recogerle? Quando vna madre consiente echar a puertas ajenas parte de sus entrañas, cuál otra compadecida ha de admitirle?”. Dadas las premisas enunciadas, cabría responder que nadie o, para ser más exactos, casi nadie.

DURANTE LA EDAD MODERNA, LOS NIÑOS EXPÓSITOS FUERON CONSIDERADOS COMO UNA PROLE MALDITA, FRUTO DE RELACIONES CARNALES QUE OFENDÍAN A DIOS

Sin embargo, en medio de este desamparo, podemos apreciar la existencia de una serie de factores que sirvieron para atenuar, aunque sólo fuera parcialmente, la doble situación de abandono—por sus padres y por la sociedad en general— a la que parecían abocados estos infelices. De una parte, está el absoluto y potencialmente conmovedor desvalimiento de unos individuos, en palabras de Antonio de Bilbao, datadas en 1789, “tier-nos, e inhábiles para todo”, los cuales, siguiendo con otra cita de dicho autor, “no



Torno de una cosa-cuna.

EL TORNO

El torno era el lugar donde las mujeres que abandonaban a sus hijos, los depositaban en forma discreta, lejos de miradas curiosas que pudieran identificarlas. Consistía una tabla de madera, en un hueco hecho ex profeso en la pared del paredón de la casa de expósitos. Cuando alguien depositaba sobre el plato inferior un bebé, hacía sonar la campanilla y un operador desde adentro giraba el dispositivo y el bebé ingresaba a la casa, sin que quien lo dejara y quien lo recibía, pudieran mirarse. Aunque con el paso del tiempo casi todas han desaparecido, todavía se conservan algunos en los que se leen inscripciones que reflejan fielmente su antiguo uso.



Detalle del cuadro *Muchacho encendiendo una candela*, «El soplón». Óleo pintado por El Greco. Museo e Gallerie Nazionali di Capodimonte, Nápoles.

saben quejarse; aún les falta el aliento para llorar”, realidad, no obstante, que, pese a lo flagrante del caso, no llamó del todo la atención de quienes decidían ejercitarse en las obras de caridad. De otra parte, tenemos el elemento que, aunque indirectamente, más contribuyó a paliar la dramática situación de estos niños: la preocupación de una sociedad profundamente religiosa—en un sentido más estrictamente formal que moral, como se sabe—por que ninguno de sus miembros, ni aun los que se consideraba más despreciables, murie-

se sin recibir el bautismo. Este último aspecto estuvo detrás de la creación de numerosos establecimientos dedicados a la atención de los expósitos, la fundación de los cuales se debió a la iniciativa de la jerarquía de la Iglesia, de cofradías, concejos o particulares.

En la Tierra de Huelva, el primer establecimiento dedicado a socorrer a los niños abandonados del que tenemos noticia es la Hermandad y Hospital de la Misericordia de Gibraleón, cuya dedicación para con estos necesitados parece remontarse al siglo XVI. A

mediados del XVII el Hospital de la Misericordia de Trigueros pasó a ocuparse también del recibimiento y lactancia de los expósitos, bien que ello se debió, esta vez, a un cambio de su primitivo instituto realizado a instancias del cabildo secular de aquella villa, el cual se había hecho con el control del centro, sustrayéndolo de la jurisdicción eclesiástica. Por último, entre 1666 y 1683 se produjo la fundación, construcción del edificio y entrada en funcionamiento de una incluso de nueva planta en Ayamonte, en cumplimiento de lo que habían dispuesto dos particulares, los acaudalados don Francisco y don Benito de Galdames, naturales de aquella población y vecinos de Lima. Con la apertura de esta casa cuna quedaba definitivamente fijada la débil red asistencial para con los niños abandonados que existió en tierras onubenses durante casi todo el Antiguo Régimen. Los centros benéficos referidos prestarían durante el siglo XVII atención a expósitos de las propias poblaciones en las que radicaban, no siendo aún por entonces demasiado importante el volumen de niños que llegaban a los mismos procedentes de otros lugares comarcanos: la afluencia masiva de los expósitos onubenses a las inclusas existentes en el territorio de la provincia, principalmente a la de Ayamonte, o bien a la Casa Cuna de Sevilla, es una realidad que no comenzaría a darse hasta las décadas de los 20-30 del siglo XVIII. Los niños que no tuvieron la "suerte" de ser expuestos en localidades donde existía una de



LA ASISTENCIA A LOS EXPÓSITOS

Fruto de las mencionadas inquietudes, dicha asistencia fue cada vez más controlada por el Estado, desde el que se dispuso una serie de reformas que, en nuestro país, se acumularon, fundamentalmente, en la década final del XVIII, durante el reinado de Carlos IV. No obstante, el peso efectivo del cuidado de este sector de necesitados, como el de otros tantos grupos de menesterosos, siguió gravitando sobre la Iglesia, circunstancia que no habría de cambiar hasta entrado el siglo XIX, cuando el naciente régimen liberal-burgués puso los cimientos de una nueva beneficencia laica y dependiente de la administración civil.

estas instituciones, fueron dados a criar por cuenta de los concejos o recogidos por caridad por particulares, en el mejor de los casos, o, como informaba el vicario de Huelva en 1685, "algunos se han muerto en la yglesia

estas instituciones, fueron dados a criar por cuenta de los concejos o recogidos por caridad por particulares, en el mejor de los casos, o, como informaba el vicario de Huelva en 1685, "algunos se han muerto en la yglesia

por falta de auer quien quiera criarlos". En las poblaciones pertenecientes a la Tierra de Huelva que estudiamos, y que bien pudieran servir de paradigma de lo que al menos en la zona llana del territorio onubense sucedió, durante el siglo XVII se registraron unos niveles de exposición que iban desde el 1,53% de Lucena del Puerto —sólo para el período 1601-1629— hasta el 7,71% de Ayamonte y el 7,99% de Trigueros, pasando por el intermedio 4,84% de Huelva. Un factor que puede ayudarnos algo a comprender esta disparidad de cifras entre unos lugares y otros es el siguiente: la creación de establecimientos destinados a la atención de los niños abandonados en ciertas localidades obedecía, en parte, a la preexistencia de una importante necesidad de estos auxilios, esto es, de unas más o menos crecidas cifras de exposición; pero, a su vez, cuando aquéllos comenzaban a funcionar, venían a constituir un elemento que fomentaba el fenómeno del abandono de niños, como también de retraimiento del reconocimiento de hijos ilegítimos por sus progenitores en el ámbito territorial inmediato a los mismos. No obstante, resulta imposible delimitar en qué proporción la necesidad material de dichos centros terminó por originar el surgimiento de éstos en ciertas poblaciones o, inversamente, hasta qué punto la existencia de una incluso estimulaba, en el lugar en el que se ubicaba, a la exposición de hijos no deseados.

Los niveles de exposición más altos del siglo XVII en todas las poblaciones cuyos registros bautismales hemos analizado se insertan en el período 1620-1680,

precisamente cuando la crisis —trasunto de la que por entonces se vivió en gran parte del país— se hizo presente en la Tierra de Huelva. Esta realidad viene a poner de relieve, una vez más, que, si muchos expósitos lo fueron por ser fruto de una relación ilícita, otros hubieron de haber sido extraídos de sus núcleos familiares unas veces por la miseria, otras por la enfermedad y la muerte de sus progenitores, cuando no por un compendio de todas o varias de dichas causas. Las cifras medias decenales de exposición que se registran en los momentos más difíciles, es decir, alrededor de 1650, cuando a la crisis económica general vino a sumarse la epidemia de peste más terrible que se conoce por estas tierras, rondan el 9% en el caso de Huelva, y aún sobrepasan el 12% en el de Trigueros: estos datos parecen avalar lo que decimos acerca de la influencia de los factores pobreza-enfermedad-muerte como “generadores” de expósitos, a la vez que ponen de manifiesto que en ciertas zonas rurales y en fechas tempranas del siglo XVII los niveles de exposición fueron muy elevados —sorprendentes a la luz de los estudios sobre estos temas existentes, los cuales se centran principalmente en los grandes núcleos urbanos y dejan bastante de lado lo que al respecto acontecía en el mundo rural.

Durante el siglo XVIII tuvo lugar el “descubrimiento” del niño como ser individualizado, dotado de unas características y unas necesidades propias. En conexión con esta mutación, tuvo lugar una transformación de la familia,

DURANTE EL SIGLO XVIII TUVO LUGAR EL VERDADERO «DESCUBRIMIENTO» DEL NIÑO COMO SER INDIVIDUALIZADO, CON CARACTERÍSTICAS Y NECESIDADES PROPIAS

Entre otras necesidades sociales, en el siglo XVII la Iglesia se hizo cargo de la recogida y lactancia de los niños expósitos. En la ilustración se representa *La caridad de San Vicente de Paúl*. Cuadro pintado por Andrés Cortés Aguilar. Hogar Virgen de los Reyes, Sevilla.



que iría evolucionando hacia el modelo de núcleo parental doméstico reducido —a los padres y los hijos legítimos—, en el cual las relaciones entre sus miembros fueron impregnándose de sentimentalidad. Dichas mutaciones hubieron de influir sobre la situación de los expósitos. Por un lado, parece que los hijos ilegítimos no tendrían en adelante

cabida en el hogar de los progenitores, de lo que se derivaría un aumento más que considerable del fenómeno de la exposición, al menos de la exposición de hijos ilegítimos, los cuales no componían, según hemos comprobado, la totalidad de los niños abandonados, ni mucho menos. Hemos de decir, no obstante, que —matices que enriquecen el panorama y ponen de manifiesto una mayor complejidad del problema, así como la existencia de diferencias y modalidades regionales o, más bien, de compor-

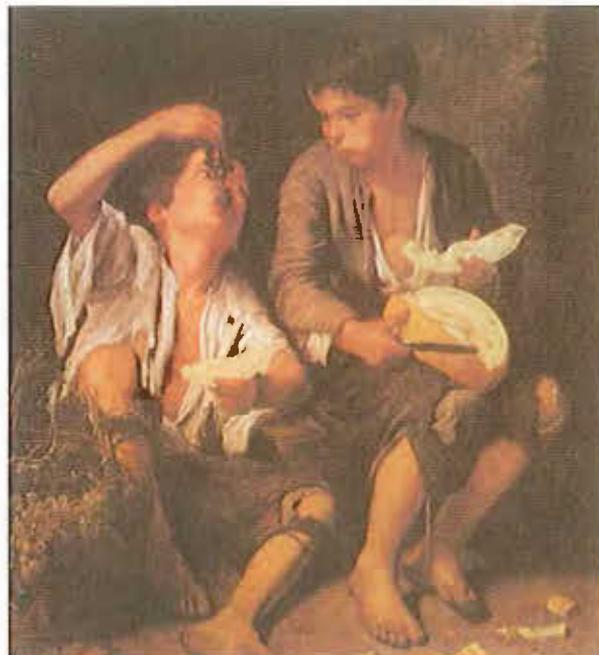
LOS EXPÓSITOS EN LA TIERRA DE HUELVA

EN LA Tierra de Huelva la situación de los expósitos a lo largo de todo el siglo XVIII y durante el primer tercio del XIX habría de venir determinada por la medida que dispuso el cardenal arzobispo de Sevilla don Manuel Arias y Porres, dada en un momento de su pontificado que desconocemos, según la cual los niños abandonados en suelo onubense habrían de ser conducidos, bien a la Casa Cuna de Ayamante, bien hacia lo de Sevilla, dependiendo de la ubicación de los lugares de exposición, lo cual habría de hacerse a cargo de la obra pía de cada población que gozase de mayor solvencia económica.

Ello, en la práctica, conllevó la creación de unos itinerarios a través de los que los expósitos onubenses afluirían hacia los dos inclusas señaladas, en los cuales hubo de producirse, por tanta, una acumulación de niños de muy variada procedencia. Si ya con anterioridad a la promulgación de dicho mandato comprobamos que, en ocasiones, aquellos establecimientos recibieron a expósitos foráneos, en adelante ella no sería excepcional, sino más bien toda la contrario.

El Hospital de la Misericordia de Trigueros continuó, no obstante, corriendo con la crianza de expósitos de la propia población o de otras de su entorno, bien que, cuando no podía hacer frente a

la lactancia de ciertos niños, los transportaba de su caudal camino de Sevilla, con lo cual realizaba a la vez funciones de inclusa y de obra pía que costeara la conducción de expósitos, esto último, al parecer, en cumplimiento de lo mandado por Arias.



Muchachos comiendo uvas y melón, un reflejo de la vida de la infancia durante la Edad Moderna. Cuadro pintado por Bartolomé Esteban Murillo. Pinacoteca de Munich.

tamientos diferenciados entre los ámbitos rurales y los urbanos— en las poblaciones onubenses estudiadas no constatamos ningún aumento de los niveles de exposición de niños durante el XVIII. Pero, por otra parte, la preocupación por el niño en general, que, poco a poco, iba arraigando, unida a las doctrinas poblacionistas imperantes en el siglo XVIII, como también a la filantropía ilustrada, fueron elementos que están detrás del progreso—más en cantidad que

en calidad—en la atención que habría de prestarse a los expósitos durante aquella centuria.

La Real Cédula de 1796

Al calor de la Real Cédula de 11 de diciembre de 1796 por la que se instaba a los obispos y otras autoridades eclesiásticas con jurisdicción sobre algún territorio a dividir sus diócesis en demarcaciones a los efectos de crear depósitos de niños abandonados en cada una de ellas, los cuales dependerían, a su vez, de una casa

general de expósitos, desde el Arzobispado de Sevilla se diseñó un interesante proyecto que, sin embargo, no llegaría a ver la luz jamás. Según el mismo, el territorio onubense habría de dividirse en ocho circunscripciones, con “Caxas” de expósitos situadas en ocho poblaciones que harían de cabecera de los referidos partidos, a saber: Valverde del Camino, Moguer, Huelva, Ayamante, Puebla de Guzmán, Almonaster la Real, Aracena y Encinasola. En Valverde del Camino,

A FINALES DEL SIGLO XVIII LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS SE DIVIDIERON EN DISTINTAS DEMARCACIONES A FIN DE CREAR INCLUSAS PARA NIÑOS ABANDONADOS QUE DEPENDERÍAN, A SU VEZ, DE UNA CASA GENERAL DE EXPÓSITOS

localidad situada casi en el centro del espacio comprendido por aquellas ocho circunscripciones, pasaría a ubicarse la Casa General de la que dependerían las de los distritos y adonde serían enviados los expósitos al concluir el período de la lactancia.

En lo que respecta a los niveles de exposición que se extrae de los registros parroquiales de las poblaciones estudiadas por nosotros correspondientes al siglo XVIII, éstos fueron considerablemente menores que los que se dieron en la centuria anterior, reduciéndose en la mayoría de los casos a menos de la mitad: en Trigueros la cifra media de expósitos sobre el total de bautizados de

todo el siglo es del 3,22%, en San Juan del Puerto del 2,26%

La infancia y juventud de los expósitos llevaba implícito una fuerte marginación social. Joven mendigo pintado por Bartolomé Esteban Murillo.

y en Huelva tan sólo del 1,97%. Únicamente en Ayamonte, localidad que contó con una potente casa cuna, dichos niveles se mantuvieron aparentemente, registrándose un 7,52%, y decimos "aparentemente" porque tenemos muchos indicios de que en esa cifra está metido un impreciso, aunque estimamos que considerable, porcentaje de niños que fueron conducidos en secreto a dicha ciudad desde localidades más o menos cercanas. Las razones de este descenso en los niveles de exposición, que aparenta contradecir la tendencia

al aumento que se constata para otros lugares en múltiples trabajos — bien que la mayoría hacen

referencia a núcleos urbanos de entidad y toman como base documental más utilizada los libros de ingreso de las inclusas —, no quedan del todo claras a este respecto, aunque parece que a ello hubo de contribuir notablemente

la superación de la crisis que afectó al país en el XVII, y que por estas tierras alcanzó cotas de verdadera catástrofe en los años centrales de dicha centu-

Durante la Edad Moderna, la atención a los niños expósitos mejoró considerablemente, descendiendo los cifras de ingresos en las inclusas con respecto a la centuria anterior. En la imagen, *El Lisado*, óleo pintado por Ribera. Museo del Louvre, París.



ria. Como ya ha quedado expuesto anteriormente, si al día de hoy pudiéramos disponer de más investigaciones basadas en los registros de bautismo de las parroquias, como también se contara con más estudios referidos a zonas rurales, quizás el panorama que al respecto se vislumbra en las distintas poblaciones onubenses analizadas durante el siglo XVIII, no parecería tan extraño como, sin duda, lo resulta a primera vista. ■

MÁS INFORMACIÓN

- **Marginación social y mentalidad en Andalucía occidental: expósitos en Sevilla**
ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C. - Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, 1980
- **«El niño abandonado en la Huelva del siglo XVII: una visión de conjunto»**
LARA RÓDENAS, M. J. - Revista «Huelva en su Historia». 2ª época, nº 6, pp. 75/86. Universidad de Huelva, 1997
- **Demografía y análisis histórico. Ayamonte, 1600-1860**
SÁNCHEZ LORA, J.L. - Diputación Provincial de Huelva, 1987



Las costas de África desde el castillo de Tarifa.

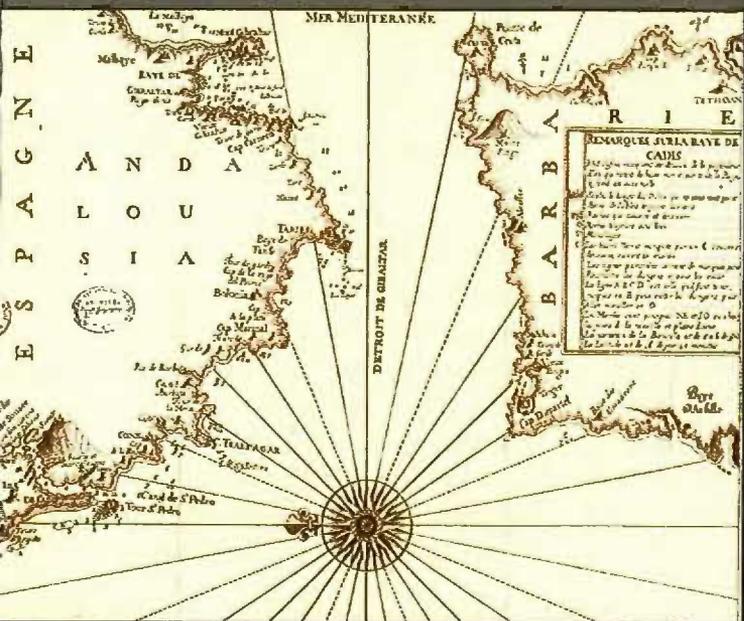
LA CIUDAD DE TARIFA

Un vigía en el Estrecho de Gibraltar

Situada en una posición estratégica de primer orden, la ciudad de Tarifa ha sido a lo largo de la historia un emplazamiento de vital importancia para la vigilancia y control del punto más próximo entre las costas de Europa y África

ÁNGEL J. SÁEZ
PEDRO GURRIARÁN

HISTORIADORES

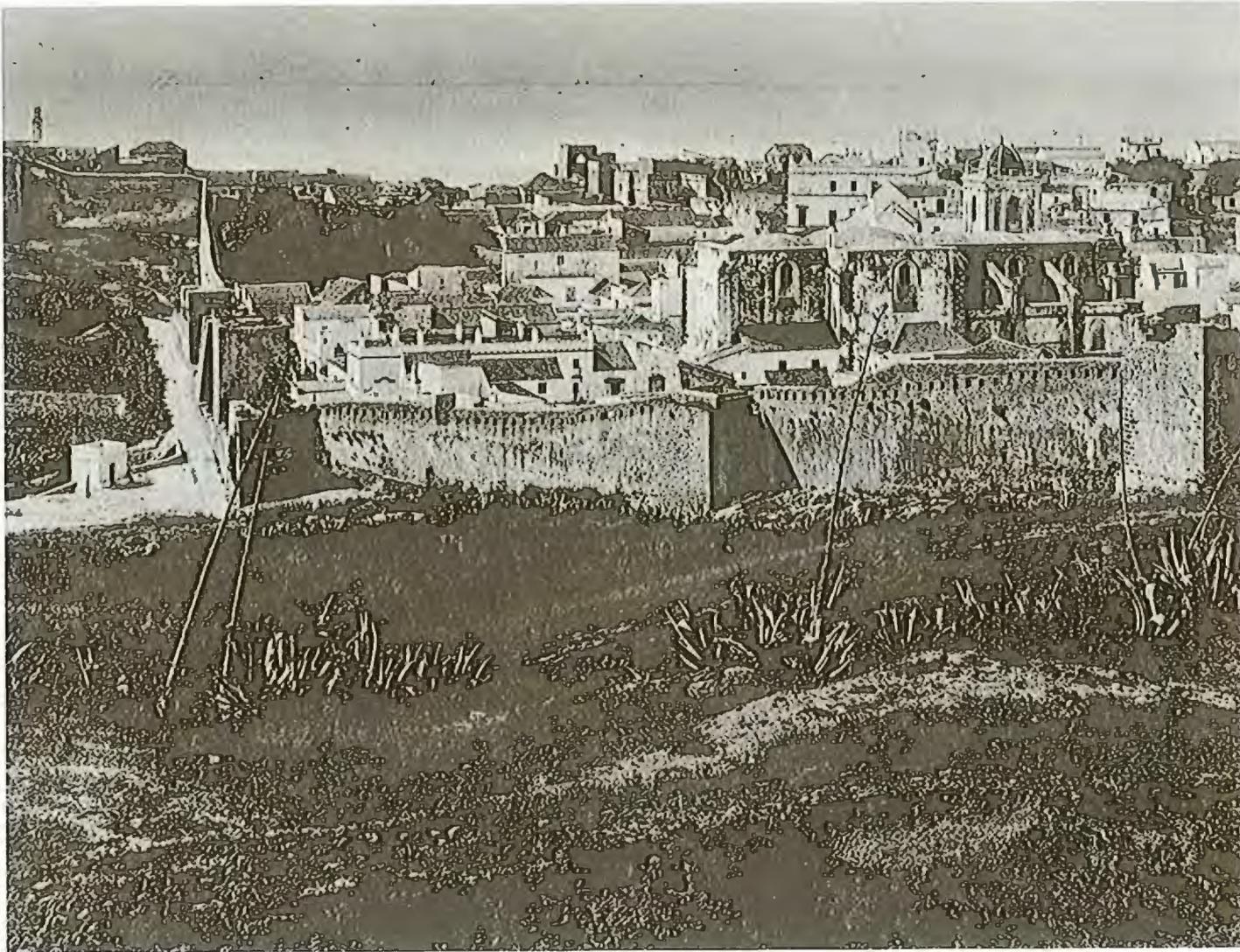


Detalle de un grabado francés en el que se representa el estrecho de Gibraltar en 1718. En el centro se localizan Tarifa y su isla.

CUANDO el caballo de Alfonso VI pisaba las arenas mojadas del Estrecho a finales del siglo XI, estando la frontera entre los reinos cristianos y al-Andalus todavía en el Tago y al norte del Ebro, quedó expresado el ideal de los nacientes estados: expulsar el Islam de la península Ibérica, restituyendo la mítica unidad política y religiosa de la etapa visigótica.

El gesto alfonsino muestra a las claras la voluntad que animó a los reinos norteños en su lucha por alcanzar las costas del sur y, una vez allí, por dominar Tarifa. En la práctica, cualquier poder político que se haya asomado al estrecho de Gibraltar ha tomado esta plaza como pieza clave para controlarlo desde la orilla norte. Fenicios, romanos, musulmanes y cristianos, todos han dejado alguna huella en este lugar, donde el canal que separa Europa y África se vuelve más angosto, con una docena de kilómetros de separación entre ambos continentes.

Quiere la tradición musulmana que Alejandro Magno destruyera un puente que comunicaba ambas orillas para evitar



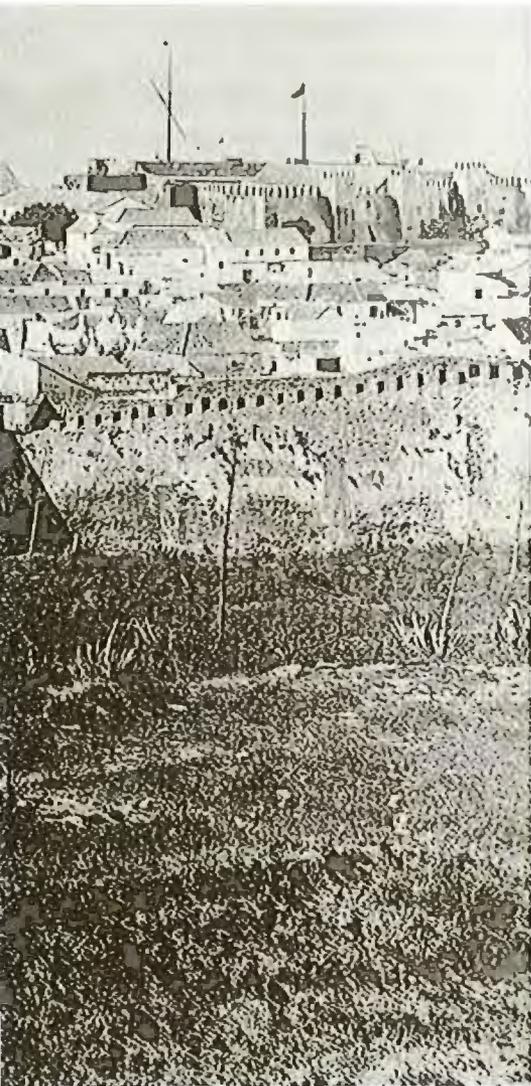
las luchas entre sus habitantes. La leyenda de Hércules era recreada siglos después de su forja por los navegantes del oriente Mediterráneo. Los pilares del puente habrían dejado huella en los islotes alineados ante la punta junto a la que se asienta Tarifa. *Tarf*, «punta» en árabe, sería el vocablo de donde procediese el nombre de la ciudad.

El origen histórico de la ciudad actual está relacionado con la irrupción islámica en la península Ibérica. Una de las primeras crónicas árabes la cita como la «isla o península de al-Andalus», cuyo primer asentamiento se origi-

nó al este del espacio que ocupa la fortaleza califal, mucho antes de la construcción de ésta. Sólo a partir del siglo XII las fuentes aportarán algunos datos sobre Tarifa, que no dejan de reflejar su escasa importancia frente a otras ciudades cercanas plenamente consolidadas como Algeciras o Gibraltar. No obstante, el silencio literario contrasta con la realidad que constituye la magnífica fortaleza que ordenara levantar el primer califa omeya de al-Andalus en el siglo X, en pleno esplendor del Califato de Córdoba y en un enclave tan poco relevante como éste.

El interés que mueve a las autoridades omeyas a promover esta construcción nace a raíz de la rivalidad surgida con el califato fatimí de Ifriqiya (la actual Túnez), nuevo poder de ortodoxia chií contra el que los omeyas sumos de al-Andalus entrarán en conflicto de legitimidad. El choque de los intereses geoestratégicos de ambas dinastías se centró en el Magreb, y obligó a los andalusíes a tomar y fortificar ciertas plazas de la orilla meridional del Estrecho, como Melilla en 927 y Ceuta en 931, y, sobre todo, a implantar una red de alianzas con los poderes locales para defender sus intereses. Durante

EL ORIGEN HISTÓRICO DE LA ACTUAL CIUDAD DE TARIFA ESTÁ RELACIONADO DIRECTAMENTE CON LA IRRUPCIÓN ISLÁMICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA



El recinto urbano de Tarifa a finales del siglo XIX, según una fotografía de J. Laurent.

el resto del siglo, el Califato omeya intentará establecer una suerte de protectorado en estos territorios, que no implicará su anexión, sino más bien la búsqueda del reconocimiento político y religioso

hacia el califa cordobés. La situación se tornó muy delicada para las autoridades cordobesas en 955, cuando una flota fatimí atacó Almería,

incendiando la escuadra que tenía su base en este puerto. Este primer ataque en suelo peninsular antecedió a un espectacular avance de los ejércitos chifés en el Magreb, que únicamente dejó bajo dominio omeya las plazas fuertes de Ceuta y Tánger. Esta ofensiva, que aconteció en 958, consigue que las tropas fatimíes lleguen a la costa del Estrecho. Tan delicada coyuntura, que hacía temer por un posible desembarco enemigo, motivaría la rápida fortificación del litoral y la construcción del castillo de Tarifa. Así, esta fortaleza, que albergó una pequeña dotación, nacería con una finalidad estratégica de control del Estrecho. Las obras tuvieron que ser acometidas con presteza, y posiblemente apenas si duraron más de un año, pues en 960 ya estaban terminadas como señala su lápida fundacional.

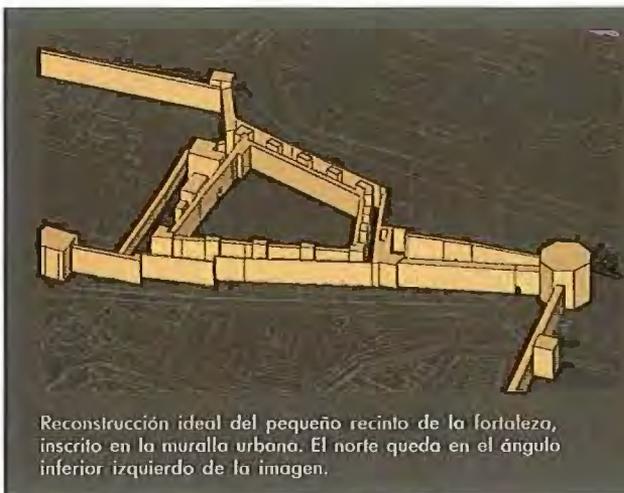
El castillo de Tarifa como manifestación del poder del Califato de Córdoba

Al contrario que sucede con otras fortificaciones altomedievales de nuestro país, del castillo de Tarifa disponemos de un excepcional testimonio que refleja con

exactitud la fecha de su fundación. Se trata de una lápida de mármol, aún conservada sobre la puerta principal del monumento, que refiere en caracteres cúficos la fecha de *safar* del año 360 de la Hégira (abril de 960 d.C.) como la correspondiente a la conclusión de los trabajos. Junto a las fórmulas religiosas habituales, el texto aporta el nombre del califa 'Abd al-Rahman III como promotor de las obras y el de su visir, 'Abd al-Rahman ibn Ya'là, como responsable honorífico de las mismas. Esta manifestación propagandista define claramente el carácter oficial de la fase original del castillo—referido como *bury* en la citada lápida— y, por añadidura, el valor que entrañaba para el Estado cordobés.

Como ocurre en otras fortificaciones coetáneas, los lienzos de muralla recibirán en sus vértices y cada cierto trecho torres de flanqueo muy estrechas y menudas. Cada frente presenta un número total de cinco (incluyendo las de las esquinas), excepto el frente occidental, más corto, donde sólo se cuentan cuatro. Diversos estudios han podido comprobar cómo en su origen los lienzos tendrían menor elevación que la observada en la actualidad, que es el resultado de posteriores labores de recrecido.

El alzado primitivo del castillo rondaría así los nueve metros de altura, que teniendo en cuenta la situa-



Reconstrucción ideal del pequeño recinto de la fortaleza, inscrito en la muralla urbana. El norte queda en el ángulo inferior izquierdo de la imagen.

UNA FORTALEZA PECULIAR

La fortificación califal responde al modelo que numerosos estudios vinculan con el poder, y que suele trazar su planta de forma regular, tanto cuadrada como rectangular. Este esquema, que repite el estudiado en otras fortalezas omeyas, se desvirtúa un poco en Tarifa al adaptarse a la topografía existente. En efecto, la necesidad de erigir los muros sobre un terreno escarpado obligó a los arquitectos a adoptar un trazado cuadrado ligeramente trapezoidal.

ción enriscada del castillo, serían más que suficientes para cumplir con su función defensiva.

La comunicación con el interior del recinto se lograba a través de sendos accesos abiertos en los lienzos occidental y oriental. El primero de ellos es el más representativo de los dos y será sobre el que nos centremos. Seguirá el esquema tradicional de acceso directo entre

dos torres de flanqueo, pero al contrario que ocurre en los más comunes, dotados de un único arco exterior y simple puerta, aquí aparecerá otro arco interior que albergará una puerta complementaria. Para que puedan rotar y abrir las hojas de ambas puertas, el pasadizo abovedado será muy profundo, recibiendo en sus laterales sendos cuerpos de guardia. Aunque prescinde de cualquier tipo de re-

codo, y por tanto no está muy desarrollado, este acceso supondrá una innovación destacada para lo habitual en la época. Parece ser similar a los que construye 'Abd al-Rahman III en la cerca de Córdoba y que son referidos en las fuentes como una singular novedad.

También destaca el arco exterior de este acceso, sobre el cual se coloca la lápida fundacional. Hoy día de medio pun-

DE CASTILLO A PALACIO

EL IMPERIO meriní no habría de aceptar de buen grado la pérdida de tan estratégica plaza, procurando su recuperación, con la colaboración del infante don Juan, en 1294, ocasión en la que el alcaide Alonso Pérez de Guzmán el Bueno habría de alcanzar fama universal. Medio siglo después, en 1340, las tropas de Abu l-Hasan pusieron de nuevo cerco a Tarifa, aunque sus defensores lograron resistir el asedio hasta que, a finales de octubre, vinieron a descercarla Alfonso XI y el rey de Portugal con sus ejércitos, venciendo a los musulmanes en la batalla del Salado.

El mantenimiento de Tarifa en manos castellanas sólo fue posible por la conjunción de intereses de la Corona y de un guerrero empeñado en crear su señorío y ennoblecer su linaje. Del primero de los factores quedó clara constancia por la concesión real de un privilegio de franquezas en febrero de 1295 como estímulo para la atracción de repobladores. Del segundo, la decisión mostrada por la vía de los hechos de Alonso Pérez de Guzmán que, al margen de actos de renuncia personal tan radicales y conocidos como

el del sacrificio de su hijo, supo fundar y defender un señorío en la frontera. El esforzado caballero no sólo hizo triunfar la repoblación en la retaguardia de ese yermo que eran las tierras occidentales del Estrecho (Sanlúcar, Rota, Chipiona, Trebujena, Conil y Vejer), sino que combatió por ampliar sus tierras y las de su señor, participando en el asedio frustrado de Algeciras de 1310, conquistando la fortaleza de Gibraltar ese mismo año y perdiendo la vida ante los muros de Gaucín. Poco después cayó Algeciras y el peligro terrestre se alejó un poco de los muros de la plaza, aunque habría de perdurar durante siglos el azote enemigo por mar. Los desembarcos berberiscos y turcos en las costas del término obligaron al establecimiento de un sistema de alerta basado en torres costeras, las almenaras.

Los privilegios otorgados por los reyes quisieron impulsar la repoblación de la ciudad, para asegurar su defensa, pero el proceso fue extremadamente lento. Durante el Renacimiento, la vieja alcazaba asumió el papel de sede del poder señorial, de ahí la construcción de pabellones nobiliarios adaptados a los lienzos califales. Cuando, en los albores del siglo XVI, el señor de Tarifa impuso tributos al vecindario y ocupó tierras concejiles en su propio beneficio, estalló el conflicto con la población. En 1514, Fadrique Enríquez de Ribera recibió el título de marqués de Tarifa, lo que respaldó las exacciones señoriales padecidas por los tarifeños. La investigación moderna ha puesto en cuestión el contenido de la supuesta donación de la villa por Juan II en 1447, en la que se basaban las pretensiones de la Casa de Medinaceli para ejercer su señorío sobre la misma.



El patio occidental del castillo, uno de los dos con que cuenta la fortaleza de Tarifa.

to, su estudio geométrico demuestra que en su origen se trazó de herradura, siguiendo los cánones imperantes en Córdoba durante el Califato. El posterior cercenado de sus impostas desvirtuó su aspecto original, pero no evita que nos encontremos ante una de las escasas manifestaciones de este tipo conservadas en obras militares más allá de la capital califal, junto con los arcos estudiados en el castillo de Gormaz (Soria) y las murallas de Ceuta. Estaría dotado de un profundo simbolismo, ya que actuaría a modo de arco del triunfo.

El conjunto de lienzos de muralla y torres de flanqueo se alza mediante cuidadas sillerías labradas de piedra ostionera, cuyas canteras han sido localizadas en la cercana isla de las Palomas. La organización de las piezas de cantería sigue la conocida disposición de una soga (sillar presentando su cara larga) y dos o tres tizones (sillar presentando su cara corta). Estas fábricas y las proporciones de los sillares son comunes en muchas construcciones promovidas por el Estado califal, como, por ejemplo, la mezquita mayor de Córdoba y la sede palatina de Madinat al-Zahra'.

En la mayoría de las fortificaciones coetáneas la sillería sólo sirve para resolver las caras exteriores de los muros, mientras que el relleno interior quedaba resuelto mediante un simple calicanto. Esta solución económica y eficaz no es desde luego la empleada en la fortaleza tarifeña, ya que aquí, y en un claro alarde de medios, las piezas de cantería se utilizan también para macizar las estructuras.

En definitiva, la fase fundacional del castillo de Tarifa constituye una de las más cuidadas edificaciones realizadas por el Califato de Córdoba fuera de su capital. No resultaría extraño el envío de especialistas estatales para su construcción, cuya existencia conocemos a través del historiador Ibn Hayyan. La delicada coyuntura derivada de la fuerte presión fatimí en el Magreb motivó que las autori-



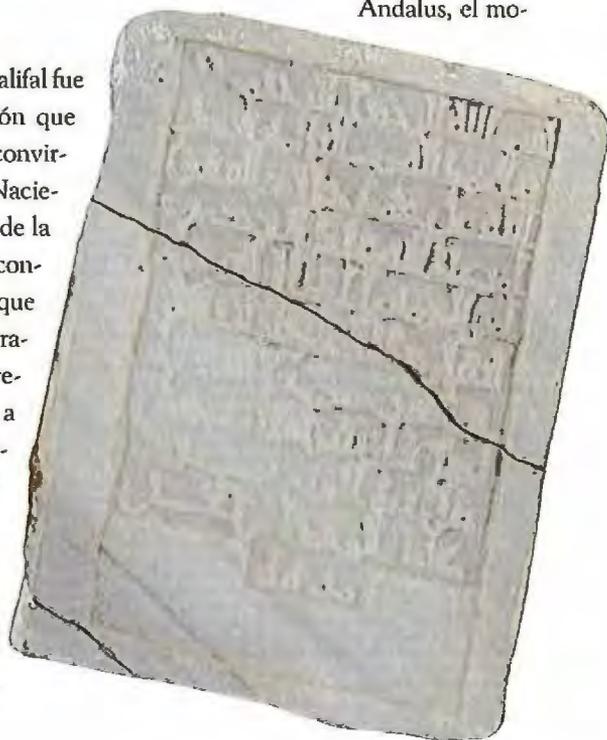
Vista de la fortaleza califal de Tarifa desde la torre octogonal.

dades omeyas no escatimaran medios en la fortificación de la orilla septentrional del Estrecho. Todo su repertorio tecnológico y formal aparece en esta singular fortificación, que representa, en suma, una manifestación propagandista del poder alcanzado por 'Abd al-Rahman III al finalizar su largo gobierno.

Nace la ciudad amurallada

Al amparo de la fortaleza califal fue desarrollándose una población que pronto hubo de amurallarse, convirtiendo el castillo en alcazaba. Nacieron así los barrios fortificados de la Almedina y la Aljaranda, que conformaron la *madina*, mientras que al norte se formaba un nuevo arrabal que habría de dar lugar al recinto urbano que ha llegado a nuestros días, aunque sensiblemente reformado por la pervivencia del carácter militar de la plaza durante siglos.

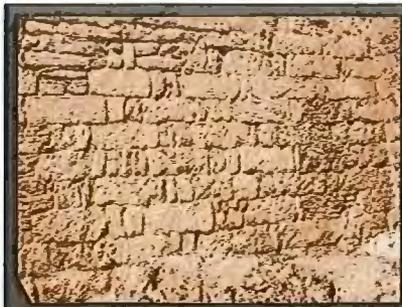
Lápida conmemorativa de la construcción del *bury* en 960, por orden de 'Abd al-Rahman III.



Almorávides y almohades llegaron de África para contrarrestar el empuje cristiano y consolidaron la frontera con la aplicación de la tradición almorávide del *ribat*, si bien elevándola al rango de ciudad con grandes recintos fortificados para albergar tropas que marchaban a participar en la *yihad*. En al-Andalus, el mo-

delo quedó reflejado en la fisonomía urbana de Cáceres, Sevilla, Badajoz, Jerez, Silves, Trujillo, Écija, Gibraltar... Las tropas movilizadas eran muy numerosas, de manera que se construyeron recintos, a modo de albares, que difícilmente podrían verse colmatados por el desarrollo urbano de las correspondientes medinas. A este concepto respondería en su origen el nuevo amurallamiento del arrabal norte tarifeño, promovido por los almohades y reformado por los meriníes en el siglo XIII.

La división interior de la plaza garantizaba la separación entre la ciudadanía local andalusí y los contingentes militares destinados a luchar contra los cristianos. También, la protección de los tarifeños respecto a los posibles excesos de los guerreros norteafricanos. Finalmente, su objeto fundamental era proteger al contingente militar de cualquier ataque por sorpresa durante una parada camino del frente. Téngase presente que este ardid fue determinante en campañas militares de esta época. En 1339, con Tarifa ya en manos castellanas, los jerezanos y la gente de la frontera atacaron al ejército meriní de 'Abd-al-Malik, el «rey de



Detalle de un muro del castillo de Tarifa.

SOGA Y TIZÓN

Con este peculiar nombre se conoce la técnica constructiva en la que se alternan sillares dispuestos horizontalmente (soga), con otros colocados de manera vertical (tizón).

Esta forma de edificación ha sido muy utilizada a lo largo de la historia, apreciándose tanto en construcciones religiosas como en las de carácter civil y defensivo. Sería en este último grupo donde cabría encuadrar al castillo de Tarifa, ya que muchos de sus muros fueron levantados siguiendo esta técnica.

Algeciras», en su campamento cercano al río Barbate. La sorpresa de los africanos fue total, lo que provocó su derrota y la muerte del hijo del sultán. Para continuar abundando en la lógica de la construcción del arrabal de Tarifa, señalaremos el itinerario de las expediciones almohades en el siglo XII. En Marruecos, el itinerario de las tropas con destino a la Península seguía la ruta que unía Marrakech con Alcazarseguer o Ceuta. Una vez en al-Andalus, pasaba por las ciudades antes citadas hasta alcanzar el objetivo previsto en su campaña por tierras cristianas.

Según al-Idrisi, en el siglo XII la ciudad tenía «murallas de tierra». Algunas de ellas existen todavía en la Aljaranda, levantadas con la técnica del tapial. Su frente norte estaba formado por torres macizas en su parte inferior, con una barbacana o segunda muralla exterior, de traza quebrada, siguiendo el perímetro de torres para evitar la escalada del enemigo y la acción de las máquinas de guerra. La tapia de tierra con que fueron levantados estos elementos defensivos constituye un material de pobre



El frente del mar, con la base de algunas torres reforzadas con alambres para aumentar su estabilidad.

calidad, fácilmente deleznable, cuya ejecución con escaso empleo de cal denota cierta rapidez. Sus vestigios se encuentran muy deteriorados por su permanente exposición a la erosión e inexistentes medidas de conservación ya que, englobadas en el núcleo urbano, dejaron pronto de utilizarse como defensa de la ciu-

dad. La historia de su deterioro es la misma que la de la ciudad, cuyas murallas se iban cayendo en época moderna ante la indiferencia del Consejo de Guerra. Así, en 1692, cuando todavía era considerado como el último reducto de la defensa de la plaza, se derrumbaron varios de sus lienzos con gran alarma del cabildo, que solicitó

su reparación al rey. Como era habitual, de la Corte sólo se obtenía el permiso para realizar las obras, mientras que los recursos para llevarlas a cabo habían de ser recabados por los propios vecinos.

Aquellas murallas fueron las que conquistaron las tropas de Sancho IV el Bravo a principios del verano de 1292, llevando la frontera hasta el actual Campo de Gibraltar. El rey de Castilla pretendía la conquista de Algeciras, pero «consejaronle que cercase a Tarifa, por razón que era la mar más estrecha allí, é que avían allí mejor salida para los caballos cuando los moros pasasen aquende, que en otro lugar ninguno».

En los asedios quedó clara la debilidad de Tarifa debido a las elevaciones que la dominan por el norte y el este. Nunca llegarían a hacerse realidad los proyectos de fortificación de estas elevaciones, aunque sí se ocuparon algunas de las más próximas para conjurar el peligro que suponían. Así ocurrió con la Torre de don Alonso o de Guzmán el Bueno. La enorme torre octogonal ocupa un promontorio de roca arenisca que aflora al oeste de la fortaleza califal. También se hizo lo propio con el recinto urbano del arrabal norte, que logró ocupar con el complejo defensivo de la Torre de San Sebastián, la Puerta de Jerez, la Torre del Corchuelo y los lienzos y torres de flanco intermedias, un altozano desde el que se podía batir con máquinas de asedio buena parte de la población. Por último y ya en época moderna, se ocupó el cerro de Santa Catalina con un fuerte, desde donde se dominaba la isla, la población y el castillo. ■

TIEMPOS MODERNOS

CON EL DESARROLLO de la artillería, el castillo y algunas torres del recinto urbano fueron adaptados para sostener cañones. Éstas fueron desmochadas y ensonchadas, mientras que algunas torres del castillo fueron dotadas de alambres (escarpas o declives) para aumentar su solidez. La fortaleza se vería convertida en acuartelamiento permanente de tropas, especialmente numerosas desde la toma de Gibraltar por los ingleses, así como en residencia de penados. El uso intensivo y su azarosa historia bélica ocasionaron un abundante depósito de materiales que fue colmatando el espacio intramuros y, en parte también el exterior, en un metro de altura.

El anacrónico sistema defensivo de la fortaleza no hizo sino agudizarse con la llegada del siglo XIX y

de la nueva artillería de ánima royada y gran calibre. En los primeros años de la centuria vivió dos asedios ante cañones franceses que significaron sus últimas experiencias bélicas. Durante el sitio napoleónico de 1811-1812, el peso de la defensa recayó sobre el recinto urbano. En 1824, las tropas hispano-francesas del conde de Astorg, tras bombardear la plaza, tomaron al asalto el castillo, defendido por algunos hombres del liberal coronel Valdés. Los liberales presentaron una última resistencia en la isla de las Palomas que, al haber quedado unida de manera permanente a tierra desde los primeros años del siglo XIX, había perdido ya su carácter insular. Ésta era uno de los pilares del puente de Alejandro, cantera para la construcción del castillo y necrópolis fenicia.



La torre esquinera octogonal llamada de Guzmán el Bueno.

MÁS INFORMACIÓN

- *El castillo de Guzmán el Bueno*
SEGURA GONZÁLEZ, W. - 1997
- *Breve historia de Tarifa*
CRIADO ATALAYA, J. - Tarifa, 1999



La Revolución. Eugenio Lucas Padilla. Museo del Prado, Madrid.

Un revolucionario andaluz

EL ABATE MARCHENA

José Marchena (Utrera, Sevilla, 1768-Madrid, 1821) es un personaje poco conocido pero con una singular biografía. Perseguido por la Inquisición, sufrió el destierro y participó en la Revolución Francesa. Desde allí, escribió textos que viajaban clandestinamente a España y que permitieron crear el clima liberal que luego se plasmó en la Constitución de 1812

EVA DÍAZ PÉREZ

ESCRITORA Y PERIODISTA

LA HISTORIA de España guarda en el envés de sus páginas un retablo insólito de personajes heterodoxos, malditos, raros y olvidados. Es el caso de José Marchena, más conocido como el Abate Marchena, un hombre incomprendido que se anticipó a su tiempo y a las pretensiones de su país, un español que participó de forma destacada en la Revolución Francesa y que

durante años preparó el camino a los que luego serían protagonistas de las mejores páginas del liberalismo español.

La vida de este andaluz heterodoxo nacido en Utrera (Sevilla) en 1768 es una auténtica novela llena de episodios desmesurados, extremos y que se nutren de lo mejor y lo peor de su época. Un apresurado repaso biográfico demuestra lo sugestivo de su existencia: aventuras perio-

dísticas destinadas a cambiar el destino político de España, conflicto con la Inquisición que le obliga a exiliarse en Francia, conspiraciones en Bayona junto a otros desterrados que fraguaban la revolución que habría de experimentar España, participación en las tertulias secretas del París del Terror, estancia en la prisión de La Conciergerie por orden de Robespierre, viaje con las tropas de José I a la



Procesión del Hábeas. Museo de Roma.

EL ANTICLERICAL ANDALUZ

Muchas son las críticas del Abate Marchena a la religión católica por su responsabilidad en el atraso de España. Pero además de sus escritos, Marchena — con su habitual humor negro — escenificó una delirante representación en la celda número 13 de la prisión de la Conciergerie a orillas del Sena, donde había sido apresado por sus ideas girondinas junto al también poeta Riouffe. Ambos inventaron una religión con un dios llamado Ibrascha al que dedicaban un credo que aunaba los ideales humanistas y un cristianismo antieclesial con el mismo tono que las célebres fiestas de la razón celebradas en Notre Dame en el París de la Revolución.

Coincidió con ellos en la celda un fraile que soportaba estoicamente las 'funciones' de Marchena y su amigo cantando salmos a su dios carcelario. Cuando el fraile los acusaba de sacrílegos, Marchena y Riouffe con sarcasmo lo acusaban de incrédulo. El relato que el católico y reaccionario Menéndez Pelayo hace del episodio irreverente de Marchena tampoco tiene desperdicio.

España invadida, nuevo destierro por afrancesado, refugio en la vida intelectual escribiendo poemas y traducciones al español de Voltaire o Rousseau, retorno a España gracias a la amnistía otorgada a los exiliados españoles por el respiro reformista que supuso el Trienio Liberal y muerte en 1821 en Madrid.

José Marchena es uno de esos españoles a los que aún no se ha hecho justicia como inspirador del librepensamiento, de las ideas ilustradas y liberales que impulsaron la Constitución de 1812. El abate Marchena abandonó su Utrera natal—había nacido el 18 de noviembre

ocupación francesa, algunos miembros de este grupo mostraron su admiración al Intruso (José I Bonaparte) pensando que el respaldo al gobierno josefino era la única alternativa para que se introdujeran reformas en una España anclada en el Antiguo Régimen. Los ilustrados que formaban este grupo, y que en buena parte tuvieron que purgar su apoyo al Bonaparte, ayudaron a crear la corriente de reformas liberales. Los casos más destacados son el de Marchena, que traía toda su experiencia revolucionaria francesa, y Blanco White, que participa en Sevilla en una



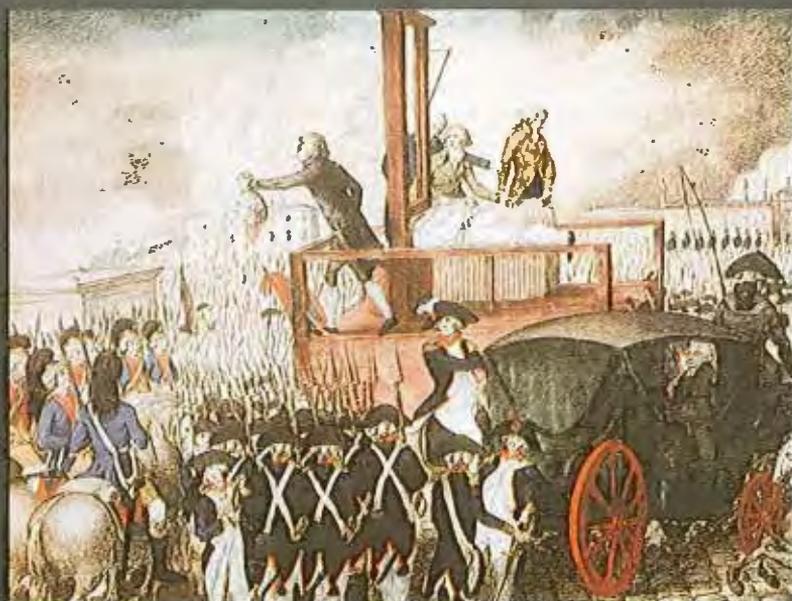
Acuarela con una escena de la Revolución Francesa. Museo Carnavalet, París.

de 1768 en la calle de la Esgrima—para estudiar en Sevilla. En esos años conoce a intelectuales que se reunían en la Academia de Letras Humanas y leían volúmenes de filosofía y letras francesas. Eran Alberto Lista, José María Blanco White, Manuel María Arjona, Félix José Reinoso, Manuel María del Mármol y Justino Matute, entre otros. En los tiempos de la

tertulia con el distinguido prócer inglés Lord Holland en la que se fragua un liberalismo de corte europeo que luego se plasmará en Cádiz.

Sin embargo, es mucho antes cuando Marchena comienza a destacar por sus ideas revolucionarias. Será en la Universidad de Salamanca, centro intelectual heterodoxo de la época, don-

A PESAR DE SER UNA FIGURA POCO CONOCIDA, EL SEVILLANO JOSÉ MARCHENA FUE UNO DE LOS GRANDES IMPULSORES DEL LIBREPENSAMIENTO ESPAÑOL



Grabado anónimo representando la ejecución de Luis XVI. Colección particular, París.

UNA VIDA DE NOVELA

«Propagador de la sofistería», «ardiente e impaciente», «leyó la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo». Así describió Menéndez y Pelayo a José Marchena en su estudio biográfico sobre el revolucionario sevillano. El polígrafo repasó entre la admiración y la crítica — como hacía con casi todos sus heterodoxos — la novelesca vida de este personaje que protagonizó curiosos episodios.

Uno de ellos es la broma literaria que volvió locos a los intelectuales de su tiempo: el hallazgo de un fragmento perdido del Satiricón de Petronio. Decía Marchena que había descubierto el texto en el monasterio suizo de Saint Gall. El engaño duró largo tiempo.

Otro capítulo sucede en el París del Terror Revolucionario. El erudito solía acudir a una tertulia que se celebraba en la casa del actor y socio de la Comédie Française Françoise Talma y su esposa Julie. Allí se reunían extraños personajes que, con dosis de humor negro celebraban el presente porque no sabían si la guillotina los esperaba al alba. Marchena solía saludar de esta forma: «He venido dando un rodeo porque la guillotina corre detrás de la gente». En la curiosa tertulia se hacían fiestas absurdas e incluso tenían lugar citas furtivas de lujuria desesperada por quienes pensaban que quizás eran sus últimos encuentros amorosos. También celebraban parodias de los juicios revolucionarios, en los que algunos representaban su propia muerte a modo de catarsis.

de se convierte en uno de los discípulos aventajados del profesor Meléndez Valdés, a cuyas tertulias acude. El joven Marchena lee, gracias a su maestro, li-

bro prohibidos y se impregna de las ideas de Locke, Montesquieu, Leibniz o Descartes, que eran las referencias secretas de los círculos ilustrados salmantinos.

Pronto nace en Marchena la idea de propagar esas ideas y crea un periódico literario, político y filosófico, *El Observador*. Es interesante destacar la labor de Marchena como periodista audaz, ya que siempre fue consciente de la necesidad de difundir las ideas reformistas que se debatían en las exquisitas tertulias de intelectuales. Precisamente por esa audacia en sus escritos, Marchena sufre la condena de la Inquisición, razón por la que se produce su primer exilio a Francia, un país agitado donde se estaba experimentando — entre la crueldad y la fascinación — uno de los principales acontecimientos de la Historia, la Revolución Francesa.

Marchena llega a Bayona, donde residía un importante grupo de exiliados españoles empeñados en que las ideas revolucionarias también llegaran a España. No duda en entrar en este círculo lleno de apasionamiento y esperanza. El discurso con el que se presentó a los miembros de la Sociedad de Amigos de la Constitución de Bayona no tiene desperdicio: «Vengo de la tierra de la esclavitud, de la tierra del despotismo religioso y civil, donde todos los poderes, aplastando al mismo tiempo a los hombres de bien, hacen gemir a cada instante al español de la desgracia de haber nacido hombre. ¡Llego al país de la libertad! ¡Oh, mis hermanos...! Vengo a dedicarme enteramente a ustedes». En dos meses este texto circulaba de forma clandestina por España con el revelador título de *Impromptu de un español*.

Mientras, en la España de Carlos IV, ante los sucesos revolucionarios del país vecino, se endurecían las medidas represoras, prohibiéndose la circulación de «libros, papeles, estampas, cajas, abanicos, cuadernos y otras cosas que representen las revoluciones ocurridas en Francia».

EL MIEDO A LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS PROVOCÓ EN ESPAÑA UN ENDURECIMIENTO DE LAS MEDIDAS REPRESORAS DURANTE EL REINADO DE CARLOS IV



Grabado olusivo al levantamiento de las provincias españolas contra el invasor francés. Abajo, placa de la Junta Central de Defenso. Archivo Histórico Nacional.

En España no hay más que dos clases de hombres: los absolutamente ilustrados y los absolutamente supersticiosos».

Corre la primavera de 1793 y el atrevido andaluz llega a París justo el mismo día en el que la Francia revolucionaria declara la guerra a España,

algo que llena de alegría a Marchena y al resto de exiliados que estaban convencidos de que sólo con un conflicto bélico se lograría la ocasión para la liberación del país de las ataduras de la monarquía borbónica.

Es realmente apasionante y terrible la vida de José Marchena en el París del Terror. Acude con asiduidad al célebre Café Corazza en la Plaza del Palais Royal, donde se dan cita estrafalarios personajes de la revolución. Sin embargo, con la llegada de los jacobinos al poder, Marchena—de clara adscripción girondina—tiene que huir de París con pasaporte falso como un supuesto vendedor de lencería. En Moulins es detenido y en el interrogatorio a que es sometido responde: «Soy español, nacido en Utrera, en Andalucía, reino de Sevilla, y soy hombre de letras». Sin duda, un curioso episodio andaluz en plena Revolución Francesa.

Marchena sufre la cárcel e incluso se enfrenta con el temible Robespierre que, sin embargo, queda admirado de la osadía del español. Pronto llega el 9 de Termidor de 1794 y la guillotina cae sobre el cuello de Robespierre. Al terror jacobino sucede el terror blanco. Son años difíciles y, más tarde, con la llegada del Directorio, Marchena escribe en un tono más moderado. De todas formas, inicia una tercera aventura periodística, *Le spectateur Française*, aunque sólo dura seis números y decide retirarse del debate

Cádiz, que no por casualidad más tarde sería la capital del liberalismo español, se convierte en destino de la propaganda revolucionaria, como ocurría en la llamada Casa de la Camorra, lugar de reunión de la colonia francesa.

Pero continuemos con las tribulaciones de Marchena en la Francia revolucionaria. La labor de los amigos de Bayona se fragua en una nueva empresa periodística del andaluz, la *Gaceta de la Libertad y la Igualdad*, escrita en francés y en español, y que tiene un claro objetivo: modificar el destino político de España. En sus páginas, Marchena escribe uno de sus textos fundamentales, la proclama *A la nación española*, en la que descubrimos su importancia en la gestación de la aventura que más tarde se plasmará en el Cádiz de las Cortes: «Españoles, ¿no es ya tiempo de que la nación sacuda el intolerable yugo de la opresión del pensamiento? (...) Un solo medio os queda, españoles, para destruir el despotismo religioso, éste es la convocatoria de vuestras Cortes».

Marchena se convertía así en uno de los inspiradores de la corriente de pensamiento que España necesitaba. Incluso, confiado en la inminente revolución en España, comenzó a escribir una memoria en la que detallaba el funcionamiento de un comité español de propa-

ganda revolucionaria. Qué duda cabe que su pensamiento era demasiado avanzado para los moderados liberales españoles, como luego se vería en la Constitución de 1812. De ahí nace la incompreensión de sus compatriotas, que pronto lo acusarían de peligroso revolucionario. En el invierno de 1792, el propio Marchena manifestaba sus dudas hacia sus paisanos: «La religión papista o católica ha echado raíces más profundas en suelo español que en el francés. Tampoco puede esperarse encontrar allí un Mirabeau, un Brissot o un Condorcet. Sin duda, hay



gente ilustrada, pero no se encuentran esos genios capaces de abrir los ojos de todo un pueblo y de regenerar la nación.



Fernando VII. Lienzo pintado por Luis de Cruz y Ríos. Cosón del Buen Retiro, Madrid.

da de las tropas napoleónicas los miembros de la Junta marcharán a Cádiz, único territorio libre, mientras Sevilla tornaba su destino y aplaudía al In-

truso, transformándose en una agradable corte bonapartista.

En Cádiz se fundirán las ideas ilustradas y la nueva corriente del liberalismo en un episodio apasionante de la historia de España. Mientras los franceses asedian la ciudad, se articulaba el corpus liberal que había comenzado a discutirse en la Sevilla de la resistencia napoleónica y, en realidad, en el Cádiz cosmopolita que desde finales del siglo XVIII llenaba sus cafés de debates políticos, reunía a intelectuales en salones y tertulias e imprimía decenas de periódicos.

El vacío de poder provocado por la abdicación de los Borbones (Carlos IV y su hijo Fernando VII) y el estado de guerra permite a los liberales redactar el texto de la Constitución, que se proclama el 19 de marzo de 1812. El ideario asume reformas fundamentales, aunque sigue siendo tímido en aspectos como la religión, la libertad de imprenta o la abolición del régimen señorial. Sin embargo, las nuevas ideas sólo habían contagiado a las élites intelectuales, pero no al pueblo, que aplaudió la llegada al trono del 'de-seado' Fernando VII y la feroz represión y exilio de los liberales.

Con la victoria española y la desbandada de las tropas napoleónicas, Marchena tiene que salir apresuradamente de su país para iniciar un segundo destierro en una Francia que ahora tampoco conoce porque se convierte en corte del rey Luis XVIII. Es enton-

político francés. Pero es sólo una tregua que durará hasta 1808, cuando las tropas de Napoleón entran en España.

Marchena presta sus servicios como funcionario del ejército francés destacado en España con una clara intención:

propagar las virtudes de las nue-

vas ideas reformadoras. Acompañará a José I Bonaparte en su viaje a Andalucía, donde reside en su ciudad natal. Desde 1808 a 1810 Sevilla se había convertido en capital de la España libre, sirviendo de refugio a la Junta Central, que reunía a representantes de la soberanía nacional y a toda la administración patriótica de un país en guerra. Sin embargo, con la llega-



SEVILLA se convirtió entre 1808 y 1810, en la capital de la España libre, siendo refugio de la Junta Central de Defensa

Bando de reclutamiento promulgado en el alcázar de Sevilla en 1808.



El enfermo por la Constitución. Grabado satírico referente a la carta magna de 1812. En su pie se lee «No puedo tragarla», a lo que el militar responde: «No hay más remedio». Museo Municipal, Madrid.

ces cuando José Marchena, que ya es conocido de forma despectiva como Abate Marchena — por su anticlericalismo y en alusión a sus breves estudios de Teología —, vuelve a refugiarse en el mundo intelectual.

A pesar de que en España Fernando VII había restaurado el absolutismo, las ideas liberales habían calado, y en 1823 en la localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan el general Riego inicia el breve periodo conocido como Trienio Liberal. Es la oportunidad de Marchena para volver con los exiliados liberales a España e intentar ensayar con más seriedad la verdadera revolución.

Marchena regresa a Sevilla y allí sorprende con su elocuencia y entusiasmo en las sesiones de la Sociedad Patriótica. Pero sus ideas siguen siendo aún difíciles para el tibio liberalismo de sus compatriotas, que además le recuerdan su turbio pasado de afrancesado.

Marchena es expulsado de la Sociedad Patriótica y establece su residencia en casa de un amigo en Madrid. Allí, de-



Proclamación de la Constitución de 1812. Litografía de Godefroi Engelmann.

LA CONSTITUCIÓN DE 1812

El vacío de poder que había generado las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII, propició un ambiente favorable para la primera carta magna española. Reunidas en Cádiz, último bastión de la lucha española contra el invasor francés, las Cortes la proclamarían el 18 de marzo de 1812.

rrotado y abatido, cae enfermo y muere el 31 de enero de 1821, cuando ya adivinaba que la breve época liberal estaba tocada de muerte. No se equivocaba. En 1823 los Cien Mil Hijos de San Luis restablecían a Fernando VII en el trono, que iniciaba así la llamada Década Ominosa, en la que los liberales españoles volvieron a sufrir una terrible represión. Pero los avances inspirados por personajes como José Marchena habían impregnado la política española con especial repercusión en algunos burgueses andaluces que incluso se convertirán en mártires liberales, como Mariana Pineda en Granada o el general Torrijos en Málaga. En un texto que sirve como testamento espiritual, diría Marchena: «Me enorgullezco de ser el primero que ha intentado preparar el espíritu de los españoles para la libertad». La Historia no podía dar marcha atrás. ■

Un rondeño universal

FERNANDO DE LOS RÍOS

El socialismo humanista

El 10 de diciembre de 1920 algunos podían pensar que aquel atildado profesor español estaba algo fuera de ambiente. Le acompañaba otro español, Daniel Anguiano, socialista también como él, que respondía mejor a lo que cabría esperar de un partido obrerista, y tenían delante de ellos al artífice de la revolución rusa que, tres años antes, había producido la consternación del mundo y la ruina de la Rusia zarista

OCTAVIO RUÍZ-MANJÓN

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

AQUEL suspicaz profesor español que se atrevía a poner en duda la obra de la revolución soviética y al que Zinoviev, otro de los líderes revolucionarios, no sabía si juzgar como un ingenuo o un santo, venía de Madrid, enviado por el Partido Socialista Obrero Español para negociar las condiciones de ingreso de los socialistas españoles en la Internacional Comunista, o III Internacional, y se sabía que era un respetado catedrático de Derecho Político de la Universidad de Granada, a la que se había incorporado, de una forma estable,

desde el otoño de 1912. En Moscú no había ocultado sus diferencias con los planteamientos revolucionarios y, finalmente, conseguiría hacer triunfar sus puntos de vista, contrarios a la incorporación a la Tercera Internacional, en el congreso extraordinario del PSOE que se celebraría en abril de 1921. Sería el detonante para la creación de un Partido Comunista español.

Poco más de un año después de aquel viaje, en una carta enviada a Miguel de Unamuno, De los Ríos le explicaba que aquel viaje le había dejado impreso un frenético amor a la libertad de conciencia: "¡Qué cosas oí y vi! De



El político rondeño Fernando de los Ríos.

UNA BREVE SEMBLANZA

Fernando de los Ríos Urruti nació en Ronda un 8 de diciembre de 1879, precisamente el año en el que se fundó el Partido Socialista Obrero Español.

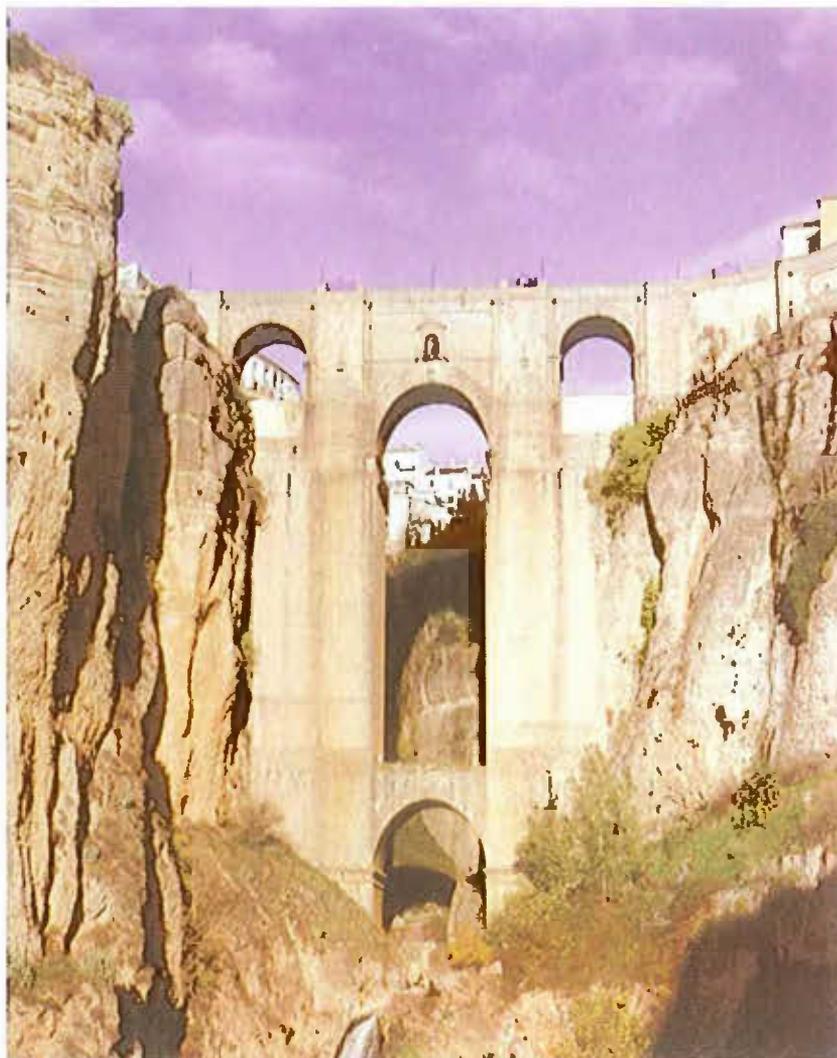
De los Ríos procedía de una familia a la que también perteneció el político liberal Antonio de los Ríos Rosas y era hijo de militar del que quedaría huérfano cuando tan solo contaba cuatro años. Bajo la protección de su tío Francisco, comenzó estudios de derecho en Madrid, después de realizar el bachillerato en Córdoba. Su estancia en la capital del país le sirvió para entrar en la órbita del institucionismo justo en el momento en el que empezaba a tener una cierta proyección pública. Sus primeras estancias como estudiante en el extranjero marcarían la personalidad de quien en 1911 obtendría la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Granada. Comenzaba así una brillante etapa filosófica y política del que habría de ser uno de los más claros exponentes del krausismo español.

muchas de ellas no he querido hablar porque, evidentemente, no son de creencia. ¡Qué huella ha dejado en mí la visita a Rusia...!”

En la órbita de la Institución Libre de Enseñanza

Fernando de los Ríos nacía tres años después de que Francisco Giner de los Ríos hubiera puesto en marcha la Institución Libre de Enseñanza; una universidad libre que trataba de implantar en la sociedad española los impulsos reformadores de la filosofía krausista. El movimiento institucionista habría de significar, en líneas muy generales, modernización de la sociedad a través de un intenso esfuerzo pedagógico orientado al cultivo de la ciencia y de la afirmación de los valores seculares. Con su llegada a Madrid para iniciar los estudios universitarios, Fernando de los Ríos entró en contacto con el institucionismo en un momento en el que éste empezaba a salir de una larga travesía del desierto en la que apenas había tenido proyección pública. En 1907, sin embargo, Giner de los Ríos y su entorno consiguieron que se creara la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, empeñada en modernizar el país por medio del envío de jóvenes al extranjero para que entrasen en contacto con la ciencia y la técnica que se experimentaba en otros países.

El joven rondeño fue uno de los primeros beneficiados por esas becas ya que, a finales de 1908, marchó a Alemania durante quince meses para realizar estudios de Pedagogía y Filosofía. Vuelto a España, obtendría la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Granada en febrero de 1911 y, en julio del año siguiente, se casó en la iglesia de San José de Madrid con Gloria Giner de los Ríos, sobrina carnal de don Francisco. Inició



El Puente Nuevo sobre el tajo de Ronda, localidad en la que nació Fernando de los Ríos.

desde entonces una intensa labor profesional que le convertiría en figura destacada de la vida universitaria y una persona cada día más comprometida con los problemas sociales y políticos de la capital andaluza. Desde Granada, por lo demás, no dejó de estar presente en los asuntos políticos y culturales de la vida madrileña, pues como le escribiera en una ocasión a don Francisco Giner, “metidos en este bellissimo agujero vivimos con el corazón y la cabeza puesta ahí...¡que hacer!”.

De los Ríos seguía muy de cerca el liderazgo que José Ortega y Gasset ejer-

cía sobre los jóvenes intelectuales madrileños y con él participó en la Liga Española de Educación Política, así como en algunas de las empresas periodísticas más significativas de la trayectoria de Ortega, como fueron el semanario *España* y el diario *El Sol*, donde De los Ríos firmaba como experto en temas jurídicos y constitucionales. En lo que no siguió a Ortega fue en la militancia en el Partido Reformista de Melquiades Álvarez, aunque el catedrático granadino colaborase en ocasiones con los reformistas de la provincia.

ENTRE OTROS PROYECTOS, FERNANDO DE LOS RÍOS PARTICIPARÍA CON ORTEGA Y GASSET EN LA LIGA ESPAÑOLA DE LA EDUCACIÓN POLÍTICA



Fernando de los Ríos junto a Julián Zugazagolla, Anastasio de Gracia y Jerónimo Bujeda, fotografiados en 1931 como miembros del partido socialista.

Un intelectual socialista

La atención a lo que ocurría en Madrid no le apartó, en todo caso, de los asuntos locales, en los que se comprometió muy intensamente, empezando por actividades de extensión universitaria, que eran muy propias de la tradición institucionista. También tuvo un destacado protagonismo en la vida cultural de la ciudad a través del Centro Artístico, del que llegaría a ser presidente a los pocos años de estar en Granada, como también lo sería más adelante del Ateneo Científico, Literario y Artístico.

Pero su compromiso más patente lo asumió con los sectores populares que arrostraban las consecuencias de una política caciquil en una sociedad arcaica. Primero fue el compromiso pedagógico y, cuando éste resultó infructuoso, el social, hasta desembocar abiertamente en el compromiso político durante la

crisis social que se agudizó a partir de 1917. A las elecciones de febrero de 1918 se presentó todavía sin la etiqueta de socia-



UNA SINGULAR ELEGANCIA

La elegancia que tanto caracterizaba a Fernando de los Ríos Urruti fue ensalzada en muchas ocasiones durante su vida pública. Aunque fueron varios los periodistas, escritores y políticos que hicieron referencia a ella, sería Federico García Lorca el que más fama habría de darle. La gran amistad que entre ellos mediaba ejercería, sin duda, su natural influencia.

lista—"Mi posición es, independiente de todos, afirmando mi socialismo humanista"—, aunque con el apoyo de las izquierdas granadinas, lo que no le evitó un rotundo fracaso frente a los políticos dinásticos granadinos Manuel Rodríguez Acosta y Juan Ramón Lachica. Las protestas de De los Ríos por las irregularidades del proceso electoral sólo sirvieron como denuncia simbólica del caciquismo político imperante.

Las agitaciones ciudadanas del invierno de 1919 modificaron radicalmente las circunstancias y optó abiertamente por el socialismo al integrarse en su candidatura y obtener su primera acta de diputado en las elecciones celebradas el primero de junio de 1919. Poco después se incorporaría a una reducida minoría socialista junto con Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Indalecio Prieto, Teodomiro Menéndez y Andrés Saborit. Fernando de los Ríos no era un marxista, sino que trataba de

UN MINISTRO REFORMISTA

DURANTE la dictadura de Primo de Rivera mantuvo una actitud de abierto enfrentamiento con el régimen, que le llevaría a la renuncia de su cátedra universitaria y, proclamada la República en abril de 1931, se incorporó a su gobierno provisional como ministro de Justicia. En ese puesto desarrolló una frenética política reformista — quizás excesiva en opinión de Azaña — orientada hacia la efectiva secularización de la vida española, lo que produjo constantes roces con la Iglesia católica. La aprobación del divorcio, la eliminación de las separaciones entre los cementerios civiles y religiosos, y la supresión de los jesuitas están entre las medidas en las que De los Ríos tuvo un mayor protagonismo.

Con ocasión de la crisis ministerial de diciembre de 1931 pasó, ya bajo la presidencia de Manuel Azaña, al Ministerio de Instrucción Pública, en el que consolidó el programa de difusión de la enseñanza primaria que había iniciado su predecesor, a la vez que impulsaba medidas de popularización cultural, de fuerte raíz institucionista, como fueron las Misiones Pedagógicas y el Teatro de la Barraca, que dirigió García Lorca. En el último gobierno de Azaña desempeñó el cargo de ministro de Estado, en el que apenas tuvo

tiempo de realizar ninguna labor significativa. Al pasar a la oposición, tras la victoria de las derechas de noviembre de 1933, De los Ríos experimentó la angustia que le proporcionaba la radicalización del Partido Socialista y, a la vez que se distanciaba de Largo Caballero, disminuyó también su actividad política. Azaña, que mantuvo una intensa conversación con él, a comienzos de aquel año

1934, ha reflejado en su diario el clima de aquel encuentro: “Le dije cosas tremendas. No sé cómo me las aguantó... le impresionaron profundamente, le emocionaron. En cierto momento, se le saltaron las lágrimas”.

La represión política que siguió a la revolución que los socialistas desencadenaron en Asturias, en octubre de 1934, le dieron la ocasión para desarrollar una tarea hu-



Secularización del cementerio de San Fernando (Sevilla). En la imagen, un obrero derriba ante las autoridades el muro que separaba las zonas civil y católica.

manitaria en la que se debió sentir reconfortado, pero la sintonía política con sus correligionarios era muy escasa y, en algún momento, planteó su dimisión en los cargos de dirección del partido, que no le fue aceptada.

Volvió a ser elegido diputado por Granada en febrero de 1936 pero, de acuerdo con las directrices de su partido, se mantuvo al margen de los dos gobiernos de Frente Popular que se sucedieron durante aquella primavera trágica.

aportar al socialismo español unos contenidos humanistas que están bien reflejados en la coplilla que le dedicó Federico García Lorca:

*Viva don Fernando,
barbas de santo,
padre del socialismo*

*de guante blanco.
Besteiro es elegante,
pero no tanto*

La verdad es que la comparación de Federico era un poco injusta, ya que la elegancia de Besteiro también era proverbial y apuntaba más bien a que, aun-

que ambos procedían de los ambientes institucionistas, las respectivas aproximaciones al socialismo habían tenido fundamentos bien diferentes. En el caso de Fernando de los Ríos, su compromiso había sido, además, consecuencia de su profundo compromiso con las clases trabajadoras granadinas y, dado su presti-

LAS AGITACIONES CIUDADANAS DEL INVIERNO DE 1919 HICIERON QUE FERNANDO DE LOS RÍOS SE DECANTASE ABIERTAMENTE POR EL SOCIALISMO, INTEGRÁNDOSE EN SU CANDIDATURA Y OBTENIENDO BAJO ESTA IDEOLOGÍA SU PRIMERA ACTA DE DIPUTADO

gio, no fue extraño que se incorporara inmediatamente a las tareas de dirección del partido. Consecuencia de esas responsabilidades fue el viaje a Rusia con el que se abren estas líneas.

Embajador y profesor en USA

El desencadenamiento de la guerra civil le sorprendió en Ginebra y, después de algunas gestiones diplomáticas en París, fue nombrado embajador en Washington, a donde se incorporó en el mes de octubre para permanecer hasta el final de la guerra. La gestión diplomática fue muy delicada, pero nunca faltaron quienes criticaban a estas personalidades

FERNANDO DE LOS RÍOS OCUPÓ EL CARGO DE MINISTRO DE ESTADO EN EL GOBIERNO REPUBLICANO PRESIDIDO POR GIRAL EN EL EXILIO

que se habían ido al extranjero y a las que se acusaba de haberse quitado de en medio del conflicto. De ahí que, en mayo de 1937, después de haberse constituido el gobierno Negrín, De los Ríos escribiese al también socialista Lamóneda para decirle que estaba dispuesto a acudir al lugar que se le asignase: "Estoy al servicio de la revolución y de la guerra, para todo, absolutamente todo, y lo mismo me da ir

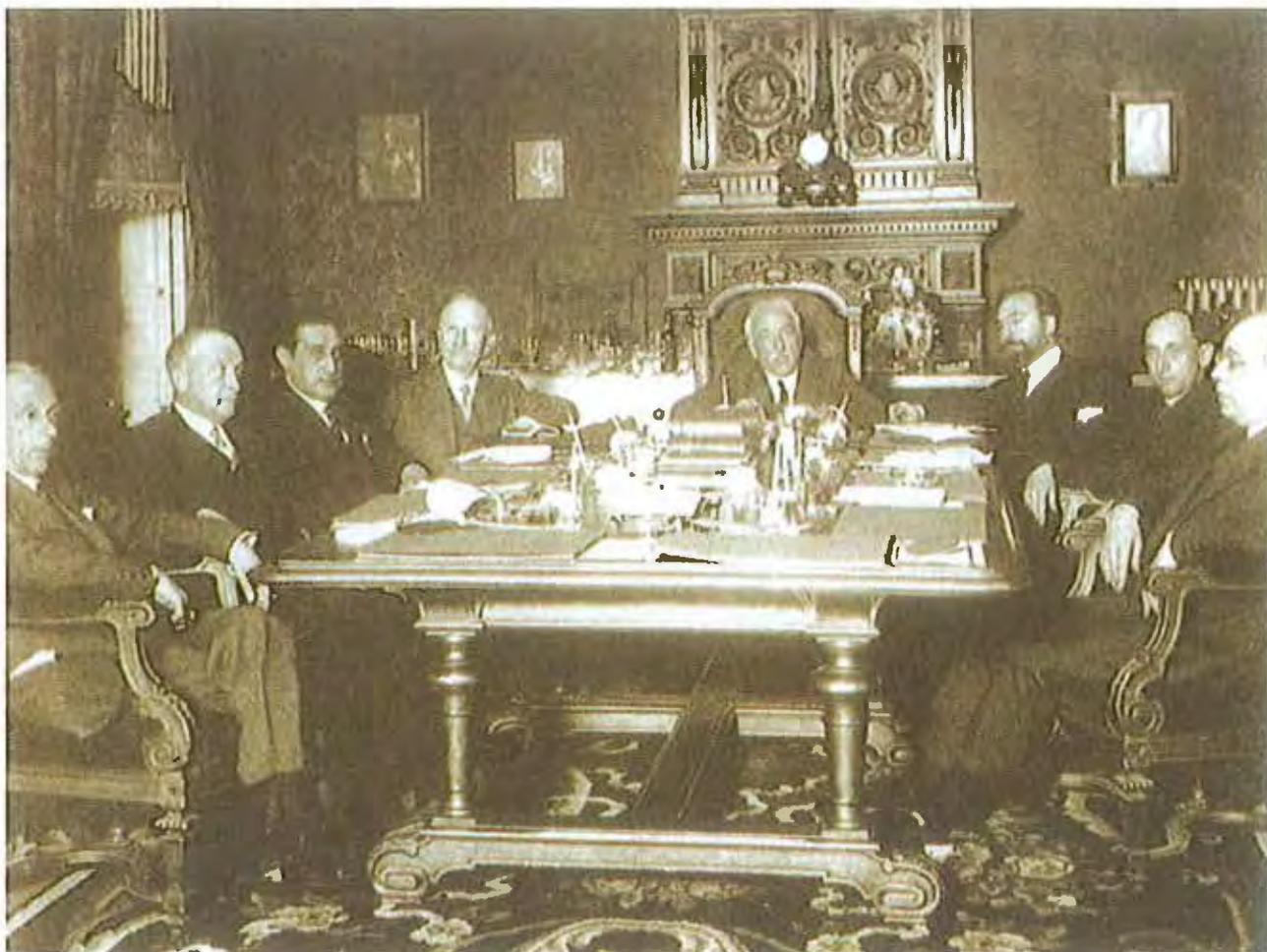
de Comisario a la Alpujarra que servir aquí o en Tokio". No llegaría a producirse esa situación y, cuando se acabó la guerra, encontró trabajo en la New School for Social Research, un centro universitario neoyorquino en el que se habían reunido muchos intelectuales europeos perseguidos por los nazis, a la vez que trataba de abandonar la actividad política y volcarse en una actividad docente que le llevó en 1941, en una gira de seis meses, a visitar casi todos los países iberoamericanos. En cualquier caso, no conseguiría abandonar la actividad política, porque el final de la II Guerra Mundial reavivó las ilusiones de derrocar a Franco y se constitu-



UNA FIGURA SEÑERA DE LA II REPÚBLICA

Tal y como lo demuestra el cartel ilustrativo de la columna, editado en los primeros meses del nuevo régimen político, Fernando de los Ríos fue considerado uno de los personajes más importantes de la II República española.

En el periodo en el que participó en el gobierno de la nación, la presencia andaluza en las élites del poder fue especialmente significativa tanto en número como en relevancia de los cargos ocupados. Entre ellos destacarían los cordobeses Niceto Alcalá-Zamora y Alejandro Lerroux, como máximos responsables del ejecutivo, pero también el sevillano Diego Martínez Barrio, el malagueño Bernardo Giner de los Ríos y otros que, por menos conocidos, no dejaron de ser importantes. Manuel Jiménez Fernández, José Cortés López, los hermanos Domingo y Francisco Barnes Solinas, el granadino José Pareja Yébenes, o los también cordobeses Blanco Torres y Eloy Vaquero, fueron, sin duda, junto a Fernando de los Ríos, andaluces señeros de la II República.



Gobierno provisional de la II República presidido por Niceto Alcalá-Zamora. A su izquierda aparece Fernando de los Ríos Urruti.

yó un gobierno republicano en el exilio, presidido por José Giral, en el que De los Ríos fue ministro de Estado.

El objeto de aquel gobierno era conseguir el reconocimiento de las potencias victoriosas para forzar la renuncia de Franco y conseguir que un nuevo gobierno español hiciera posible un referéndum

con el que los españoles decidieran el tipo de régimen político que preferían. Los resultados obtenidos en la ONU fueron, sin embargo, decepcionantes porque algunos países europeos, especialmente el Reino Unido, temían que España cayera en la órbita de influencia soviética. Los embajadores habían abandonado Madrid a fi-

nales de 1946, pero volverían a los pocos meses. Estados Unidos y el Reino Unido contaban con España en la Guerra Fría que se estaba iniciando, y Fernando de los Ríos, que había consumido buena parte de sus energías en la tarea de luchar contra el régimen, sufrió un grave quebranto de salud y tuvo que retirarse enfermo a su casa de Nueva York. En los últimos quince meses ni siquiera podía ya salir a la calle y no mantenía otro contacto con el exterior que las cartas que le mecanografiaba su mujer.

Fernando de los Ríos moriría en su domicilio neoyorquino el 31 de mayo de 1949. Sus restos serían trasladados al cementerio civil de Madrid en agosto de 1980, donde reposan, junto a los de su mujer, los de su hija Laura y los de su yerno, Francisco García Lorca. ■

MÁS INFORMACIÓN

■ *Fernando de los Ríos y su tiempo*

CÁMARA VILLAR, G. - Universidad de Granada, 2000

■ *Fernando de los Ríos 1879 - 1949*

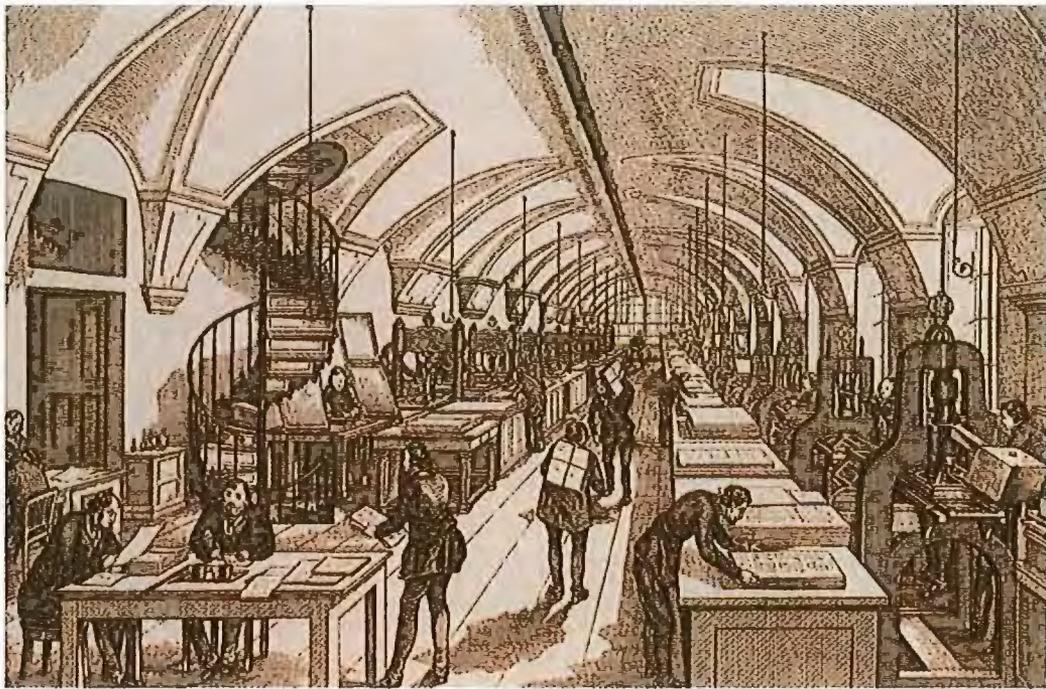
■ Catálogo de la Exposición. Fundación Fernando de los Ríos / Fundación Caja Granada - Granada, 1999

■ *Obras completas*

RÍOS URRUTI, F. DE LOS - Edición a cargo de Teresa Rodríguez de Lecea. 5 volúm. Anthropos y Fundación Caja de Madrid, Rubí (Barcelona) y Madrid, 1997

■ *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*

ZAPATERO, V. - Pre-Textos. Diputación de Granada. Madrid, 1999.



Grobado de época reproduciendo un taller de imprenta.

IMPRESORES Y LIBREROS

en la Sevilla del Barroco

La grave crisis que sufrió la monarquía hispánica en el siglo XVII fue vivida, posiblemente, en Sevilla con más intensidad que en ninguna otra ciudad del país. La difusión del saber y la cultura a través de los libros también se vería afectada por la inestabilidad de esta época

JOSÉ CALVO POYATO

DOCTOR EN HISTORIA

LAS RAZONES de esa grave crisis habría que buscarlas en la progresiva reducción del comercio con las Indias, que había sido uno de los elementos fundamentales de su espectacular crecimiento en el siglo XVI, en la crisis monetaria que zarandó la economía, básicamente comercial de la ciudad, y en la grave epidemia de peste que asoló Sevilla en 1648, dejando el vecindario reducido a

la mitad, como consecuencia de una mortandad que en pocos meses acabó con la vida de sesenta mil sevillanos.

La crisis del siglo XVII llega también a las prensas sevillanas

Esa crisis también tuvo su reflejo en una actividad como la impresión y el mercado de libros. La producción editorial de la ciudad, muy pujante durante el quinientos, sufrió una drástica reducción.

La producción editorial hispalense, que en sus momentos de esplendor fue una poderosa industria cuyos productos no sólo satisfacían la demanda local, sino que una buena parte de sus impresos se destinaban a la exportación, se redujo a niveles pueblerinos porque los fundamentos que la habían impulsado se hundieron estrepitosamente. Según Santiago Montoto, *La riqueza de la metrópoli bética, su tradición literaria, lo populoso de su pobla-*

ción, la exclusiva de su comercio con las Indias, contribuyeron a no dudar, al esplendor de la tipografía. Sevilla fue un gran centro productor de libros impresos, fabricados con mira, no sólo al consumo de la ciudad, sino al mercado del mundo. Así se explica la multiplicidad de las ediciones y lo copioso de sus tiradas.

Estos esplendores que aún encontramos en los primeros años del siglo XVII se hundieron a mediados de siglo según pone de manifiesto el balance de los impresos sevillanos a lo largo de dicha centuria.

Es conveniente señalar que muchos de los impresos cuantificados eran hojas y pliegos sueltos, o a menudo, folletos que apenas superaban la veintena o treintena de páginas y que en la inmensa mayoría de los casos no alcanzaban el centenar. Así, por ejemplo, de los treinta y siete impresos cuantificados para la década de los sesenta —la peor de toda la centuria—, veinte de ellos se encuentran en las condiciones mencionadas. Pero no debemos pensar que se trata de una consecuencia de la crisis, porque de los doscientos veintiséis publicados en los años veinte, cien-



LA PICARESCA ESTUVO MUY EXTENDIDA EN LA INDUSTRIA EDITORIAL SEVILLANA

to treinta y dos se deben considerar como publicaciones menores.

De las prensas sevillanas salieron tanto obras de autores afamados y de reconocido prestigio, como de oscuros auto-

Grabado representando un establecimiento de librería tal y como los que existieron en Sevilla en la etapa barroca.

res. Se imprimió, tanto con pie de imprenta, es decir con todos los requisitos, que no eran pocos, exigidos por la legalidad vigente, como de forma fraudulenta.

Esta última práctica llegó a tales extremos que Lope de Vega, en su obra *Un castigo sin venganza*, llegó a afirmar: *que la tengan por mía porque no es impresa en Sevilla*. Mientras que Rojas Zorrilla, otro de los grandes de la época, señalaba: *Imprimen en Sevilla las comedias de los ingenios menos conocidos en nombre de los que han escrito más: si es buena la comedia usurpando a su dueño las alabanzas, y si es mala, quitando la opinión a quien la ha escrito. Habrá quince días que pasé por las gradas de la Trinidad y entre otras comedias que vendían en ellas, era el título de una: "Los desatinos del Amor, de D. Francisco de Roxas". No me basta (dije) mis desatinos, sino que en mi nombre me bautizan los ajenos.*

Don Juan de Vera Tassis y Villarroel en una *Advertencia a los que leyeren* reallizada para una edición de las comedias de Calderón de la Barca advertía sobre



Biblioteca en la habitación donde trabajaba Lope de Vega.

LA LECTURA DE LOS SEVILLANOS

La inspección que realizó don Juan de Góngora, iniciada en la segunda quincena de marzo de 1641, en la última de las imprentas señaladas, nos pone en contacto con una serie de obras que muestran por dónde iban los gustos literarios de la época. Se hallaron, entre otras cosas, mil quinientos ejemplares de la novela de Pérez de Montalbán: *Sucesos y prodigios de amor*. Tres mil ejemplares del *Arte de Antonio*, es decir, una obra del famoso Antonio de Lebrija cuyo título era *Introducciones latinae*. Mil quinientos ejemplares de *El perfecto cristiano* y otros mil doscientos de *Oraciones y ejercicios*.

Junto a ellas, tres mil ejemplares de diversas comedias, entre las que se contaban obras de Lope de Vega, como *No son todo ruiseñores*, *En el engaño el remedio* o *Sueños que no son verdad*, otra de Pérez de Montalbán o de Tirso de Molina con el título de *Los amantes de Teruel*, otra obra del ecijano Vélez de Guevara: *Reinar después de morir* o *El valiente negro en Flandes*, de Andrés de Claramonte.

Retrato de Lope de Vega.



LAS PESQUISAS EN LAS IMPRENTAS INDICAN QUE LOS SEVILLANOS TENÍAN GUSTOS MUY CONCRETOS A LA HORA DE LEER

vivió un verdadero peregrinaje y estuvo ubicada al menos en la Alameda de Hércules, en la calle de la Sierpe, posteriormente en la de las Armas y finalmente en el callejón del Colegio Inglés, llamado también callejón de los Estudiantes. La de Pedro Gómez de Pastrana, heredero de toda una estirpe de impresores, se encontraba en la calle de los Papeleos, junto a la Cárcel Real; mientras que la de Nicolás Rodríguez se ubicaba en la calle Génova, verdadero eje tipográfico sevillano.

Parece ser que Nicolás Rodríguez no poseía licencia para imprimir ninguna de dichas obras, aunque el editor señalaba que lo había hecho por encargo de libreros e instituciones que estaban provistos de sus correspondientes autorizaciones y mostró licencias obtenidas para otras obras que estaban en sus prensas, como eran otras comedias de Lope de Vega y alguna de Ruiz de Alarcón. Pese a sus alegaciones, fue condenado a la confiscación de

los libros y a ser encarcelado, aunque con la posibilidad de salir libre bajo fianza, como ocurrió al depositar la cantidad fijada para su libertad un mercader de libros, vecino de la collación de Santa María, llamado Juan López Román. En su defensa declararon algunos libreros de la ciudad, alegando que algunas de las obras halladas eran producto del trueque con otros libreros y, efectivamente, alguna institución, como el Hospital general de Madrid, quien declaró tener privilegio para imprimir el *Arte de Antonio* y que le habían encargado una edición al impresor sevillano.

Otro de los encausados, Pedro Gómez de Pastrana, estaba en una situación más complicada que la de su compañero

Nicolás Rodríguez, ya que reconocía no tener licencia para editar algunas de las obras salidas de sus prensas, como era el caso de unas *Coplas manuales y ordinarias para muchachos de escuela*. En prensa tenía una serie de obras de contenido religioso tales como *El perfecto cristiano* y otras de



Portada de un libro editado en el siglo XVII con las comedias de Lope de Vega.

fray Luis de Granada o fray Pedro de Alcántara para las que alegaba tener licencias antiguas. Le fueron embargadas y puesto

en prisión, de la que salió gracias a la fianza que depositó un tal Juan Beleño. Pese a sus protestas, Gómez de Pastrana no pudo mostrar licencias de varias de sus obras, por lo que fue condenado a su pérdida y a la de los moldes y aparejos para las dichas impresiones, así como a una multa de treinta mil maravedíes, equivalentes a ochenta ducados; lo que suponía una cantidad respetable, equivalente al salario de más de medio año de un oficial artesano.

También a Francisco de Lira, el tercero de los encartados, le fueron embargadas una serie de obras de carácter religioso, tales como el *Catón cristiano*, *El síndico apostólico* o *El perfecto cristiano*. En la prensa estaba la *Guía de pecadores*, de fray Luis de Granada, y un *Examen de confesores*. Junto a ellas, numerosas comedias, alguna de ellas de Guillén de Castro. En su defensa alegó que algunas obras eran producto de intercambios y que algunas eran restos de antiguas ediciones para las que tenía la correspondiente licencia. Reconoció no tener licencia específica para imprimir un catecismo de la doctrina cristiana porque era costumbre en tal tipo de obras imprimirlas con la primera licencia que para ello se concedía. Pese a sus alegaciones, fue encarcelado al igual que sus colegas y salió de prisión gra-

Grobado con los Sueños del doctor don Diego de Torres, en el que se aprecia una biblioteca de la época.



cias a la fianza depositada por el librero López Román, el mismo que la entregó para liberar a Nicolás Rodríguez. La sentencia le condenó a la pérdida de numerosas obras, entre ellas las comedias de Guillén de Castro, el catecismo del padre Ripalda y otras obras religiosas. También se le confiscaron los moldes y otros elementos para la impresión y se le impuso una multa de treinta mil maravedíes.

Los tres editores apelaron las sentencias, pero ignoramos la suerte que corrieron dichas apelaciones. Sí sa-

bemos que, pese al quebranto para su negocio que hubo de suponerles la actuación del juez Góngora, los tres continuaron en la actividad tipográfica en los años siguientes.

Al hilo de las pesquisas judiciales salieron a la luz importantes elementos para conocer la actividad de la imprenta en Sevilla por aquellas fechas. Así, por ejemplo, se puso de relieve la importancia en el mundo editorial de las obras de carácter religioso, donde *El perfecto cristiano* era obra común a todas las imprentas. También las obras de



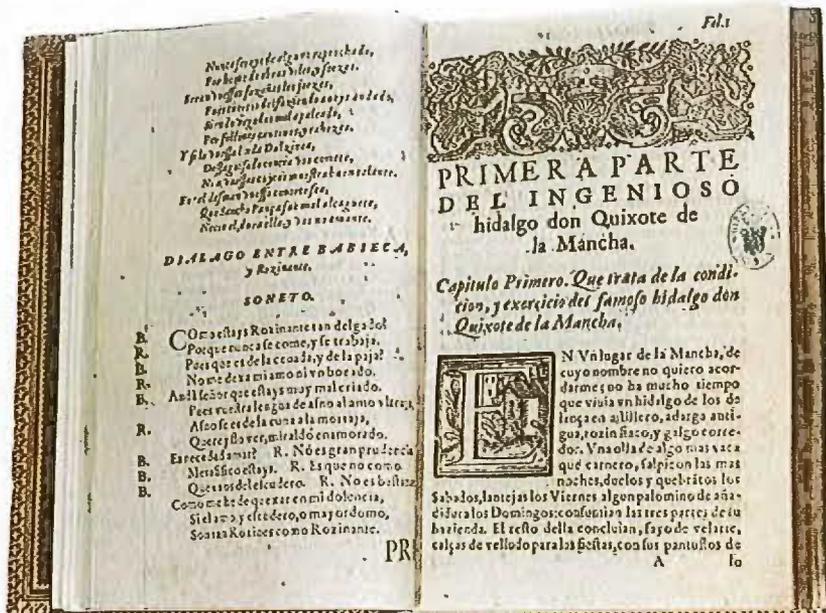
FRAY LUIS DE GRANADA era uno de los autores cuyos libros de carácter religioso más divulgados estaban en la Sevilla del barroco

Fray Luis de Granada según un dibujo de Diego Antonio de Rejón y Silva, 1785.

fray Luis de Granada gozaban del favor del público, así como las comedias de los grandes "ingenios", entre

Edición barroca de El Quijote conservada en la Biblioteca Nacional.

los que destacaba sobre todos Lope de Vega, acompañado de figuras como Ruiz de Alarcón, Rojas Zorrilla, Vélez de Guevara o Guillén de Castro. Junto a ellos, figuras que entonces gozaron del favor del público, pero que el paso del tiempo situó en un plano menos importante, como es el caso de Pérez de Montalbán, novelista y autor teatral. También había interés por los llamados entonces calendarios y pronósticos, que se hacían anualmente, como el que solicitaba editar el impresor Juan Gómez de Blas, bajo el título de *Pronóstico lunario para el año que viene de 1641* u otro titulado *Pronóstico gracioso, redículo y de disparates para el entretenimiento de las gentes*. Frente al predominio de la literatura religiosa y de las obras de teatro, la novela aparece en una proporción mucho más reducida, no alcanzando el diez por ciento de los títulos recogidos, siendo el más repetido la *Historia de Oliveros*.



DURANTE LA ETAPA BARROCA, LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN ERA FUERTEMENTE CENSURADA POR EL PODER

En cuanto a las tiradas de las ediciones, aunque algunas expresiones como *veinte balas* (en clara alusión a las resmas de papel utilizado) no resultan muy explícitas, se repite varias veces la cifra de mil quinientos ejemplares para ediciones acabadas, lo que parece indicar que era ese un número habitual durante la época.

También al amparo de las pesquisas judiciales sabemos que algunos de los libreros instalados en Sevilla eran verdaderos mercaderes de libros con una vasta red de relaciones comerciales que se extendían por numerosas ciudades, como era el caso de Juan López Román, cuyas actividades se extendían a Toledo, Cuenca, Valladolid o Madrid; precisamente por aquellas fechas esperaba el envío desde la corte de

tades por causa de los arrieros y de las inclemencias del tiempo.

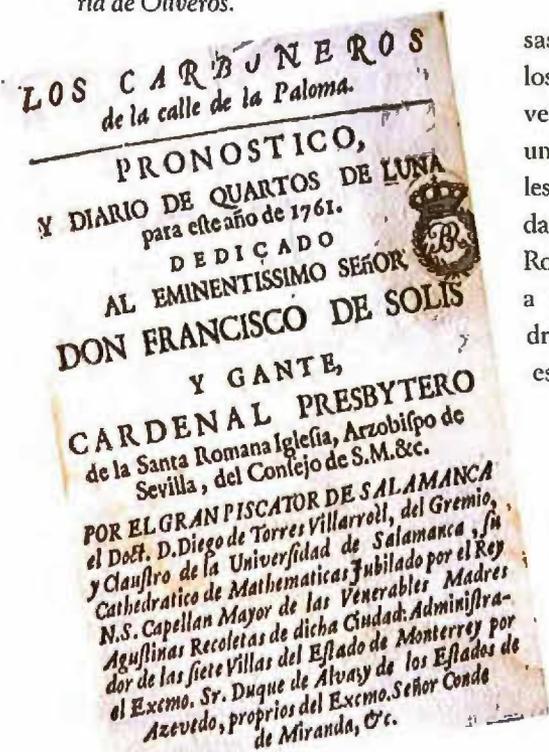
En definitiva, la libertad de expresión, que nunca ha sido del agrado del poder establecido, era entonces una quimera y un delito gravemente perseguido. Algunos impresores de la Sevilla del Barroco, que vivió en el mundo editorial una crisis muy similar a la que sufrió en otros órdenes de la vida, asumieron ciertos riesgos, aunque en ningún caso transitaran, que sepamos, por la senda de la heterodoxia, y de sus prensas salieron las obras que el público de entonces demandaba: mucha religiosidad y mucho teatro. ■

MÁS INFORMACIÓN

- *Orto y ocaso de Sevilla*
DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. - SEVILLA, 1981
- *La imprenta en Sevilla*
HAZAÑAS Y LA RÚA, J. - 2 volúmenes. Sevilla, 1945
- *Tipografía hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta finales del siglo XVIII*
ESCUDERO Y PEROSO, F. - Madrid, 1894

Durante la etapa barroca se dedicaron muchos libros a personajes relevantes de Sevilla, como el que aquí se reproduce, impreso en honor del cardenal Francisco de Solís y Gante.

una edición completa —en total veinte balas de libros— de una obra titulada *Celada sobre Judit*, que estaba llegando a la aduana hispalense con grandes dificul-



GUERRA DE LAS COMUNIDADES



Los Comuneros. Antonio Gisbert, 1860. Palacio del Senado, Madrid.

DOÑA MARÍA PACHECO una andaluza rebelde

Hace algo más de quinientos años, nació en Granada una niña, María de Mendoza y Pacheco, que iba a dar mucho que hablar en su tiempo para ser después olvidada como si nunca hubiera existido. Luchó y perdió, y no hay sitio en la Historia para los perdedores

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

HISTORIADORA

CUALQUIER persona que se interese por la revuelta de las Comunidades encontrará una historia fascinante desde todos los puntos de vista. La insurrección de pueblos y ciudades, de personas dispuestas a defender sus libertades oponiéndose a la oligarquía de la época y al propio rey,

un personaje divinizado e intocable, fue un hecho insólito a principios del siglo XVI, recién salidos de la Edad Media. Hasta fechas muy recientes, los historiadores presentaban el movimiento comunero como un movimiento de protesta liderado por nobles e hidalgos y dejaban al pueblo a un lado. Aunque en un principio fue así, en protesta por la presencia en los

cargos principales de la gobernación de los consejeros flamencos de Carlos I, estudios más recientes hablan de la intervención popular que lo hizo posible, de exigencias sociales muy alejadas de los intereses nobiliarios, de miles de personas libres que lucharon y se sacrificaron por un ideal. Sin embargo, en lo referente a doña María Pacheco, parece haber un

pacto de silencio puesto que ni los estudiosos más críticos le conceden más de dos líneas en sus trabajos, y éstas casi siempre en un tono negativo. Dan crédito a los cronistas de la época, quienes no pudieron aceptar que una mujer de la nobleza, rica y culta, osara hacer frente a su propia clase, a sus parientes, al rey.

Doña María Pacheco, hija de don Íñigo López de Mendoza, virrey de Granada, conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar, y de doña Francisca Pacheco, hija del marqués de Villena, uno de los hombres más ricos e influyentes de la época, nació hacia 1496, en Granada, en un palacio de ensueño, en La Alhambra. Al igual que todos los hijos e hijas de Mendoza, tanto legítimos como ilegítimos, recibió una educación exquisita. El virrey, un hombre renacentista que había sido embajador de Fernando “el Católico” ante la Santa Sede, tenía muy claro que la educación

era poder. A los quince años, María hablaba latín y



Alegoría de Carlos I. Cuadro pintado por Rubens. Galería de la Residencia, Salzburgo.

Y a esa edad, quince años, don Íñigo decidió casarla.

No optó por un príncipe, un noble o un hombre adinerado para la más inteligente y hermosa de sus hijas. El elegido fue Juan de Padilla, hijo de un pequeño señor de Toledo, cinco años mayor que ella, sin fortuna propia y militar de profesión. Por no tener, no tenía ni el derecho de llevar el “don” delante del nombre. Su único mérito aparente era ser sobrino de don Gutierre de Padilla, comendador mayor de la

orden de Calatrava. Al conocer la identidad del hombre a quien era destinada, la joven consideró que la abocaban a una unión desigual en linaje, cultura y riqueza; se enfureció y retiró la palabra a su padre, al Gran Tendilla, al todopoderoso virrey. A pesar de la oposición de la obligada novia, el desposorio entre doña María Pacheco y Juan de Padilla tuvo lugar en Granada, el día 18 de agosto de 1511, en el palacio que la había visto nacer, en el que había crecido, protegida, rodeada de lujos, de sirvientes

griego, sabía historia, literatura, música, religión y matemáticas. Era una joven inteligente, tenaz, con mucho carácter, que decidió elegir el apellido de su madre — en aquel tiempo podía elegirse uno de los cuatro apellidos — porque dos de sus hermanas también se llamaban María. Sin embargo, ni la familia ni los maestros imaginaron jamás que la joven educada para ocupar un puesto en la sociedad más encumbrada fuera un día a dirigir una revolución que, de haber triunfado, habría dado un vuelco radical a la política en España.



Hasta la definitiva imposición de las armas de fuego, la ballesta estuvo presente en los conflictos bélicos que se dieron en Europa, entre ellos la guerra de las Comunidades. Detalle de un ballestero del cuadro *El Martirio de San Sebastián*, por Gregorio López, siglo XVI. Museo de Arte Antigo, Lisboa.



La guerra de las Comunidades generó una amplia documentación de gran importancia hoy para su estudio. Sello imperial de Carlos I, siglo XVI. Archivo General de Simancas.

TRAS SU MATRIMONIO CON JUAN DE PADILLA, MARÍA PACHECO SE HIZO PARTÍCIPE DE LOS IDEALES Y DEMANDAS DEL QUE HABRÍA DE SER UNO DE LOS PRINCIPALES IMPULSORES COMUNEROS

moriscos, de jardines y fuentes. Recibió como dote cuatro millones y medio de maravedíes, una verdadera fortuna, a cambio de que renunciara a cualquier reclamación sobre la herencia paterna, que iría a parar al primogénito, Luis Hurtado de Mendoza.

Si don Íñigo hubiera elegido para su hija un noble, con fortuna y posición en la corte, tal vez doña María se habría

limitado a llevar una existencia tranquila, alejada de las intrigas políticas y de las penalidades del pueblo, entregada a su familia, a las labores y a la lectura al igual que tantas otras damas de la aristocracia. Quizás habría actuado como la sociedad de su tiempo esperaba de las mujeres en general y de las nobles en particular, a las que únicamente se tenía en cuenta para parir hijos, cuantos más mejor, para asegurar la continuidad del linaje. Sin embargo, eligió a un joven honesto, influenciado por las nuevas ideas que llegaban de los círculos intelectuales europeos, y que adoró a su mujer desde el primer momento y fue correspondido por ella. El destino de ambos quedó así marcado. En efecto, el rechazo inicial de María se transformó en un amor apasionado. No era mujer para someterse a arreglos por interés, para admitir

las cosas se hicieran a medias. Cuando asumía una situación, la asumía con todas sus consecuencias, para bien o para mal. A partir de su boda fue una con su marido. Ambos se amaban, eran jóvenes y tenían por delante toda una vida repleta de proyectos. Juan fue nombrado alcaide de una de las fortalezas de la zona de Alcalá la Real, en Jaén, posiblemente Martos o Cazorra; ella lo acompañó durante algunas temporadas, aunque se refugió en el palacio rojo para dar a luz a un niño al que pusieron de nombre Pedro.

Las relaciones con Luis, el hermano mayor y heredero de su padre, se agriataron. El futuro marqués era firmemente partidario del príncipe Carlos de Gante, primogénito de doña Juana I y de don Felipe, llamado "el Hermoso", mientras que Juan se decantaba por Fernando, el segundo hijo de aquellos, que se había criado en España y era el favorito de su abuelo materno. Don Íñigo, mientras, enfermaba y se consumía poco a poco. A pesar de, según sus propias palabras, apreciar a su yerno y de quererlo como a un hijo, se desentendió de la polémica que enfrentaba a los dos cuñados y murió en Granada, la ciudad que ayudó a conquistar y gobernó durante casi veinticuatro años. Juan aceptó entonces ocupar el cargo que dejaba vacante su padre como capitán de gentes de armas de Toledo. La pareja abandonó

la tierra de viñedos y olivos, acariciada por el sol y el mar, repleta de aromas, testigo del nacimiento de su amor y de su felicidad, y partió hacia la ciudad del Tajo. Se

Dúptico flamenco en el que aparecen los hijos de Felipe el Hermoso y Juana la Loca. Anónimo, siglo XVI. Museo de Santa Cruz, Toledo.





Mapa en que se representa la situación bélica de las distintas ciudades españolas en la guerra de las Comunidades.

apostaron en una casona del barrio de Santa Leocadia, propiedad de la familia Padilla, de factura sobria y sin el lujo y refinamiento a los que la joven de veintidós años estaba acostumbrada; pero era la ciudad del hombre que amaba y, por tanto, también la suya. Mientras criaba a su hijo y se ocupaba de la administración de la casa, se reunía con otras damas ilustradas con las cuales compartía intereses culturales y, de manera muy especial, las nuevas corrientes intelectuales que, procedentes de Europa, llegaban a España con cuentagotas. Pudo leer a Platón en griego y también en latín a Erasmo, Tomás Moro, Pico della Mirandola, humanistas avanzados a su época, propulsores de las ideas de igualdad, justicia y gobernabilidad que cien años más tarde llevarían a la revolución inglesa de Cromwell



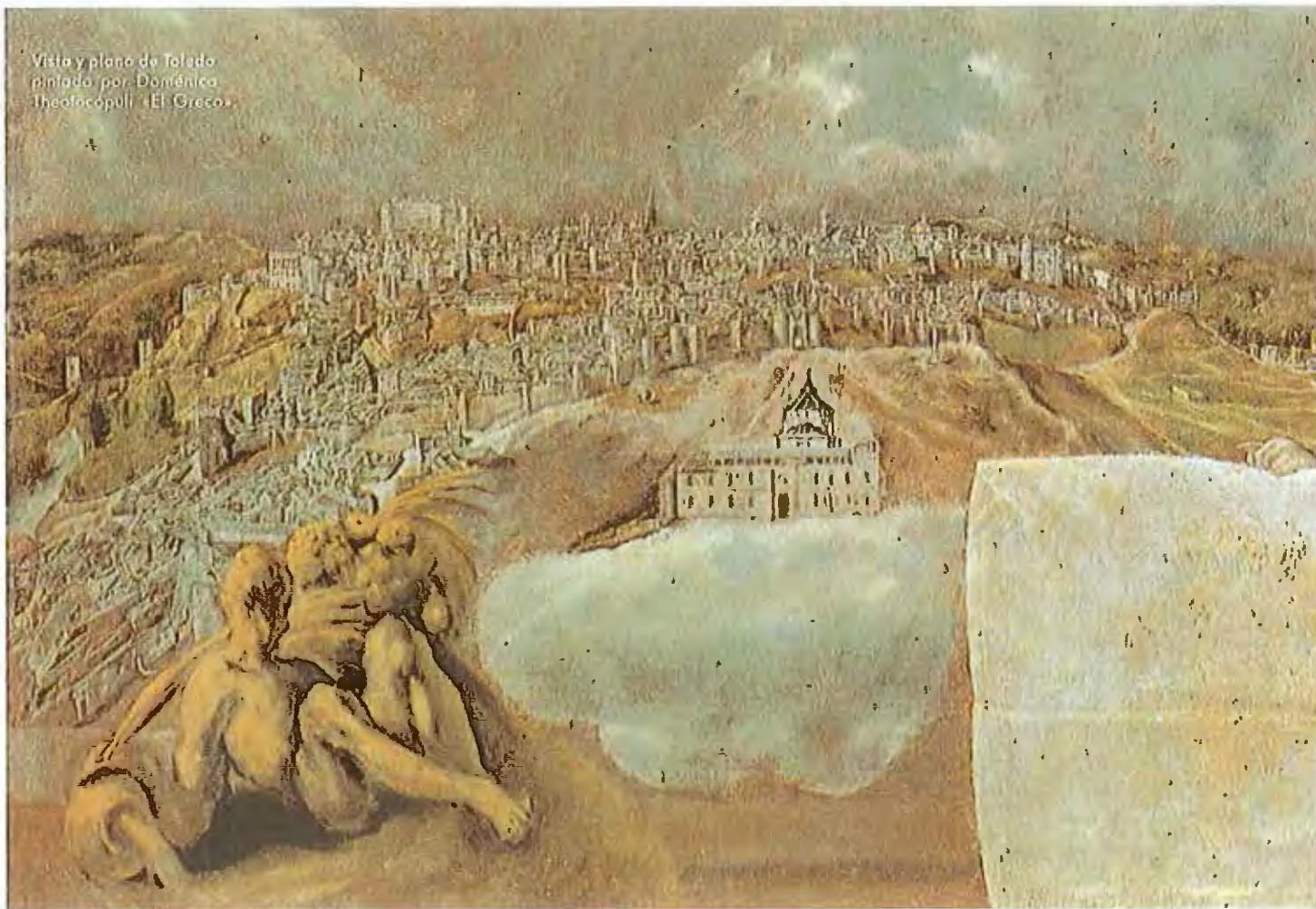
CARLOS V, EMPERADOR

Bajo palio y acompañado por el papa Clemente VII, el nieto de los Reyes Católicos era coronado emperador en Bolonia. Se convertía así en Carlos I de España y V de Alemania.

y doscientos años más tarde a la revolución francesa.

Poco después, las cosas comenzaron a ponerse feas. A pesar de que su madre, doña Juana I, estaba viva y había sido jurada, don Carlos fue proclamado rey en Bruselas, en marzo de 1516. Era un mozalbete que ignoraba la lengua de sus súbditos y pasaba el tiempo divirtiéndose mientras sus consejeros flamencos hacían y deshacían y, de paso, se llenaban los bolsillos con el oro que sacaban de España. La sequía apretaba duro y el pan no llegaba a las mesas; la mejor lana del país partía hacia Flandes; los tejedores, artesanos y pequeños comerciantes no tenían trabajo, y los nobles, ricos propietarios de tierras y ganados, hacían su agosto comerciando con los países con los cuales compartían rey. Las ciudades protestaron. El emperador

Vista y plano de Toledo
pintado por Doménico
Theotocópuli «El Greco».



Maximiliano había muerto y los príncipes electores de Alemania ofrecieron al joven Carlos el trono del Imperio a cambio de una ingente cantidad de dinero. El rey exigió el dinero al pueblo. Las ciudades protestaron y no se les escuchó, pidieron que el rey permaneciera en su reino, que los nobles también pagaran impuestos, que todos los ciudadanos fueran iguales en derechos y responsabilidades, y no se les escuchó. Ochenta y tres demandas presentaron al rey con motivo de su coronación en Valladolid

y ninguna les fue concedida. El enfrentamiento era inevitable.

Al morir ejecutado Juan de Padilla en Villalar, el día 23 de abril del año 1520, doña María, que había gobernado Toledo en su ausencia, se hizo con el mando y mantuvo la rebeldía contra las tropas imperiales durante casi nueve meses. Es en este momento cuando aparece en la Historia para desaparecer de ella poco después. Tenía veinticinco años, joven para nuestra época, madura en el siglo XVI. ¿Qué impelió a una viuda, que pudo haber rehecho su vida al

abrigo de su poderosa familia, a adentrarse en el aventurado y peligroso mundo de la política manejado en exclusiva por hombres? ¿A arriesgar la vida? Las crónicas apenas la mencionan y, cuando lo hacen, es para denostar su comportamiento, acusarla de ambiciosa, egoísta, mandona; de haber alentado la desobediencia en Juan de Padilla, querer ser reina, mantener la rebelión en venganza por la muerte de su marido cuando las demás ciudades ya se habían rendido. No hay lugar

Don Carlos era aclamado en Bruselas mientras que en muchas ciudades españolas surgía el germen de la sublevación comunera

Casco de Carlos I. Armería Real, Madrid.





Óleo de Manuel Picolo representando la batalla de Villalar. Colección privada.

LA DISCIPLINA CASTRENSE DE MARÍA PADILLA

También fue motivo de reprobación el linchamiento de los dos hermanos Aguirre por parte de la población sin que ella moviese un dedo para impedirlo. Ahora bien, estos dos hombres habían sido encargados de llevar dinero a Juan de Padilla para pagar a sus hombres y adquirir provisiones, pero ante el avance de las tropas realistas, optaron por guardárselo; regresaron a Toledo tras la derrota de Villalar e intentaron convencer a los vecinos para que se rindiesen. No es difícil de entender el estado de ánimo de los toledanos y tampoco el de doña María, recién viuda, enfrentada ante un terrible dilema: claudicar o resistir. Optó por lo segundo. Como comandante en jefe de una plaza fuerte mantuvo la disciplina como cualquier militar lo hacía en su puesto de mando.

en dichos juicios para la mujer culta, la que liberó a sus esclavos, renunció a las alcabalas que recibía por algunas posesiones, partió al exilio sin nada encima, puesto que había entregado dinero y joyas a la causa y vivió en la pobreza hasta su muerte. Lo cierto es que los toledanos la siguieron hasta el final. Toledo era en aquel entonces la ciudad de España con más habitantes, unos cincuenta mil. Resulta incomprensible que tantos hombres y mujeres, viejos y jóvenes, siguieran a una mujer por el simple hecho de ser la viuda de un dirigente amado — y respetado incluso por sus enemigos —. Algo más lo hizo posible: su entrega, la capaci-

dad para dirigir a hombres de armas y arengar a la población, el ejemplo, la convicción y el deseo profundo de llegar a un acuerdo con sus enemigos y firmar una rendición honorable para evitar represalias a la ciudad, sabiendo que era imposible resistir indefinidamente ante una fuerza militar muy superior.

Sería necesario mencionar también algunos episodios un tanto oscuros ocurridos durante los meses de su mandato que salen a colación siempre que se habla de doña María Pacheco. Lo que en cualquier dirigente político o militar de la época habría sido disculpado, o incluso se justificaría, no lo es en su caso, y eso

teniendo en cuenta que los hechos de armas, quema de pueblos enteros, asesinatos, robos y otras atrocidades cometidas por ambos bandos durante aquella guerra civil sobrepasaron con creces los que fueron considerados “excesos” de esta mujer andaluza de frágil salud y voluntad de hierro.

Los canónigos de la catedral apoyaron el levantamiento comunero en un primer momento, pero se retractaron enseguida e hicieron lo posible para que fracasara. Todos ellos eran miembros de familias nobles o adineradas cuyos privilegios de clase estarían en peligro si el movimiento triunfaba. La catedral poseía un

AL MORIR EJECUTADO EN VILLALAR JUAN DE PADILLA, SU ESPOSA MARÍA PACHECO SE HIZO CON EL MANDO EN LA CIUDAD DE TOLEDO Y MANTUVO LA REBELDÍA CONTRA LAS TROPAS IMPERIALES DURANTE CASI NUEVE MESES



la Vega o don Pedro Girón—. Se mantuvo firme hasta el final, no renunció a sus ideas, ni a las de su compañero, ni a las de los miles de personas, artesanos de todos los oficios, campesinos, clérigos menores, escribanos, médicos, maestros, que empeñaron sus vidas, sus bienes y su comodidad por un reino mejor gobernado, más justo, más social. Fue enterrada en el altar de San Jerónimo de la catedral de Oporto y no vio cumplido su deseo postrero de regresar a España para ser enterrada junto a los restos de su marido.

Varios años después de su muerte, un impresor italiano dejó escrito que si la obra de doña María Pacheco hubiera sido editada, compartiría espacio con los grandes escritores de su tiempo. Nadie puede saber lo que pasaba por la cabeza y el corazón de esta mujer porque sus escritos desaparecieron, o los destruyeron, o están por ahí perdidos en una biblioteca, pero mientras aparecen, si es que alguna vez lo hacen, nos queda la imagen de una joven andaluza, apasionada y rebelde. ■

tesoro de incalculable valor y doña María exigió la entrega de parte del mismo para sufragar la lucha, a lo cual los canónigos se negaron. Acompañada de sus hombres y precedida por dos pajes descalzos, ella misma entró en el Sagrario, el lugar donde se guardaba el tesoro, y se llevó una cruz y algunos objetos de plata para pagar a los soldados. Asimismo, ordenó descolgar las campanas para fundirlas y hacer cañones con el bronce. Estos dos hechos causaron una gran conmoción y fueron debidamente aireados en su contra.

Después de firmar el tratado de la Sisa que, dicho sea de paso, no fue ratificado por el rey, las tropas realistas entraron en Toledo y doña María abandonó el Alcázar, pero no entregó las armas. Durante tres meses, ambos bandos convivieron dentro de la ciudad hasta que la víspera de San Blas, el día 3 de febrero de 1522, los imperiales provocaron a los comuneros y ése fue el final de un sueño sin futuro. Doña María huyó, acompañada por unos pocos fieles, y se refugió en Portugal. Allí malvivió durante nueve años, protegida por el arzobispo de Braga primero y por el obispo de Oporto después. Fue condenada a muerte en rebeldía por Carlos I. Sus hermanos Mendoza, consejeros y ami-

gos del rey, intentaron en alguna ocasión interceder por ella alegando su débil estado de salud y el hecho de que ya no supusiese ningún peligro para la corona, pero no lograron conmovérselo. Si ofensa había sido desobedecerle, oponerse a sus designios y alzarse en armas contra su gobierno, mucho más grave era que, en sus últimos coletazos, la rebelión hubiera sido dirigida por una mujer. Nunca la perdonó, ni después de muerta. Se sabe que vivió en la pobreza, auxiliada por algunos amigos portugueses. Su poderosa y riquísima familia no la ayudó económicamente. Había jugado y había perdido.

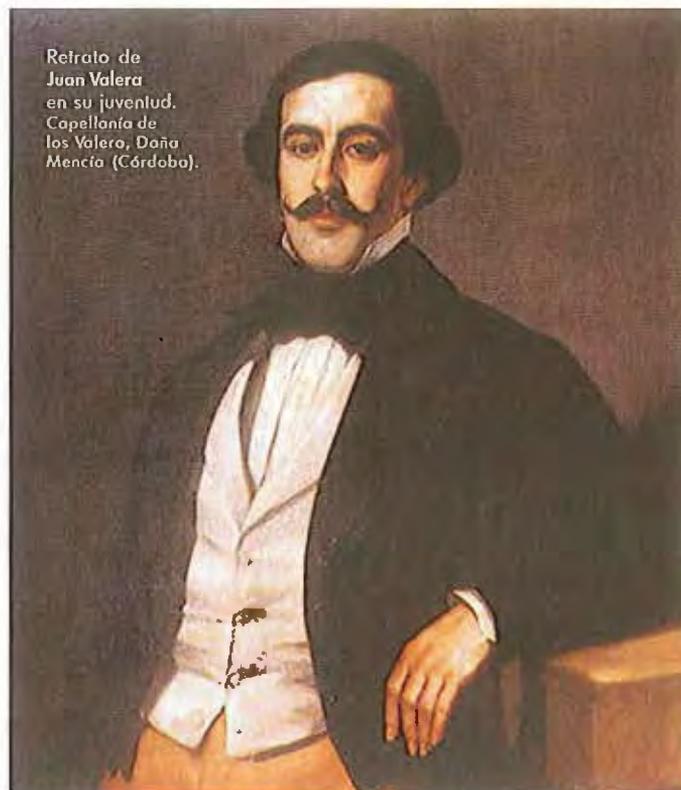
Su único hijo, a quien había enviado a Andalucía en compañía de otro de sus tíos paternos, murió de peste en la población de Alhama, en Granada, con tan sólo siete años de edad. En algo se ponen de acuerdo cronistas e historiadores: afirman que fue buena madre y esposa amante. La pérdida de los dos seres que más amaba sólo pudo suponer un duro golpe para su frágil salud. Murió en marzo de 1531, a los 34 años de edad, sin haber solicitado el perdón de la corona —algo que hicieron otros comuneros como Lasso de



Manuscrito con el perdón concedido por Carlos I a los comuneros. Ayuntamiento de Toledo.

DON JUAN VALERA

un andaluz universal



Retrato de Juan Valera en su juventud. Capellanía de los Valero, Doña Mencía (Córdoba).

Este año se cumple el primer centenario de la muerte de Juan Valera. Repasar su vida es recorrer la historia española del siglo XIX, de la que fue un notario privilegiado. Coincide también con el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*, acontecimiento al que Valera dedicó los últimos minutos de su vida. Trágica y al mismo tiempo feliz coincidencia

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

EL 18 de octubre de 1824, en pleno apogeo de la Ominosa Década, nace en Cabra Juan Valera y Alcalá Galiano, en el seno de una familia con más títulos que posibles. Su madre —marquesa de La Paniega— pertenece a la segunda nobleza. El padre, José Valera y Viaña, oficial retirado de la Marina

española y viajero impenitente, ha sido perseguido por sus ideas liberales. Ese liberalismo paterno y las ínfulas aristocráticas de la madre, marcarán en parte la personalidad de don Juan. Personalidad compleja, contradictoria a veces, clásico y moderno a un tiempo, aristocrático y popular, liberal, es decir, la forma española de ser progresista

en el siglo XIX con un trasfondo conservador que le venía de casta, hombre de mundo y amante del terruño, rey de tertulias y mediocre orador, escritor de raza y poeta de vuelo rasante, diplomático de lujo que abandona una y otra vez la “carrera” para aspirar a un escaño parlamentario, el español más viajero y universal de su tiempo.

po y simultáneamente la pluma que mejor exalta el localismo de su tierra.

Valera es un hombre polivalente. De ahí que para un mejor conocimiento analicemos los distintos planos en los que desplegó su travesía vital. La faceta más conocida es la de escritor. Ha sido un empe-

dernido lector desde su infancia. Confiesa que a los doce años conoce a Voltaire, Zorrilla, Shakespeare, Hoffman y Scott. Precoz en las letras y con un amplio registro, cultivaba casi todos los géneros. Pluma ágil que hace gala de un dominio absoluto de la lengua castellana, parecido al que más tarde

dico malagueño *El Guadalhorce*. Con 22 años publica un primer libro de poemas, en edición pagada por su padre como premio a su licenciatura en Leyes obtenida en Granada, tras su inicio en la facultad de Cánones del Sacromonte, donde ha entrado en contacto con los autores clásicos, y un curso

de estancia en Madrid, en que dedica más atención a requerir de amores a Gertrudis Gómez de Avellaneda que al estudio del Derecho. Del libro solo se venden tres ejemplares, y ante la decepción del joven poeta será la madre la que le preste ánimos diciéndole que “esto no marchita la gloria de tu talento”.

Regresa a Madrid con la intención de abrir despacho de abogado y disfrutar de la vida cortesana. Empieza a estudiar alemán y asiste a una academia de elocuencia para aprender oratoria forense. Lee mucho y escribe poco. En carta a su amigo Juan Navarro Sierra le comenta que “como mi fuerte no es el trabajo y menos de esta clase (el de abogado), ahorqué la toga, quemé la golilla y, aprovechándome de una buena coyuntura, me metí de patitas en la diplomacia, donde con bailar bien la polca y comer pastel de foie, está todo hecho”. El ingreso en la diplomacia y su vocación política, retrasará en el tiempo su dedicación a la literatura y habrá que esperar a 1874 para leer *Pepita Jiménez*.

La coyuntura es la relación de la madre con la condesa de Montijo y a través de esta con la familia del duque de Rivas, embajador de España en el reino de Nápoles, donde conseguirá que nombren a su hijo *attache ad honorem* (agregado sin sueldo) en 1847, dando así inicio a una larga carrera diplomática con sucesivos destinos en Lisboa (1850), Río de Janeiro (1851-53), Dresde (1854-55), San Petersburgo (1856-57), Francfort (1865), de nuevo Lisboa (1881) ya como ministro plenipotenciario Washington (1884-86), Bruselas (1886-

En una calle del casco antiguo de Doña Mencía se conserva aún la casa solariega que perteneció a la familia de don Juan Valera.



EL PUEBLO DE VILLAGRE

Mucho se ha especulado sobre la identidad real de la Villalegre que don Juan Valera menciona en alguna de sus novelas más afamadas. Aunque determinados analistas de la obra del escritor egabrense consideraron desde un principio que se trataba de un lugar imaginaria en la mente del autor, lo cierto es que las similitudes con la localidad cordobesa de Doña Mencía, población ésta muy vinculada con su familia, hacen pensar que posiblemente llegó a inspirarse en las paisajes, personajes y costumbres de esta comarca de la Subbética.

tendría su biógrafo Azaña, cuyas trayectorias vitales tendrán más de un punto de coincidencia. Recuérdese al respecto su pasión cervantina en el orden literario y en un aspecto más personal su tardía llegada al matrimonio con jóvenes a las que doblaban la edad.

Don Juan será novelista y ensayista, poeta y epistológrafo, sin olvidar sus tareas académicas, primero en la Española de la Lengua desde 1861 y más tarde hasta su ingreso en Morales y Políticas, reelegido en 1904 “con un pie ya en el estribo”, después de haber dejado transcurrir el plazo tras su primera elección en 1873.

En el campo de la poesía estrena su pluma con unos versos publicados en el periódico



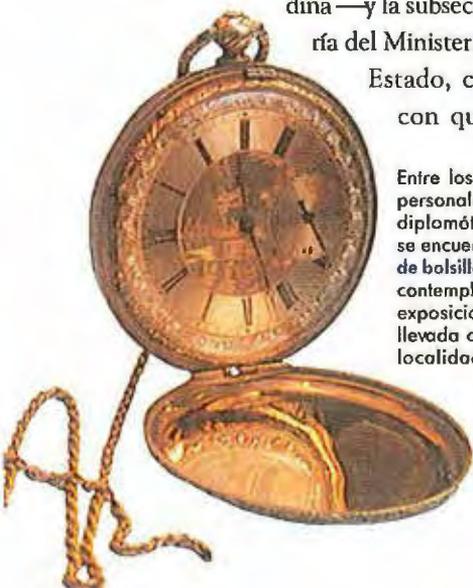
88) y Viena de 1893 a 1895 como punto final. Todo ello compatible con alguna escapada a Cabra o Doña Mencía. La diplomacia era posiblemente el camino más idóneo para un hombre de talento, dominador de idiomas—inglés, francés, alemán, italiano, amén de latín y griego clásico—que le permiten conocer toda la cultura occidental en su lengua vernácula, conversador ingenioso, afable en el trato y gran señor por encima de todo. Valera triunfó con relativa facilidad en este mundo difícil y para el que reunía magníficas condiciones. Al final se aburre y aspira a “no tener que sufrir las chinchorrerías de sus jefes”. Pero su sueño más o menos secreto era entrar en la vida política.

VALERA QUERÍA BRILLAR EN EL PARLAMENTO COMO LO HACÍA EN LOS SALONES DE LA ALTA BURGUESÍA ESPAÑOLA Y EUROPEA

Quería brillar en el Parlamento como lo hacía en los salones de la alta burguesía o la aristocracia española y europea. Abandonó temporalmente la carrera diplomática para ocupar un escaño. Su carrera política se tradujo en dos Direcciones Generales—Agricultura, Industria y Comercio—con su tío Antonio Alcalá Galiano de ministro de Fomento, y la de Instrucción Pública en 1872 con el resultado de recuperar para España el monumento de la Alhambra granadina—y la subsecretaría del Ministerio de

Estado, cargo con que le

Entre los recuerdos personales del escritor y diplomático egabrense se encuentra este reloj de bolsillo que pudo contemplarse en la exposición sobre Valera llevada a cabo en su localidad natal.



Retrato de José Valera y Viana.

UNA FAMILIA DE PRESTIGIO

Aunque no demasiado conocidos en los círculos más refinados y aristocráticos del país, los miembros de la familia Valera y Alcalá-Galiano sí que contaban con un singular prestigio en determinadas localidades del sur de Córdoba con las que tradicionalmente habían estado vinculados.

Tanto en Cabra, donde su madre, la marquesa de La Paniega, pertenecía a la nobleza segundona, como en Doña Mencía, población cercana en la que mantenían sus escasas propiedades, eran muy considerados socialmente. Sin duda alguna, en este ambiente provinciano le resultaba más fácil vivir a una familia con más títulos que posibles.

premiar los triunfadores de la Gloriosa en 1868. Políticamente será en el Sexenio, “esa encrucijada política de nuestro siglo XIX, complejo y fecundo puente entre la época isabelina y la restauración”, en brillante descripción de Jover, donde Juan Valera alcanzará sus mayores logros políticos. Durante la Regencia de Serrano será con-

sejero permanente de Estado y consejero de Instrucción Pública. Su autorreconocido sueño de ser ministro del Gobierno no se hará nunca realidad... La llamada Revolución Gloriosa le sorprende en París, donde acaba de contraer matrimonio, y regresa precipitadamente a Madrid para asistir al desarrollo de los acontecimientos. Sobre ellos escribirá a su flamante esposa ocho cartas dándole cuenta de la situación, que constituyen un prodigio de penetración psicológica. Cuando el 16 de noviembre de 1870 las Cortes Constituyentes elijan a Amadeo de Saboya para ocupar el trono de España, será Valera, que ha votado a Montpensier, el encargado de redactar el discurso de salutación al duque de Aosta, que leerá en Génova el Sr. Ruiz Zorrilla.

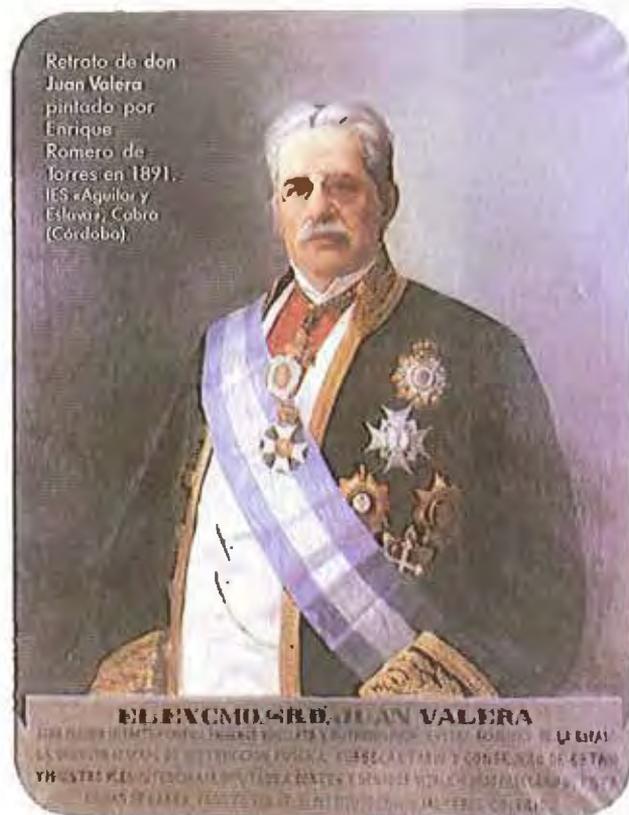
Su carrera parlamentaria se inicia en 1858 por el distrito de Archidona, permaneciendo en el mismo durante cuatro legislaturas, hasta 1863 y repitiendo en las elecciones de este año en unas Cortes que solo duraron hasta 1864. Según los datos del archivo del Congreso de los Diputados, en la convocatoria de 1864 obtuvo acta por Castellón y Priego de Córdoba, renunciando a la primera. En las Constituyentes de la Gloriosa consiguió acta por Montilla, y en las de 1871 por el distrito canario de la Laguna. En 1876 obtuvo acta por el distrito de Quebradillas en la circunscripción de Puerto Rico, renunciando a la misma el 31 de marzo de 1876 al optar por el cargo de senador. En la Cámara Alta había ocupado escaño por Córdoba el año 1872, por Málaga de 1876 al 77; en este mismo año representa en el Senado a la Universidad de Salamanca y es nombrado senador vitalicio desde 1881 hasta su muerte en 1905. El paso por la política de Juan Valera no fue todo lo brillante que el escritor esperaba. De este modo, cuando la política activa y la diplomacia le vuelven la espalda se recupera al escritor. De 1874 a 1880 transcurre el periodo de creación fecundo que se traduce en obras clave como *Pepita Jiménez*, *El Co-*

mendador Mendoza, *Las ilusiones del Dr. Faustino* (la historia del Valera mozo contada por Valera viejo, según Azaña), *Pasarse de listo*, *Doña Luz*, *Asclepigenia* (“la flor más lograda de Valera”, según Azaña) y *La venganza de Atahualpa* como creaciones teatrales, *Gopa*, *Dafnis y Cloe*, etc., amén de ensayos críticos, traducciones —la famosa obra de Schack, *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*—, discursos académicos, e incluso una zarzuela titulada *Lo mejor del tesoro*, que al no ser

descripción del partido moderado: “mucho adalid y poco pueblo”, o la situación política previa a la Gloriosa: “La Corona estaba sin norte, el gobierno sin brújula, el Congreso sin prestigio, los partidos sin bandera, las fracciones sin cohesión, las individualidades sin fe, el tesoro ahogado, el crédito en el suelo, los impuestos en las nubes, el país en la inquietud, la revolución en actitud amenazadora, la prensa perseguida o silenciada y el poder condenado uno y otro día por los Consejos de Guerra que absolvían a los periódicos a ellos sometidos”.

Sin embargo, será como escritor de cartas donde alcance su primera notoriedad como literato. Como escribe Azaña, “escribiendo cartas se reveló prosista, y a fuerza de escribirlas arribó a la maestría”. Muchas veces escritas para ser divulgadas—caso de las cartas de Rusia— y en todo caso un magnífico fondo documental para conocer la vida social y política de nuestro siglo XIX y la propia personalidad de don Juan. Sus múltiples escauceos amorosos, su fracasado matrimonio con la Srta.

Delavat, a la que años más tarde definiría como “una muchacha tontiloca”, veinte años más joven que él, a quien había conocido en Brasil cuando estaba a las órdenes del embajador Delavat, que la llamaba paternalmente “la curiana”. La relación muy superficial con sus hijos, la intimidad profunda con la madre y su herma-



musicada sigue sin estrenarse. Añádase a todo lo anterior su actividad como historiador completando la obra de Modesto Lafuente y con la colaboración de Borrego y Pirala. El escritor Varela ayuda al historiador que en breves trazos refleja perfectamente la situación. Recuérdese su

LA PERSONALIDAD DE VALERA ESTUVO MARCADA POR UNA SERIE DE ELEMENTOS CLARAMENTE REFLEJADOS EN LAS CARTAS QUE ESCRIBIÓ CON UNA SINGULAR MAESTRÍA



LA VISIÓN DE AZAÑA

Como pone de relieve Ramos Oliveira, Manuel Azaña coincidía con Valera tanto en su faceta de escritor y político como en su forma de contemplar la relación del hombre con el medio en que se mueve —la sociedad española de su tiempo— desde un planteamiento estético. Aun así, el que fuera presidente de la República y principal biógrafo del escritor egabrense se refería a él en su faceta de político de forma un tanto crítica:

“Valera no servía en política como sirven los hombres de partido. Su finura mental le impedía ser fanático; el señorío personal no le dejaba meterse entre la turba y abrirse camino a codazos. Sin don de mando ni elocuencia no era jefe; instruido, tenía demasiadas opiniones propias para ser buen secuaz. En los partidos no podía pasar de la condición secundaria reservada a los que brillan fuera de la política, temidos, y en el fondo, desagradables por su inteligencia, sospechosos a sus correligionarios”.

na Soffa, sus persistentes problemas económicos, sumergido en lo que llama la "sindineritis crónica", la apremiante llamada en la búsqueda de "un buen turrón" que arreglara su conocida "impecuniosidad", y engrosara su escuálido "caudalejo". En las cartas deja constancia de su nomadismo urbano en la búsqueda de una vivienda digna, llegando a vivir en seis domicilios diferentes en poco más de treinta años,

etc. De todo ello hay prueba documental en su relación epistolar. Estamos ante el mejor notario del novecientos. Ha conocido en sus ochenta años de vida seis reyes, una república con cuatro presidentes, siete constituciones, la aristocracia y la alta burguesía española, cuyos salones frecuenta, haciendo "una vida de hombre de mundo con tertulias, bailes, teatros, comidas y paseos". Trata a toda la clase política, académica e intelectual de España, introductor de los jóvenes valores de la literatura extranjera, especialmente la iberoamericana, "hacedor" de catedráticos, caso Menéndez Pelayo y Unamuno, cuyos tribunales presidió, promotor de académicos de la Lengua, a la que asistía asiduamente mientras estaba en España, ayudando al ingreso de sus amigos para un puesto de "inmortal", y oponiéndose al ingreso de la Pardo Bazán, por su condición femenina, aun admitiendo su buena calidad como escritora. Este andaluz universal fue un gozador de la vida como pocos, espíritu egregio en una España en muchos aspectos casi tribal, consciente de que el estilo "es ser como se es", y viviendo y sintiendo su origen cordobés, aun encontrándose en las cortes más empingorotadas, como podía ser la Viena imperial, en donde fina-



Dos instantáneas de la vida de don Juan Valera. En la primera, realizada en el año 1904, aparece sentado en su biblioteca, mientras que en la fotografía inferior se encuentra dictando a su amanuense «Periquito de la Gala», una de sus última producciones literarias.

liza su carrera diplomática. Como ha escrito Carmen Bravo Villasante: "En Cabra, en Doña Mencía, está soterrada muy honda la raíz de Valera. Como un olivo, como una viña, se hunde en lo profundo de la tierra cortijera, aunque se disponga a ser un hombre de mundo y cortesano". Esa capacidad para combinar el deseo de "litera-

tear" en Cabra y dirigir con la *autoritas* de su "ciega cabeza blanca" la "tertulia clandestina" de la Cuesta de Santo Domingo, es propia de un auténtico señor, distinto y distante, superior e inclasificable, que para Clarín fue la "Gran Esfinge" de la literatura y a quien el celebrado autor de *La Regenta* no tiene inconveniente en considerarlo un "Goethe a la española". Don Juan, como el teutón, muere con la pluma en la mano. A su secretario y amanuense Pedro de la Gala le dicta su último trabajo. El discurso conmemorativo del tercer centenario de *El Quijote*, encargado por la Academia. El 9 de abril "cayó fulminado". En las últimas horas del día 18, y como escribió Azafía, "su mente, dilecta de las gracias, pasó". Por esta circunstancia, quedan hermanos para siempre el inmortal autor de *El Quijote* y el creador de uno de los personajes femeninos más perfectos de la literatura española: *Pepita Jiménez*. Como recordaba Alejandro Pidal y Mon leyendo ante el rey Alfonso XIII el discurso escrito por Valera, estaban ante el testamento literario de una de las primeras figuras de la literatura española de todos los tiempos. ■

MÁS INFORMACIÓN

- **Ensayos sobre Valera**
AZAÑA DÍAZ, M. - Alianza Editorial. Madrid, 1971
- **Vida de Juan Valera.**
Novelas y Cuentos
BRAVO VILLASANTE, C. - Madrid, 1974
- **Valera o la ficción libre**
MONTESINOS, J.F. - Madrid, 1969



Imagen actual del «cable inglés» o embarcadero de Alquífe en Almería.

EL CABLE INGLÉS

centenario de un monumento del patrimonio industrial andaluz

Desde el observatorio actual, en el que las referencias dominantes de la estructura económica de la provincia de Almería son la agricultura intensiva, el mármol o el turismo, sorprende la magnitud que la minería tuvo durante más de 130 años. Sin embargo, la calificación del siglo XIX como el siglo minero por excelencia, estaría plenamente justificada

ANTONIO SÁNCHEZ PICÓN

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

DESDE el observatorio actual, en el que las referencias dominantes de la estructura económica de la provincia de Almería son la agricultura intensiva, el mármol o el turismo, sorprende la magnitud que la minería tuvo durante más de 130 años. Sin embargo, la calificación del siglo XIX como el siglo minero por excelencia, estaría plenamente justificada. Muchos de los matices que dotan de originalidad a la evolución económica y social del territorio de Almería entre 1800 y 1930, dentro del marco andaluz, para no ir más lejos, están estrechamente determinados por las fluctuaciones de la actividad minera en la recién creada provincia. No obstante, en el desarrollo del sector se pue-

LA ETAPA MINERA ALMERIENSE CONOCIDA COMO «EDAD DEL HIERRO» ESTUVO CONTROLADA DESDE UN PRINCIPIO POR GRANDES SOCIEDADES EXTRANJERAS

te el siglo XIX y el primer tercio del XX. El cambio no fue sólo de productos, sino sobre todo de organización técnica, financiera y empresarial. A diferencia de la *edad del plomo*, caracterizada por la presencia de un sinnúmero de pequeñas sociedades locales, controladas por empresarios almerienses; la *edad del hierro* contará primordialmente con la actuación de grandes empresas foráneas, fundamentalmente de capital inglés, francés, belga, o alemán, a las que habrá que

unir las inversiones realizadas por afamados industriales vizcaínos.

Con mayores recursos, estas sociedades pondrán en explotación las nuevas cuencas mineras del interior de la provincia como Gérgal, Bacrés-Serón, Bédar o Lucainena. El gran problema que habrán de resolver será el de encontrar un sistema de transporte capaz y eficaz. Por eso, es en estos años cuando se acomete la construcción de grandes infraestructuras como las dos líneas de ferrocarril general que atraviesan la provincia (la de Linares a Almería y la que iba de Lorca a Baza, recorriendo el valle del Almanzora) o un mayor número de ferrocarriles mineros como los que conectaban las minas de Bédar con la playa de Garru-



Cargadero de mineral «El Alquife» conocido popularmente como «El cable inglés», fotografiado a principios del siglo XX.

den distinguir dos épocas bien diferentes en sus rasgos productivos y relativamente bien delimitadas en cuanto a su cronología. Una época antigua, que se extiende durante la mayor parte del siglo XIX—entre 1820 y 1890—y en la que domina la explotación de las minas de plomo; y una más reciente—entre 1890 y 1930, con derivaciones más próximas— en las que el predominio corresponde a la extracción del mineral de hierro. Sin demérito para otras producciones como el zinc, el azufre, el cobre o el oro, muy significativas como muestra de la riqueza geológica del subsuelo penibético, pero muy distantes de la importancia económica y social que tuvieron las galenas, más o menos argentíferas, o los hematites y los carbonatos de hierro duran-

EL ORIGEN DE UN NOMBRE

La denominación oficial como Bien de Interés Cultural del monumento es Cargadero de Mineral "El Alquife", pero casi desde su construcción el embarcadero fue conocido como el "inglés" o más comúnmente como el "Cable Inglés". Es posible que los cables aéreos que funcionaban desde los años 1890 en diferentes zonas de la provincia de Almería para el transporte del hierro hubieran ayudado a asociar el transporte y carga de minerales con la expresión «cable», mientras que la adjetivación de «inglés» respondería, obviamente, a la nacionalidad de la empresa promotora.

cha o las de Lucainena con el embarcadero de Agua Amarga. Mediante cables aéreos las minas se enlazaban con estas nuevas redes de transporte que culminaban en la costa en grandes embarcaderos como los de Alquife en la playa de Almería, o el de Agua Amarga, de la Compañía Minera de Sierra Alhamilla.

El ciclo de la minería del hierro ha tenido una menor duración cronológica que el del plomo, pero su impacto en la configuración de determinadas infraestructuras en la provincia (ferroviarias, portuarias) ha sido muy perdurable.

Las circunstancias de demanda internacional que propiciaron la expansión, empezaron a desaparecer a partir de 1920. En efecto, el consumo de los minerales

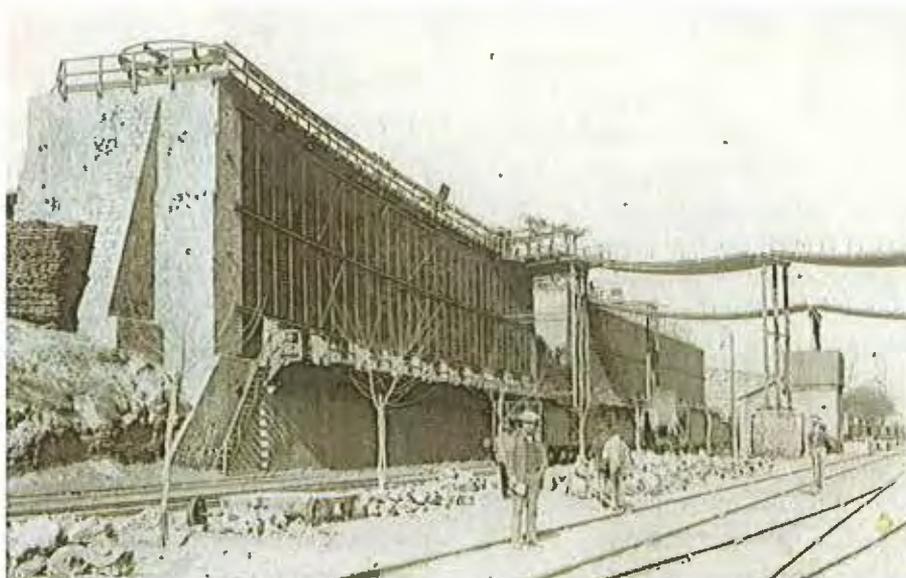
férricos penibéticos por parte de la siderurgia europea y especialmente británica, apreciados por estar exentos de fósforo, comenzaría a decaer tras la reconversión de la tecnología siderúrgica posterior a la Gran Guerra europea (utilización de minerales fosforosos y reciclado de chatarra). A la pérdida de competitividad se le uniría, además, el progresivo agotamiento de unos yacimientos que en la provincia de Almería eran abundantes pero no muy potentes.

Tras la guerra civil, sólo la cuenca de Menas en los Filabres mantendrá una actividad notable hasta la década de 1960. Mientras tanto, las explotaciones del Marquesado, precisamente las que encontraban su salida hasta el puerto de Almería a través del ferrocarril Linares-Almería, para terminar haciendo uso del cargadero de Alquife, se terminarían convirtiendo en la principal cuenca férrica del país, orientando su producción hacia el mercado siderúrgico nacional.

La singularidad del Cable reside en ser uno de los escasos ejemplos peninsulares de cargadero de minerales conservado en su integridad. Unido en su declaración monumental al Embarcadero onubense de Riotinto (muy diferentes, no obstante, en su tipología), el resto de los ubicados en la costa almeriense (Villaricos, Garrucha o Agua Amarga) vieron como sus estructuras metálicas fueron desmontadas tras la desactivación minera.

Inaugurado por un rey, vecino molesto para una ciudad

En 1904, cuando el Cable Inglés entre en funcionamiento, hacía ya más de diez años que las calles de la ciudad de Almería, y en particular las aledañas al puerto en construcción, se veían cubiertas con los temporales de levante por el polvo rojizo del mineral de hierro acarreado desde el interior. Las docenas de carros que con los óxidos de hierro arrancados en Alhamilla (cuenca de los Baños), Filabres (cuenca de Gérgal) o Sierra Nevada (Bei-



Cargadero de mineral de la localidad almeriense de Serón en 1910. Archivo Mouvesín.

res) cruzaban el trayecto desde la recién inaugurada estación de la compañía Sur de España en 1895, hasta los diques portuarios, iban dejando un reguero de contaminación para los almerienses de fin de siglo. Pero las quejas no se alzaban por encima de los comentarios domésticos o de las tertulias de café. Centenares de hombres encontraban empleo en ese incesante trasiego desde los depósitos de la estación hasta los muelles. Allí, durante los meses del otoño competían por el espacio con las decenas de miles de barriles de uva que aguardaban también

a ser embarcados para Liverpool o Londres. El acarreo desde los pueblos del río de esta mercancía generaba también una actividad inusitada, aunque circunscrita al último trimestre de cada año. Almería, de un modo u otro, miraba a Inglaterra, y la sangría de la emigración a Orán y Argentina se taponaba temporalmente. Hacia el mercado británico se dirigía la mayor parte del mineral de hierro de la Penibética, limpio de fósforo y por lo tanto muy adecuado a la demanda de la siderurgia británica, que se comportaba, por su extrema dependencia



El cable de las minas de Cuevas Negras en Tíjola a principios del siglo XX. La popular denominación del cargadero de Alquife se le dio a otras instalaciones industriales de la provincia. Archivo Mouvesín.

de las minas del sur de España, con elevada rigidez—que dirían hoy los economistas—. Estamos en plena segunda revolución industrial, dentro de la onda de crecimiento que abarcó desde los años 1890 hasta el estallido de la Gran Guerra en 1914, en los que el acero Bessemer, junto con la electricidad o el motor de explosión, fueron los sectores líderes que tiraron de la inversión.

El incremento generalizado de la renta en los países europeos amplía, por esos años, el volumen de consumidores para otro producto almeriense que desde cincuenta años antes ya era conocido en diferentes mercados. La uva de embarque, con la feliz reconstitución de los parrales tras la dura lucha contra la plaga de la filoxera, vive también sus mejores momentos en las campañas que preceden a la I Guerra Mundial. Pero, aparte de la coincidente dependencia de los mercados británicos, en poco más se parecen los negocios uvero y minero.

Los productores de la uva son agricultores almerienses, mientras que los protagonistas del extraordinario crecimiento de la extracción del hierro son compañías foráneas: inglesas, francesas, belgas o vizcaínas. Ya no quedan empresarios locales y empresas autóctonas en la minería almeriense, como ocurriría con el plomo de Gádor y Almagre. Las grandes inversiones requeridas para la extracción y, sobre todo, para el transporte de los minerales hasta la costa, han expulsado al capital local del negocio minero.

Por el contrario, algunas compañías siderúrgicas escocesas, con instalaciones en Glasgow o Newmains, tratan de asegurarse un suministro regular del hematites español. Así, los grupos Milton & Askan y Coltness Iron, escrituran en febrero de 1900 en Manchester la sociedad “The Alquife Mines & Railway Company Limited”, con la intención de adquirir un



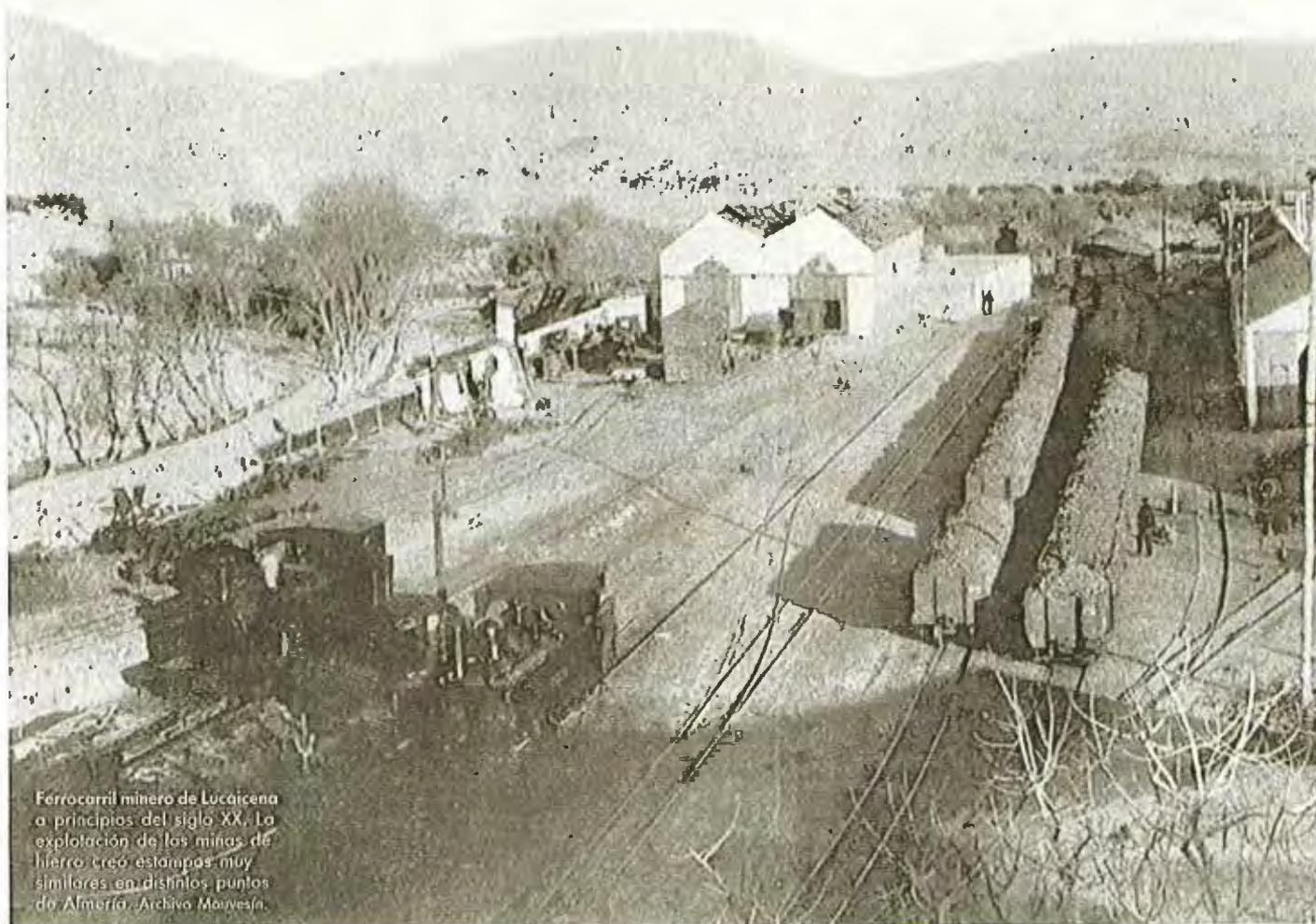
El Cable Inglés integrada actualmente en el urbanismo de la Almería contemporánea.

importante yacimiento de mineral de hierro en Alquife (Granada). La línea ferroviaria del Sur de España ha hecho por fin viable las inversiones a gran escala en el hierro del Marquesado que, durante más de un siglo, va a tener en el puerto de Almería su más cercano punto de embarque.

Esto era lo que se le venía encima a la ciudad, un volumen de embarque de minerales mucho mayor que el recibido hasta entonces de las sierras más próximas. El proyecto de Alquife Mines se completa con la construcción de uno de los más grandes cargaderos de la época en la playa de las Almadrabillas, donde, desde hacía algunos años, los pantalanos empleados para la carga de mineral del ferrocarril minero de Alhambilla convivían con las barcazas varadas de los jabegotes de este paraje, empleadas en otoño en arrimar los barriles de uva del

muelle al costado de los cargueros anclados en el puerto. El proyecto del cargadero de Alquife tenía como autor a un ingeniero, escocés también, llamado John Ernest Harrison; aunque fuera un ingeniero de caminos español, Andrés Monche, el que lo presentara y legalizara ante la administración española. A tres millones de pesetas de la época se elevó su coste, y ese *mamotreto*, al decir de algunos almerienses, recién terminado, fue lo que sin duda atrajo la mirada de un casi adolescente Alfonso XIII, al ascender por la escalinata, desde entonces llamada real, del puerto, con ocasión de su visita a Almería el 27 de abril de 1904. Aquel día, aparte de las visitas a las obras del muelle, el joven rey fue invitado a visitar el cargadero en compañía de los directivos británicos de la empresa. Una locomotora que arrastraba

EL PROYECTO DE EXPLOTACIÓN DE LA COMPAÑÍA ALQUIFE MINES SE COMPLETARÍA CON LA CONSTRUCCIÓN DE UNO DE LOS MÁS GRANDES CARGADEROS DE MINERAL DE LA ÉPOCA QUE HABRÍA DE SITUARSE EN LA PLAYA ALMERIENSE DE ALMADRABILLAS



Ferrocarril minero de Lucáicena a principios del siglo XX. La explotación de las minas de hierro creó estampos muy similares en distintos puntos de Almería. Archivo Mavvesja.

un vagón lleno de autoridades condujo hasta la plataforma del Cable al monarca. Allí arriba expresaría, según recogen los testimonios de la época, su admiración por tan extraordinaria obra de ingeniería.

El Cable Inglés, como popularmente se conocería la instalación de descarga, se elevaba hasta el mar a través de una espectacular rampa sostenida por arcos de sillería, y culminaba en muelle metálico donde se sumaban, de forma original, el dispositivo de descarga y amplios depósitos. A pesar de tan brillante

bautismo, el cargadero sería desde entonces para los almerienses un vecino incómodo con el que se tenían pocos tratos. Más eficiente en la carga que los sistemas tradicionales, generaba, por eso mismo, mucho menos empleo. Y sin embargo, a despecho de augurios más favorables, los

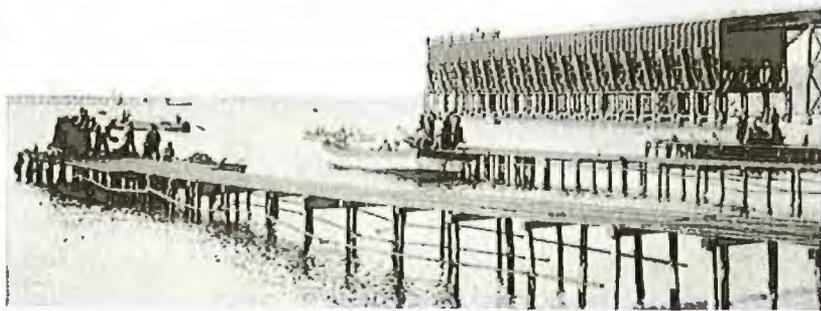
EL CABLE INGLÉS NO SERÍA VISTO POR LOS ALMERIENSES COMO UN ELEMENTO DE INTERÉS PATRIMONIAL HASTA FINALES DEL SIGLO XX

ventarrones frecuentes seguían dispersando las partículas de mineral por las inmediaciones. El Cable, visto como algo positizo y extraño, rara vez sería mirado con cariño alguno por generaciones de almerienses hasta finales del siglo XX. No era, como otro ejemplo de arquitectura del hierro, la Torre Eiffel, la herencia emblemática de una rutilante exposición universal. Era una instalación industrial, en la que la funcionalidad predominaba por encima de cualquier otra consideración. Un elemento central que había que sumar a esa especie de "polígono industrial"

EL DESCUBRIMIENTO

LA ÉPOCA de la paralización precedió a la del descubrimiento. Desde los años sesenta en Gran Bretaña, primero, y en toda Europa y los Estados Unidos, después, había ido surgiendo un potente movimiento asociativo en defensa del patrimonio industrial. La preservación de restos relacionados con la industrialización, de ámbitos o lugares que eran testimonio del "espacio del trabajo", surgió como un intento de ampliar la visión del patrimonio histórico. En Almería, el Cable Inglés comienza a ser reivindicado como uno de los elementos más importantes del patrimonio industrial español, al comenzar la década de 1980. Poco a poco iba siendo descubierto por un mayor número de ciudadanos. Unos valoraban su singularidad en el contexto internacional. Otros su profunda significación histórica o

técnica. Algunos más se fijaban en sus posibilidades como equipamiento para uso público; y hay no pocos que han quedado prendados de una estética, "rotunda entre el mar y el cielo" (como dijera Ana Martínez Marín). Mientras tanto su entorno se transformaba. La recuperación de la Rambla, la reconquista del frente marítimo y el proyecto de soterramiento, dejaban al Cable a finales del siglo XX, en medio del escenario donde están teniendo lugar algunos de los proyectos más ambiciosos de revitalización del tejido urbano. Una nueva situación plena de oportunidades pero no exenta de riesgos para un monumento (Bien de Interés Cultural desde 1998) del que, después de una difícil relación, los almerienses han terminado sintiéndose orgullosos. El amor, tras tan largo desencuentro, puede ser doblemente apasionado.



en que se había convertido la zona de las Almadrabillas a principios del siglo XX, entre la explanada donde desembocaba el ferrocarril y el puerto recién terminado: los talleres de reparación de material ferroviario de Oliveros, la fábrica del gas (actuales instalaciones deportivas), la fábrica de construcción mecánica de Karl Bahlsen o algún almacén de esparto, que afeaban considerablemente el entorno en que se hallaba el balneario Diana, estilo *belle époque* (actual Centro de Actividades Náuticas), conformando así un paisaje progresivamente degradado de casuchas

y naves desvencijadas con el correr de los años, cubierto por el polvo del mineral.

De todos modos, las molestias habían sido tan evidentes que, en 1915, cuando se presenta el proyecto de otra compañía escocesa, Baird's Mining, dueña de otra cuenca minera en el Marquesado, para construir un segundo cargadero a levante del primero, la oposición se alzaría en este caso tan unánime y rotunda como inútil. Protestaron el Ayuntamiento, la Cámara de Comercio, la Junta de Obras del Puerto, el Servicio Central de Obras y Puertos y hasta el gobernador civil; pro-

testó incluso la dueña del otro cargadero, Alquífe Mines, aunque por un motivo diferente al de las otras corporaciones (la presunción de que la nueva instalación pudiera afectar al calado de la primera). Pero todo fue en vano. Desde entonces hasta 1973, durante casi sesenta años, los dos cargaderos han ayudado a evacuar el hierro de Alquífe y el Marquesado por la bahía almeriense. Desde 1973 a 1996, tras la paralización del Cable Inglés, sólo funcionaría el de la Compañía Andaluza de Minas (sucesora de Baird's Mining). ■

Andalucía de Cine

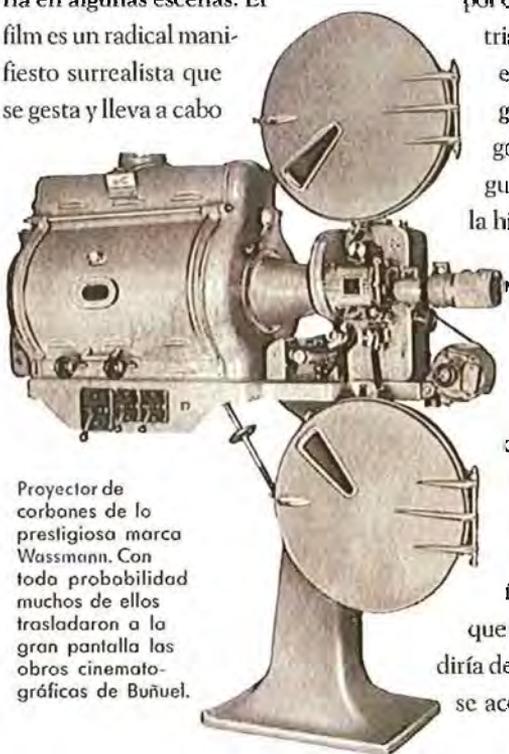
UN PERRO ANDALUZ

Historia de un título

FRANCISCO LÓPEZ VILLAREJO

DOCTOR EN HISTORIA

SI CONSULTAMOS cualquier listado de los realizadores más influyentes de la historia del cine, además de Eisenstein, Murnau, Chaplin, Ford, Griffith, Welles, Dreyer y Lubitsch, encontraremos sin duda a Luis Buñuel. Y si, afinando, indagamos sobre sus películas más relevantes e imprescindibles, con toda seguridad que encontraremos varias del director aragonés y, entre ellas, *Un perro andaluz*, realizada en 1929 y en la que Salvador Dalí colaboraría en algunas escenas. El film es un radical manifiesto surrealista que se gesta y lleva a cabo



Proyector de carbones de la prestigiosa marca Wassmann. Con toda probabilidad muchos de ellos trasladaron a la gran pantalla las obras cinematográficas de Buñuel.

en plena eclosión de la teoría que sobre los

“putrefactos” elaboraría Federico García Lorca con Dalí y que tan interesante eco tendría entre los patriarcas del nuevo arte social que habían abierto Marinetti, Severini y Boccioni

con su futurismo y “modernolatría”. Sin llegar a la apología de la locura, en donde se aposentaron los más radicales y por cuya periferia navegaba el patriarca Bretón y, con reservas,

el mismo Buñuel y Dalí. Este grupo de compañeros y amigos que configurarían la vanguardia más brillante y rica de la historia contemporánea de la

pintura, cine y literatura universales, se aplicaron atentamente a dar pruebas de su modernismo dinamizador, anticonvencional y en esta brutal eferescencia, Buñuel decide filmar una película manifiesto en la que, a partir de un sueño que tuvieron éste y Dalí y

que se comunicaron, se prescindiría de hilo conductor alguno y no se aceptaría imagen o referencia

Fotograma de la película dirigida por Buñuel, *Un perro andaluz*.



de ningún tipo que pudiera dar lugar a una explicación racional, psicológica o cultural del film. Asimismo, se abrían todas las puertas al infinito mundo de lo irracional. “No admitir más que las imágenes que nos impresionaran, sin tratar de averiguar por qué”, dejó escrito don Luis.

En esta tesitura, el título debía corresponder, o mejor no corresponder, a nada que tuviera que ver con referencia alguna al contenido, con secuencia lógica de ningún tipo ni con pista para la interpretación del mismo ni de ningún aspecto de su finalidad o génesis. Parece ser que, entonces pensaron en Lorca, a quienes todos admiraban pero con quien todos se refán. De hecho, un tiempo antes de rodar la película, Buñuel y Lorca se distanciaron por algún asunto, probablemente nimio, y el poeta, como andaluz susceptible que era, se sintió alu-

dido y molesto por el título y creyó, o fingió creer, que la película era contra él. "Buñuel ha hecho una peli-culita así (gesto de los dedos), se llama *Un perro andaluz*, y el perro soy yo", podemos leer en *Mi último suspiro*. De todas formas, también se cuenta que el granadino era denominado por el grupo de residentes más íntimamente amigos como "el perro andaluz", en ese tono cariñoso y cómplice pero cáustico como los mismos "putrefactos" que cultivaban. Sea por una u otra causa o por ambas a la vez, a una película provocadora correspondía un título provocador y sin relación alguna con el film.

Buñuel, en todo caso, siempre negó esta causa y alegaba que *Un perro andaluz* era el título de unos poemas suyos. Pero Lorca criticó durísimamente el film y realizó un guión como réplica, llamado *Viaje a la luna*,



Un perro andaluz (Un chien andalou)

Un film de Luis Buñuel

Argumento y guión de Luis Buñuel y Salvador Dalí
con

Pierre Batcheff Simone Mareuil Jaime Miravilles

Producción de Luis Buñuel y Salvador Dalí

MÁS INFORMACIÓN

- *Mi último suspiro*
BUÑUEL, L. - Plaza y Janés, 6ª edición. Barcelona, 1966
- *La vida secreta de Salvador Dalí*
DALÍ, S. - Ed. Empuries. Barcelona, 1993

como homenaje a Mèlies, en el que ridiculizaba a Dalí y a Buñuel y que ha sido llevado al cine por el pintor Federico Amat de forma bastante novedosa, como una sucesión de imágenes de síntesis y de la que, en otro momento, hablaremos.

El caso es que *Andalucía*, sin presencia alguna en el guión, ni en el resultado final ni en la procedencia de sus autores, está en el título de una de las películas más influyentes e importantes de la historia. Buñuel rodaría luego *La edad de oro*, que había postergado y que también marca un hito en la filmografía universal. Aquí queda el curioso suceso que, es posible, haya obedecido a algo más que a una simple anécdota y que lleva al más alto lugar del universal mundo de la cultura cinematográfica el nombre de nuestra tierra. ■

Decisiones rentables para su empresa.

Confiar sus viajes de empresa a Viajes El Corte Inglés será una decisión muy rentable.

Porque en Viajes El Corte Inglés garantizamos la reducción de costes sin disminuir la calidad, el servicio y la atención personalizada que usted exige en todos sus negocios.

Además cuidamos hasta el último detalle la organización de sus congresos, convenciones e incentivos.

Llame y solicite una oferta de servicios.



VIAJES

El Corte Inglés

A su servicio en:

SEVILLA: C/ Teniente Borges, 5 • Tel.: 954 506 600 • E-mail: sevillacongresos@viajeseci.es

GRANADA: C/ San Antón, 67 1ªA • Tel.: 958 536 820 • E-mail: congresosgranada@viajeseci.es

HUELVA: Plaza El Titán, 5 Bajo • Tel.: 959 540 974 • E-mail: congresoshuelva@viajeseci.es

PUERTO DE SANTA MARÍA (CÁDIZ): Plaza de Isaac Peral, 2 • Tel.: 956 860 231 • E-mail: comercialcadiz@viajeseci.es

CÓRDOBA: C/ Condé de Robledo, 4 1ª izq. • Tel.: 957 498 330 • E-mail: cordobacongresos@viajeseci.es

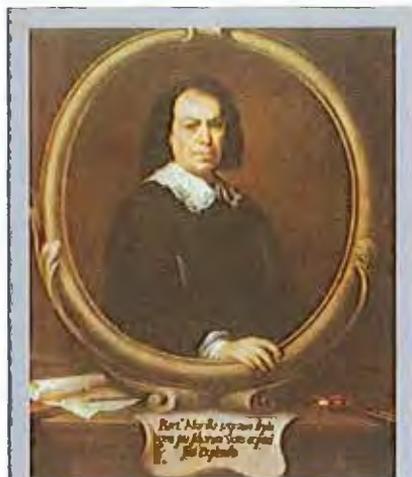
AENOR
E
Empresa Registrada
ER 2017/2191

RADIUS

the global travel company

Efemérides

Abril



5 DE ABRIL DE 1682

Bartolomé Esteban Murillo, uno de los más populares pintores del Barroco español, fallece en Sevilla. La ciudad que él había bautizado como «Sancti Spiritus».

7 DE ABRIL DE 2002

El periodista cordobés Julio Anguita Parrado, corresponsal en la guerra de Iraq, muere en un ataque con misiles al sur de Bagdad.



8 DE ABRIL DE 1962

El famoso torero Juan Belmonte se quita la vida en su finca ubicada en la localidad sevillana de Utrera.



14 DE ABRIL DE 1931

El cordobés Niceto Alcalá-Zamora es proclamado primer presidente de la II República. La polémica suscitada en torno a la cuestión religiosa le haría dimitir un tiempo más tarde.

17 DE ABRIL DE 1492

Firma de las Capitulaciones de Santa Fe (Granada), por las cuales los Reyes Católicos concedían a Cristóbal Colón



el título de almirante, gobernador y virrey de las tierras que descubriese.

18 DE ABRIL DE 1847

Se inicia en Sevilla, por orden de la reina Isabel II, una feria de ganado que pronto dará lugar a la conocida Feria de Abril.

19 DE ABRIL DE 1587

La ciudad de Cádiz sufre el ataque de Francis Drake, explorador, navegante y corsario inglés.

23 DE ABRIL DE 1476

Rebelión de los habitantes de Fuente Obejuna (Córdoba) contra el comen-



dador, hecho que dos siglos más tarde inspiraría la famosa obra de teatro de Lope de Vega.

27 DE ABRIL DE 1977

Rafael Alberti regresa a España después de un largo exilio que se inició con la guerra civil.



Mayo

5 DE MAYO DE 1826

Nace en Granada Eugenia de Montijo, quien con el tiempo sería proclamada emperatriz de Francia.



9 DE MAYO DE 1960

Emilio Herrera Linares, militar e ingeniero nacido en Granada, asume la presidencia del gobierno de la República española en el exilio.

11 DE MAYO DE 1502

Por cuarta vez Cristóbal Colón pone rumbo a América para realizar el que será su último viaje al Nuevo Mundo.



12 DE MAYO DE 1717

La Casa de la Contratación, organismo que centralizaba el comercio entre



3 DE MAYO DE 1487

Fuertes últimas ofertas de paz contra el Reino de Granada, los Reyes Católicos consiguen la ciudad de Vélez de Málaga por lo que los habitantes subsiguientes que hasta ese día habían sido musulmanes.

España y América, es trasladada de Sevilla a Cádiz.

23 DE MAYO DE 1982

Primeras elecciones al Parlamento de Andalucía.

26 DE MAYO DE 1831



La joven granadina Mariana Pineda es ejecutada tras ser hallada culpable de bordar una bandera republicana.

Junio

5 DE JUNIO DE 1898

Nace en la localidad de Fuente Vaqueros (Granada) el poeta Federico García Lorca.

6 DE JUNIO DE 1391

Asalto al barrio judío de Sevilla, alentado por un predicador cristiano. Varios miles de personas fueron asesinadas, quedando diezmada la población judía de Sevilla.

10 DE JUNIO DE 1933

Despega de Sevilla, tripulado por los españoles Mariano Barberán y Joaquín Collar, el avión *Cuatro Vientos*, que cruzó por primera vez el Atlántico rumbo a Cuba. El viaje duró casi 40 horas.

21 DE JUNIO DE 1982

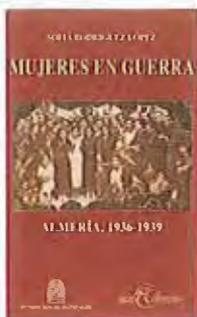
Se constituye en los Reales Alcázares de Sevilla el primer Parlamento de Andalucía, con 109 diputados de los diferentes partidos políticos.



24 DE JUNIO DE 1537

Fallece Pedro de Mendoza, nacido en Guadix (Granada), fundador de la actual ciudad de Buenos Aires.

La participación femenina en la guerra civil



Mujeres en guerra.
Almería, 1936-1939

Sofía Rodríguez
López

Editorial Fundación Blas
Infante / Arráez
Sevilla-Almería, 2003

El presente libro, que fue Premio Memorial Blas Infante, queda encuadrado por tres coordenadas básicas: es un estudio de historia local; su centro nuclear es la guerra civil; constituye un ejemplo magnífico de la llamada historia de género. En cuanto a historia local, se plantea el espacio de análisis—Almería—como un «laboratorio de observación», un microcosmos en el que averiguar el papel de las mujeres en un período conflictivo; por lo que, metodológicamente, puede servir de modelo para investigaciones similares que se ocupen de otros lugares. Con respecto a su indagación sobre la guerra civil, se inserta en lo que Santos Juliá ha denominado «segunda ola» de interés por este acontecimiento; ello se advierte en que son ya bastantes los títulos que podrían apuntarse sobre esta temática en los últimos años, entre los cuales, y como ejemplos recientes, cabe señalar el libro de J. Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*. (Barcelona. Crítica. 2004) y el de E. Moradiellos, *1936. Los mitos de la guerra civil*. (Barcelona. Península. 2004). Finalmente, y en lo referente a la historia de género, el trabajo se sitúa en lo que la autora llama «la tercera ola» de esta corriente historiográfica, aquella «en la que se aboga por reivindicar las diferencias entre las propias mujeres como individuos con identidad propia e intereses distintos e incluso enfrentados entre sí».

LA GUERRA VISTA POR LAS MUJERES

El objetivo nuclear del libro, como la misma autora destaca, es «explicar la guerra a través de los ojos de las mujeres que, situadas en las tribunas, en el campo, o entre fogones, la vivieron, padecieron e hicieron posible». En cuanto a su contenido, como señala el prologuista, prof. R. Quirosa-Cheyrouze, «es una obra que analiza distintos aspectos relativos a la situación de la mujer antes y durante la contienda en la provincia de Almería». En esta perspectiva se pueden considerar dos partes, con mucha mayor extensión

y precisión analítica en la segunda. En la primera se «revisa» el papel de las mujeres durante la II República en la provincia de Almería. Se estudia el asociacionismo político femenino, la participación de las mujeres en la economía almeriense y su contribución a la misma, y las deficiencias culturales y educativas del sector femenino de la población. Con respecto a la segunda, la que ocupa, con diferencia, la mayor parte de la obra, se centra en la actuación de las mujeres almerienses en la guerra civil. Se analiza su papel en el frente y en la retaguardia, así como la humillante «represión de género»; se aborda la participación política femenina en partidos, sindicatos, asociaciones e instituciones (ayuntamientos, comités y consejos municipales), así como también las labores de «quintacolumnismo» y ayuda a los grupos que apoyaban la sublevación; la colaboración de las mujeres en la economía de guerra y en los servicios sociales (hospitales, educación, asistencia social, etc.); finalmente, se estudia su inserción en actividades culturales, la conexión entre la Iglesia y la cultura religiosa de las mujeres y la ambigua relación de éstas con la prensa.

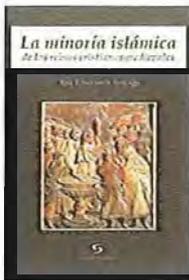


Se trata, en suma, de un libro denso informativamente y meticuloso en los análisis, sustentado en importantes fuentes y en una abrumadora bibliografía, por lo que es una obra sustancial para un mejor conocimiento, más real y completo, de la vida en Almería durante la guerra civil. Sin ninguna duda, cumple la finalidad expuesta por la autora: «lo que aquí se ha contado, son múltiples historias con vocación de interrelacionar la perspectiva social con la cultural, las mentalidades con las biografías, la economía con la política y la guerra con la paz».

Juan Antonio Lacomba

→ argumento: La situación de la mujer durante los años de la II República y la guerra civil, centran la trama de este libro en el que las distintas historias que lo componen acercan al lector a la visión que del conflicto bélico tuvieron las mujeres de una provincia andaluza.

El microcosmos islámico en la sociedad cristiana



La minoría islámica de los reinos cristianos medievales

Ana Echevarría
Arsuaga

Editorial Sarriá
Málaga, 2004

Un nuevo título viene a sumarse a la colección Al-Andalus promovida por la editorial Sarriá para acercar al gran público monografías sobre variados aspectos de la época musulmana. El volumen que ahora nos ocupa está dedicado a la presencia de comunidades musulmanas en los reinos cristianos de la Península Ibérica. Una presencia que aportó una gran riqueza de matices respecto de la convivencia a la vez que una fuerte resistencia en lo referente al proceso de asimilación de la cultura dominante.

Aunque los múdejares estaban sometidos a los cristianos, la realidad es que conservaron ciertos derechos y prerrogativas, así como una estructura social propia y la posibilidad

de ejercitar sus prácticas religiosas. La obra de Ana Echevarría pone de manifiesto una rica variedad de situaciones que dio lugar, incluso, a que a los musulmanes se les diesen denominaciones diferentes, según el reino en que estuviesen asentados. Traza las importantes diferencias existentes en estas comunidades entre las zonas rurales y el medio urbano. Nos acerca a lo que la autora ha denominado un microcosmos en medio de la sociedad cristiana y nos revela cuales eran sus actividades laborales, como se estructuraba su organización social o como se desarrollaba su vida cotidiana en medio de las limitaciones impuestas por el grupo dominante. En definitiva, un libro que de forma amena y asequible pone al lector en contacto con unas minorías que mostraron a lo largo de la Edad Media una presencia viva en los territorios dominados por los cristianos.

Bitácora

→ **argumento:** Los musulmanes que permanecieron durante la Edad Media en los reinos cristianos de la Península Ibérica desarrollarían una peculiar vida cotidiana en permanente lucha por la conservación de su identidad cultural y las imposiciones sociales del grupo dominante.

Una historia de emigración andaluza

En esta obra Merino recrea en clave literaria las peripecias de una familia que huye desde Puebla del Acebuche a Barcelona y reinicia su vida tras atravesar con heridas abiertas la guerra civil. Es una novela que se mueve a lo largo de una memoria familiar común con una protagonista femenina, Juana Merchán, un tanto atípica en el panorama literario catalán. La autora ha colocado primeramente la trayectoria familiar de Juana desde que llega a Barcelona en los años difíciles de la posguerra. La historia de la emigración desde Andalucía es materia literaria en manos de Olga Merino, todo un mérito, pues nos revela una rica y compleja trama de personas que la catalanidad oficial prefiere obviar, o arrinconar culturalmente.

El material histórico es recreado al relatar los acontecimientos de la represión fascista en el ámbito rural andaluz y, con especial relieve, en la caracterización de Manuel Díaz Criado en la masacre de la oposición en la Sevilla



Espuelas de papel
Olga Merino

Edit. Alfaguara
Madrid, 2004

“ciudad de la Gracia”, con cárceles repletas y miles de fusilamientos. La autora se ha documentado a conciencia, sin caer en los manidos tópicos en torno a Queipo, y eso que no ha revisado toda la bibliografía reciente. La lectura de *Sevilla 1936* (1998), de Juan Ortiz Villalba le habría reiterado en sus puntos de vista sobre Díaz Criado, responsable de orden público.

La familia Merchán refleja elementos de otros muchos emigrantes en Cataluña. El arrabal en el que viven, el trabajo bajo la tutela paternalista de un empresario textil y la convivencia en un mundo burgués acomodado para muy pocos son un trasfondo que Merino deja trazado, interesándose por la maduración de Juana, a la que su amante dejará con un hermoso regalo y la recomendación de ser libre, de ser feliz.

Carlos Martínez Shaw

→ **argumento:** La emigración de andaluces a Cataluña en la posguerra estará marcada por un deseo de escapar de ambientes rurales donde las heridas de la guerra civil seguían abiertas y por la difícil adaptación a la sociedad industrial catalana que tan bien aparece reflejada en la novela.

Represión y trabajos forzados



**El Canal de los Presos (1940-1982).
Trabajos forzados: de la represión
política a la explotación económica**

Gonzalo Acosta Bono, José L.
Gutiérrez Molina, Lola Martínez
Macías, Ángel del Río Sánchez

Editorial Crítico
Barcelona, 2004

Hay que empezar diciendo que nos hallamos ante un libro modélico. Un libro que reconstruye desde el más riguroso método científico la historia de las obras del canal del Bajo Guadalquivir llevadas a cabo por un numeroso contingente de prisioneros del franquismo que puede calcularse entre las tres y las cinco mil personas. Un libro que ha sido una empresa colectiva, inspirada y guiada por Cecilio Gordillo, militante de la Confederación General de Trabajadores, contando con la participación de un cualificado grupo de profesionales de la geografía, la historia, el derecho y la antropología, así como también con la imprescindible contribución de los supervivientes de los campos de trabajo y de los campos de concentración sevillanos, así como de los descendientes de los presos y, finalmente, con el buen hacer de Gonzalo Pontón, el director de Editorial Crítica, que ya ha acogido otros títulos para la recuperación de la memoria histórica dentro de la misma colección.

REDENCIÓN DE PENAS POR EL TRABAJO

La obra, que no tiene ni una sola línea superflua, cuenta con varias piezas introductorias. Entre ellas, la firmada por Nicolás Sánchez-Albornoz, también preso político en Cuelgamuros (y protagonista de una célebre evasión recientemente reflejada en la película *Los años bárbaros*, de Fernando Colomo), que analiza la noción de la «redención de penas por el trabajo» elaborada por el jesuita José Agustín Pérez del Pulgar para ser aplicada a los condenados por los tribunales franquistas tras la correspondiente farsa legal. Por su parte, Antonio Miguel Bernal se centra en la obra hidráulica como instrumento para la revalorización de los latifundios, señalando a quienes fueron sus beneficiarios, los terratenientes que ampararon la ignominia mostrando su «inquebrantable lealtad» al régimen surgido de las armas. Y, finalmente, Reyes Mates reflexiona sobre la «cultura de la memoria», como prólogo al bloque principal del libro, que se abre con unas palabras de José Saramago: «Recordar es vivir, y vivir, mantener vivos los sueños».

La sección central de la obra se divide en tres partes. La primera se ocupa del sistema represivo diseñado por el fran-

quismo apenas declarado el fin de una guerra que no se extinguió en el espíritu vengativo de los vencedores, poniendo especial énfasis en el Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas, a cuyo cargo corrió la construcción del canal. La segunda estudia el proyecto hidrográfico que permitió que «el numeroso rebaño de jornaleros siguiera hambriento en unas cada vez más feraces tierras». Y la tercera aborda la vida cotidiana de los presos que trabajaron en régimen de esclavitud en los campos de La Corchuela y Los Merinales, con una serie de testimonios estremecedores. Cierra el volumen una serie de apéndices, entre los que destaca la relación de todos los presos identificados.



El Valle de los Caídos representó el más claro ejemplo de lo que vino en denominarse «redención de penas por el trabajo».

En conclusión, el libro, cuyas virtudes rebasan con mucho las apuntadas en esta breve reseña, se revela como un esfuerzo necesario, sólo fuera para rescatar del intencionado olvido los sufrimientos de todos los represaliados. Y el Canal de los Presos asume la categoría de un símbolo de los crímenes de la dictadura franquista, por lo que la iniciativa de crear un centro de interpretación en el campo de Los Merinales es una obligación de todos los que vivimos bajo la democracia por la que combatieron y penaron los prisioneros republicanos.

Carlos Martínez Shaw

→ argumento: Le «redención de penas por el trabajo» fue un sistema represivo encubierto del que en la posguerra se beneficiaron los sectores afectados al franquismo. Este libro, en el que aparecen testimonios personales estremecedores, contribuye a la reivindicación de la memoria histórica.

Sevilla en los siglos XVI y XVII: la ciudad y sus gentes

Frente a la historia de los grandes acontecimientos y de los grandes personajes, desde hace algunas décadas fue abriéndose paso la historia de la gente, la historia de la vida cotidiana con sus realidades diarias, a veces miserables y a veces brillantes.

Esa historia de la gente es la que nos ha revelado cómo vivía la inmensa mayoría de las personas, con las grandes diferencias que la posición social o la fortuna material establecía. Para el caso de la Sevilla del Siglo de Oro, Núñez Roldán nos traza un cuadro sobre sus habitantes en una época en que la capital andaluza vivió el esplendor y la decadencia, poniéndonos de manifiesto la realidad diaria que afrontaban los sevillanos de aquel tiempo o cómo reaccionaban ante los retos de la vida.

EL DÍA A DÍA SEVILLANO

Núñez Roldán nos sitúa en las calles, en las casas, nos recrea los ambientes con sus colores, sus olores y sus imágenes. Nos habla de la comida o nos ofrece acabados casos de cómo se vivían las pasiones humanas: el amor,



La vida cotidiana en la Sevilla del Siglo de Oro

Francisco Núñez Roldán

Editorial Sílex
Madrid, 2004

el odio o la violencia. Este retablo vital se completa con la vida religiosa de unas gentes en un tiempo donde la religión lo inundaba todo y de cuáles eran sus preocupaciones trascendentes ante la muerte. Como señala el propio autor, las contenidas en las páginas de este libro son historias con nombres y apellidos, humildes o poderosos, pero todos personas, seres humanos y, al fin, actores, algo que encaja, sin matices, en la escenografía barroca de un tiempo donde la apariencia era más importante que la realidad misma.

Este libro es, en definitiva, una interesante historia de la Sevilla de los siglos XVI y XVII vista desde una perspectiva más humana, cargada del realismo de lo cotidiano.

Pacomio

→ argumento: La sociedad sevillana del Siglo de Oro se caracterizaba por una especial singularidad que tenía sus más profundas manifestaciones en el día a día de la metrópoli.

Un misterio de la guerra de Sucesión aún sin resolver

Bajo este sugerente título, la Serie Histórica de Roca Editorial nos ofrece de la mano del malagueño Luis Melero una visión novelada de uno de los acontecimientos de la llamada guerra de Sucesión española que más tinta ha hecho correr: El hundimiento de los galeones de la flota de Indias en la ría de Vigo, en el otoño de 1702, ante la amenaza de que la flota angloholandesa, que acababa de saquear las poblaciones de la bahía de Cádiz, se apoderase del oro, la plata y otros valiosos tesoros que los barcos traían en sus bodegas.

Luis Melero, con una ambientación histórica excelente, nos presenta a través de las páginas de su libro, las numerosas vicisitudes vividas por la flota para iniciar su viaje desde el otro lado del Atlántico, la situación política y militar en que se encuentra la España de comienzos del siglo XVIII en la que acaba de



Oro entre brumas

Luis Melero

Editorial Roca
Barcelona, 2004

asentarse el primero de los Borbones españoles, la llegada a Rande, en la ría de Vigo, y los acontecimientos que allí tuvieron lugar.

El suceso histórico vivido en Vigo entonces, sirve al autor para crear una trama novelística bien construida que permitirá al lector no sólo disfrutar de la tensión de una buena novela, sino como se ha dicho, conocer los entresijos de un momento de nuestra historia especialmente complicado y sobre un asunto donde el misterio y el secretismo han primado sobre otras consideraciones.

Luis Melero hace realidad el viejo dicho tantas veces invocado y tan pocas practicado de: aprender deleitando. Eso es lo que puede obtener el lector que se sumerja en las páginas de este *Oro entre brumas*.

José Calvo Poyato

→ argumento: En la guerra de Sucesión española tuvo lugar un acontecimiento que ha llamado poderosamente la atención de los investigadores. Ante la amenaza de la flota angloholandesa, dos galeones procedentes de las Indias fueron hundidos en la ría de Vigo. ¿Qué ocurrió con el oro, la plata y los demás objetos preciosos que transportaban en sus bodegas?. Luis Melero lo desvela en esta interesante novela histórica.

Cervantes en Andalucía

El tema central del próximo número de la revista, tratará sobre la figura de Cervantes en Andalucía. Coincidiendo con el IV centenario del Quijote, se dedicarán cuatro interesantes capítulos que nos desvelarán la relación que tuvo el creador del «ingenioso hidalgo» con la tierra a la que con tanta frecuencia alude en la obra que habría de inmortalizarle:

«Así como don Quijote entró por aquellas montañas (Sierra Morena), se le alegró el corazón, pareciéndole aquellas montañas acomodadas para las aventuras que buscaba», cap. XXIII.



Carmen de Burgos una andaluza excepcional

El Perfil biográfico del número 10 de Andalucía en la Historia, tratará sobre Carmen de Burgos. De la mano de Ángeles Carmona conoceremos el perfil de una mujer adelantada a su tiempo, periodista, enseñante, pionera del feminismo... Almeriense de Rodalquilar, fue una de las mujeres más notables en la España del XIX, triste época en que debía firmar con seudónimo para protegerse de quienes rechazaban la presencia femenina en la prensa. Pero a despecho de sus detractores, se convirtió en una afamada periodista conocida con el seudónimo de Colombine.

La Santa Hermandad en el Reino de Granada



En tiempos de Alfonso VIII se creó la *Hermandad Vieja*, que tiene un particular interés como precursora más inmediata de la *Santa Hermandad*. Ésta ejercía una dura represión contra los malhechores. La segunda, la *Hermandad Nueva*, que más tarde se llamaría Santa, fue establecida por los Reyes Católicos en 1476; su fin primordial era atender el restablecimiento del orden público.

Al establecer la *Nueva Hermandad* los reyes disponen de un ejército permanente de más de tres mil hombres a las órdenes directas de la monarquía que pretende, además del orden interior contra el bandolerismo y la nobleza levantisca, la unidad de la nación.

Humor andaluz en el siglo XVII

El profesor Carlos Martínez Shaw nos ofrece en un documentado artículo una pincelada de humor andaluz a través de la colección de Juan de Arguijo, uno de los personajes más cultos de la Sevilla de principios del siglo XVI, que tuvo la feliz ocurrencia de coleccionar cuentecillos populares, la inmensa mayoría de tono jocoso, recopilados entre los años de 1620-1625.

Memoria Histórica

El asedio al Santuario



El asedio al Santuario de la Virgen de la Cabeza, defendido por miembros de la Guardia Civil de la guarnición de Jaén y otras zonas de la provincia, constituye uno de los episodios bélicos más importantes de los acontecidos en Andalucía durante la guerra civil española. El santuario, enclavado en un lugar fácilmente defendible, en plena Sierra Morena, resistió durante largos meses los ataques del ejército republicano, y acabó siendo tomado después de que sus defensores mantuvieran una dura resistencia en la que dieron grandes muestras de heroísmo.